

ANA BOLOX

UN CADÁVER MUY FRÍO

Las cosas y casos de la Sra. Starling 1



"Elegante, inteligente y muy entrometida"

Un cadáver muy frío

Las cosas y casos de la señora Starling 1

© Ana Bolox, 2017

Todos los derechos reservados.

Imagen de portada transformada a partir de una ilustración de Vogue.

Diseño: Jorge Ontiveros

Fecha de edición: Junio de 2017

*A Ana González Duque,
Mónica Gutiérrez,
Carmen García Rodríguez Alonso
y Jorge Ontiveros*

La diosa Fortuna me sonrió cuando cruzó mi camino con el vuestro.

CAPÍTULO 1

Confusión

Abrió los ojos como si los párpados soportasen el peso del planeta. Estaba oscuro y el aire viciado le llenó los pulmones con un olor acre. La náusea subió rápida hasta la garganta, sin avisar. Se incorporó sobre un costado y devolvió. Un dolor punzante le recorrió el cerebro, como el rayo que se ramifica con dedos cada vez más finos hasta alcanzar el último rincón del firmamento, y durante un instante la oscuridad se tornó roja y se llenó de chispas que se apagaban tan pronto como se encendían. Sintió el hedor ácido del vómito y tosió. Un hilillo de baba le resbaló por la barbilla y se deslizó hasta el cuello cuando se dejó caer sobre la espalda.

La oscuridad volvió.

¿Dónde estaba? Frunció el ceño en un intento por concentrarse y una nueva punzada de dolor le atravesó el cráneo. Se llevó la mano a la frente y apretó con fuerza. Sintió un alivio pasajero, pero el dolor seguía allí, detrás de las cuencas de los ojos. El último recuerdo que lograba extraer de la memoria era que había salido a realizar algunas compras para Navidad. Ya había oscurecido y avanzaba cargada con algunas bolsas junto al Yankee Stadium. La brisa agitaba las ramas de los árboles que se alzaban ante la puerta número cuatro. Eso podía recordarlo bien. Había pasado por delante de ella. Después sólo era capaz de evocar el sonido de sus propios pasos alejándose de la explanada que se abría ante el estadio. A lo lejos, un semáforo parpadeaba en ámbar. Luego ya no había nada hasta aquella oscuridad.

CAPÍTULO 2

Danny's Coffeeshop

No parecía una asesina. La anciana señora Lacey entró en el Danny's Coffeeshop, el lugar donde se habían citado, envuelta en un abrigo de paño grueso y abrazada a su bolsito de imitación de piel de cocodrilo, como si temiera que alguien fuera a arrebatárselo en cualquier momento.

Anne Starling, parapetada tras las hojas de un ejemplar atrasado del New York Times, la observó desde la mesa. No se movió. Aunque venía bien recomendada, quería estudiarla antes de darse a conocer. Llevaba la cabeza embutida en un ridículo sombrero de cuyo frontal, sujeto con alfileres, caía un velo oscuro, rígido como la visera del yelmo de un caballero medieval, pero que apenas le cubría la mirada huidiza con la que escrutaba a su alrededor. Parecía una abuela venerable.

Cuando la telefoneó la noche anterior, la señora Lacey le contó que había conseguido su número a través de una vecina, amiga de una tal señorita Tarckle que hablaba maravillas de ella. Aquel comentario encendió su vanidad, ¿para qué negarlo? No era tan frívola como para fingir que el hecho le ruborizó. No lo hizo en absoluto. Dejó que el halago removiera el recuerdo de la pasada primavera, cuando ella y James viajaron a Washington. Allí, junto a la avispa Jane Tarckle, había tenido la oportunidad de resolver un caso de asesinato del que, desde luego, James no había sabido nada. Una circunstancia que ella no estaba dispuesta a alterar, como no pensaba contarle ni una palabra de éste.

Si es que había caso, naturalmente, porque durante la conversación que mantuvo con ella, la señora Lacey no le había parecido una mujer muy en sus cabales. Con voz misteriosa le preguntó si era posible que su vecino, el señor Snow, cuya desaparición la inquietaba y había motivado su llamada, hubiera sido raptado por una boa y llevado a lo largo de la enorme tubería que el ayuntamiento había obligado a montar en el patio interior. Le había costado disimular la carcajada que le subió a la garganta y no llegó a estar segura de si la tosecilla con la que pretendió camuflarla consiguió su objetivo. Cuando recuperó la compostura, le preguntó si por casualidad estaba leyendo a Edgard

Allan Poe. La señora Lacey enmudeció durante un segundo y luego exclamó una serie de agudos aaahes y ooohes, mientras farfullaba alabanzas porque había sido capaz de averiguar la lectura con la que entretenía los largos atardeceres de invierno.

Cuando, después de colgar, James le preguntó quién había llamado a esas horas, Anne se cuidó de ocultarle a su marido la insólita conversación, que disimuló bajo la absurda excusa de una vendedora telefónica que pretendía seducirla con las bondades de la nueva aspiradora AX7, capaz de succionar al propio Nueva York, según le había asegurado, de habérselo propuesto. James enarcó las cejas y ella se encogió de hombros y adoptó el gesto ingenuo que hasta entonces le había proporcionado tan buenos resultados.

—¿Y qué pinta Poe en todo esto? —le había preguntado.

Anne había vuelto a encogerse de hombros antes de acercarse, abrazarlo y recorrerle el cuello con pequeños mordiscos. James no había preguntado más. Eran las diez de la noche y su marido, un bendito crédulo.

La sonrisa de Anne al recordar lo que había ocurrido después de los mordisquitos desapareció tras la taza de café, de la que dio un largo sorbo antes de volver a observar a la señora Lacey. La anciana miraba a su alrededor en busca, sin duda, de la figurita de Shiva labrada en jade que Anne le había indicado como seña para que la identificara. Por supuesto, no había ninguna talla de aquel tipo en todo el Danny's Coffeeshop porque Anne, después de comprarla a precio de oro en una almoneda del Upper West Side, la había dejado en el maletero del coche. ¿Y si la señora Lacey era una espía soviética con ganas de tomarse la revancha por aquel asunto del elefante lanudo que ella había ayudado a resolver, pocos meses antes? La mujer se tocó la rosa que llevaba prendida en el ojal del abrigo y que debía identificarla ante Anne, que entrecerró los ojos y la midió con la mirada. De ser una agente rusa, exageraba demasiado su nerviosismo, de modo que decidió que debía de tratarse de la auténtica señora Lacey, una simple anciana preocupada por la desaparición de su amigo.

Anne dobló el periódico, lo dejó sobre la mesa, junto a la taza de café, y la saludó con la mano. La señora Lacey abrió mucho los ojos, pero no se movió. Anne se sintió estúpida. Tal vez debería haber traído consigo la figurita. Se levantó y caminó hasta ella.

—¿La señora Lacey, supongo?

—¿Cómo lo sabe?

—No es difícil: me había citado aquí, a esta hora, con usted. Y, además — Anne señaló el ojal en el cuello del abrigo—, lleva la rosa con que dijo que se identificaría.

La anciana frunció el ceño y la observó en silencio durante algunos segundos.

—¿Dónde está Shiva?

—Lo siento. No pude traerla conmigo.

—¿Tenía otro compromiso?

Anne pestañeó.

—¿Quién?

—Shiva.

—Oh, no. La dejé en el coche.

—¿Sola? Hace mucho frío.

Anne no se permitió la audacia de mover un músculo de la cara. Estaba segura de que la anciana hablaba en serio.

—Quédese tranquila —dijo—. Está bien abrigada.

—Me extrañaría —la señora Lacey hizo un mohín con la boca—, esas mujeres siempre van medio desnudas. Joven —Se volvió hacia el sesentón que limpiaba vasos tras la barra—, no nos quite ojo y ándese atento por si fuera preciso llamar a la policía.

El hombre miró a Anne, que negó con la cabeza. Luego, invitó a la señora Lacey a que la siguiera hasta la mesa en la que había estado esperándola.

—¿Por qué le ha hecho esa advertencia al camarero? Ha sonado como si fuera a matarla.

—Anoche, después de colgar, estuve pensando...

—¿Y?

—Me extrañó mucho que hubiera elegido a Shiva.

—¿Por qué?

—Teniendo en cuenta que mi amigo, el señor Snow, quizá ha sido secuestrado por una boa, no me gustó la idea de que usted decidiera darse a conocer a través de una figura cuyos cabellos son serpientes. Dígame, ¿pertenece a la Secta Ophidia? ¿Y por qué ha secuestrado a Anthony?

—Señora Lacey, creo que se está equivocando. Shiva es una diosa hindú con cuatro brazos y no tiene nada que ver con las Górgonas. Por otra parte, en todo caso su amigo habría sido raptado por un enorme simio, no por una boa. Y, por último, ¿de verdad existe una Secta Ophidia?

La señora Lacey obvió esta última pregunta y formuló la suya propia:

—¿Está segura de ello? Quiero decir, de lo de Shiva.

—Por completo. Créame.

—Sepa usted que lo investigaré y si me miente...

—No le miento. Soy la señora Starling. ¿No es conmigo con quien debía encontrarse hoy aquí?

—No pienso decírselo, jovencita, hasta que no esté segura de que usted es quien dice ser.

Anne rebuscó en el bolso y le tendió su carnet de conducir.

—¿Le vale esto como aval? —preguntó.

La señora Lacey asintió en silencio.

—Pero debería haber traído a Shiva.

—Lo siento.

—Mi vecina dice que su amiga, esa tal Jane Tarckle, asegura que es usted muy competente.

Desde luego, la señorita Tarckle era un amor. Y, no, insistía en no ruborizarse. «Vanitas vanitatum omnia vanitas», ¡qué sombrío punto de vista! Gracias a Dios, Jesucristo había suavizado la dureza del Antiguo Testamento. ¿O estaba dando demasiada rienda a la laxitud de su conciencia? Lo pensaría más tarde. ¡No, mucho mejor! Aguardaría a que James metiera la pata y lo mortificaría con esa discusión teológica. Mientras tanto, soportaría la incertidumbre complaciéndose en escuchar aquel tipo de comentarios sobre ella. Sobre todo si el halago procedía de una inteligencia tan vivaz como la de la anciana con la que había desentrañado un crimen que la policía ni siquiera consideraba como tal.

—¿Cuánto va a cobrarme?

La señora Lacey la arrancó de su reflexión con la pregunta y una mirada inquisitiva.

—¿Cómo?

—Por sus servicios de investigación. Mi marido fue obrero de la industria

petrolífera y la pensión no da para hacer estipendios. Podré pagarle unos honorarios justos, pero no abusivos.

—No voy a cobrarle nada, señora Lacey.

La anciana alzó las cejas y pestañeó varias veces antes de hablar:

—¿No es usted detective privado?

—Oh, no, por Dios. Sólo me dedico a esto por placer.

—¿Investiga asesinatos por placer?

—¿Su vecino ha sido asesinado? Creí entender que había sido secuestrado por una boa.

—Eso fue primero, pero sin duda después lo ha matado.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque todavía no ha vuelto.

—Bueno, podría seguir retenido por la boa.

La señora Lacey ladeó la cabeza y pareció sopesar la idea durante unos segundos.

—No creo. Tengo entendido que esos animales son muy voraces. Probablemente a estas horas ya lo haya digerido.

—Entiendo... —Anne se removió en el asiento, cuyo escay crujió de forma escandalosa bajo sus pantalones—. Pero entonces, señora Lacey, ¿qué quiere de mí?

—Es obvio: quiero que encuentre a ese animal y lo atrape. Luego lo abriremos en canal y recuperaremos los restos de Tony. Hay que darle un entierro cristiano.

—Ya.

—¿Cree que podrá hacerlo?

Anne sopesó unos instantes la descabellada historia de la anciana. Quizá debería darle un rato más de conversación, asegurarse de que llegaba bien a casa y luego ir directa a la universidad. Tenía una enorme pila de exámenes que corregir.

—Señora Lacey, ¿no sería posible que el señor Snow simplemente se haya marchado? ¿No puede haber sucedido algo tan sencillo como que se haya ido unos días de vacaciones?

—¿Sin que yo me enterara? Oh, no. Créame. Eso es imposible.

—Nada le pasa desapercibido en su edificio, ¿eh?

—¿Está llamándome cotilla?

—No se ofenda, pero si no me ofrece una explicación más persuasiva, es una posibilidad que me veo obligada a contemplar.

—Tony no se marcharía sin decirme nada.

Anne fijó la vista en los ojos de la anciana. Parecía convencida de lo que decía, aunque por supuesto a ella se le ocurrían unos cuantos lugares a los que el señor Snow podría haber acudido y que, estaba segura, jamás se habría atrevido a mencionar a su amiga.

—Es todo lo que puedo decirle, pero si no me cree...

La anciana se puso en pie. Debía de tener una altura similar a la pila de exámenes que le aguardaba en su despacho de la universidad.

—¡Claro que la creo! —Anne se levantó también y la tomó por el brazo, invitándola a sentarse de nuevo. Llevaba semanas aburrida, sin nada mejor que hacer que dar sus clases de astrofísica en Columbia y asistir a cenas de gala en este o aquel consulado, prendida del brazo de James. Si la señora Lacey de verdad estaba poniendo ante sus ojos un misterio, no iba a permitirse el lujo de dejarlo pasar—. Cuénteme todo lo que crea importante acerca de la desaparición del señor Snow.

Anne observó que la anciana volvía a sentarse con un gesto complacido. El haber utilizado esa palabra, «desaparición», había ablandado a la mujer que ahora se inclinó hacia adelante en busca de una mayor confidencialidad, como si aquello fuera posible en un café en el que sólo estaba Danny, concentrado en tararear las canciones de Simon & Garfunkel que sonaban en la gramola mientras secaba los vasos tras la barra.

La señora Lacey abrió la boca y tomó aire, como si fuera a dar inicio a un discurso. Anne se retrepó en el asiento. Tendría que armarse de paciencia con aquella anciana cuyo pensamiento fluía por los cauces ilógicos de la vejez. Miró el reloj con disimulo. Tenía dos horas antes de que comenzara su clase en la universidad y se preguntó si serían suficientes.

CAPÍTULO 3

12th Precinct

—Esto está muerto.

Arthur Crawford sonrió ante la broma de su compañero.

—¿Qué está muerto?

—Ni un asesinato en los dos últimos días.

—Eres muy ingenioso.

—¿A que sí? —Jones se echó hacia atrás en su butaca y apoyó los pies en el escritorio. Era la hora de comer y la sala de homicidios de la comisaría estaba vacía.

—Tu pila de expedientes atrasados no ha disminuido, Jones.

—Estamos de guardia. Si hay una urgencia, tengo que estar preparado para salir pitando.

—Eres un caradura y no pienso ayudarte con esos expedientes cuando acabe de organizar los míos.

En la mesa de Arthur Crawford había dos torres de carpetas. La más alta contenía la documentación ya ordenada, en la otra apenas quedaban tres o cuatro expedientes por clasificar.

—Y tú eres demasiado cumplidor. ¿No te aburre el papeleo?

—Mucho, pero hay que hacerlo.

—Oye —Jones bajó las piernas de la mesa e impulsó con los pies su silla, que llegó rodando hasta el escritorio de Crawford—, ¿por qué no llamas a esa amiga tuya que siempre se mete en líos?

—¿Qué amiga?

—La que dice que hay un crimen donde no parece haberlo, pero al final tiene razón. A lo mejor podría buscarnos un cadáver y librarnos del papeleo.

—Yo no tengo ninguna amiga así.

—Oh, vamos, ya sabes a quién me refiero: esa inglesita tan atractiva del consulado británico que te saca de quicio.

Arthur Crawford colocó en una caja los documentos que ya había ordenado y echó una fugaz mirada al primer cajón de su escritorio. Hacía un par de semanas que el juicio por el asesinato de Xavier Payne había acabado y

Sam Franklin, el inspector a cargo del caso, le había hecho llegar desde Washington un sobre con el diamante que Anne Starling había perdido en la habitación del hotel donde se cometió el crimen. El bueno de Sam se las había arreglado para que aquella diminuta piedra preciosa no llegara a la sala y revelara que él mismo, un policía de Nueva York cuya placa en Washington no valía más que las que compraban los turistas en las tiendas de souvenirs, y Anne Starling habían entrado en el cuarto del asesino sin autorización legal, lo que habría echado por tierra su condena. De paso, también le había hecho un gran favor a ella. Gracias a su intervención, tampoco James Starling se enteraría de las peripecias que corría su mujer mientras él se reunía con otros diplomáticos.

—¿Por qué no te pones a trabajar?

—Esto es un coñazo, Crawford. Necesito un buen crimen.

—Pues, por suerte para esta ciudad, no hay ninguno. Al menos que nos toque.

—Eres un tío muy aburrido, ¿lo sabías?

—Creí que era muy cumplidor.

—Sí, eso también —Jones volvió a su mesa de trabajo y cogió una de las carpetas. Resopló—. Muy, muy aburrido, Crawford.

Arthur sonrió. Su compañero tenía razón. Abrió el primer cajón de su escritorio y sacó el sobre acolchado. Repasó los bordes con las yemas de los dedos y lo observó durante un par de minutos. Volvió a meterlo en el cajón y echó la llave. Después de quince días aún no se había atrevido a llamarla. Temía que su vida se convirtiera de nuevo en un torbellino si lo hacía, pero sobre todo le inquietaba lo anodina que se volvía después de transitar por el huracán Starling.

Universidad de Columbia. Facultad de Astrofísica

—¿Cree que algún día podremos desmaterializarnos?

—Sí, claro, y también podremos viajar con el pensamiento —Anne dejó la tiza sobre la mesa y comenzó a borrar la pizarra. A su espalda debería haberse formado el barullo habitual de los estudiantes al término de la clase, pero con

ella nunca sucedía. Ninguno de ellos se movía hasta que Anne salía por la puerta, normalmente agobiada por no saber cómo despedirse. Sus alumnos siempre querían más.

—Eso ya lo hacemos, señora Starling.

—¿Viajar con la mente? —Se dio la vuelta y miró al estudiante que había hablado. Él asintió en silencio—. En efecto, pero cuando hablo de la posibilidad de trasladarnos mediante el uso del pensamiento hablo de algo más que del simple plano mental.

—¡Guau!, ¿está diciendo que algún día podremos movernos físicamente con solo pensarlo? —El joven Carl Berman, uno de sus mejores estudiantes, se había puesto el jersey del revés, como siempre, y llevaba el pelo tan alborotado como de costumbre. Aquella cabellera desordenada le recordó a Ric Svenson, un astrofísico genial que algún día ganaría el Nobel y a quien había considerado, hasta la llegada de James, el amor de su vida. Carl y él se parecían tanto en tantas cosas que Anne se había sorprendido a sí misma en varias ocasiones observando al muchacho con una intensidad que, estaba segura de ello, él no había sabido interpretar.

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo, sí.

—¿Algo parecido al viaje astral? —preguntó otro de los estudiantes.

Anne sonrió. Les gustaba ponerla en aprietos.

—Por favor, no abandonemos el campo científico y dejemos tranquila a la ficción dentro del área que le corresponde.

—En realidad, señora Starling —dijo una jovencita de mirada huidiza que no solía abrir la boca en sus clases—, algo como lo que propone va mucho más allá de la ciencia y alcanza de lleno al mundo de ficción. ¿Imagina cómo serían entonces las novelas policíacas? Sería imposible atrapar al asesino. En cuanto la policía se acercara a echarle el guante, el criminal sólo tendría que pensar un lugar distinto al que trasladarse y los agentes se verían obligados a empezar desde cero la investigación para descubrir su nuevo paradero.

Anne prefirió ignorar tal posibilidad. Planteársela supondría proyectar una imagen cerebral de la cara que pondría Arthur Crawford si tuviera que pasar por esa experiencia. Ladeó la cabeza y observó a la joven. Sonrió. O tal vez sí. Podría convertirse en un entretenimiento divertido. Cerró la carpeta que contenía los apuntes de aquella clase y la introdujo en la cartera. Quizá

fantaseara con la idea en cuanto pudiera librarse de aquellos jóvenes tan necesitados de aventuras intelectuales como los niños de juegos infantiles.

—Señores..., supongo que tendrán ustedes otra clase.

—Pero no tan interesante como la suya, señora Starling.

—Por favor, no halague mi vanidad, señor Straw. Ya sabe que le puntúo por encima de lo que se merece porque me cae bien.

—Nunca está de más arañar alguna décima extra —el joven sonrió.

—Recoja sus cosas y vuele al pabellón Este. Sé que tienen clase de Matemáticas Aplicadas y no me gustaría perder la amistad del profesor Ericson.

—Deberían clonarla, señora Starling. ¿Cree que la clonación será posible algún día?

—No empiece de nuevo o perderá las décimas que acaba de ganarse.

—Venga, no seas pesado. Si no nos damos prisa, Ericson no nos dejará entrar —su compañera tiró de él hacia la puerta.

Los murmullos se alejaron por el pasillo al ritmo de las zancadas, apresuradas para llegar a tiempo a su clase de matemáticas. Anne se sentó en la silla del profesor y dejó caer los brazos. Había llegado a la suya por los pelos después del largo monólogo de la señora Lacey, un batiburrillo en el que la anciana mezcló retazos de ficción creados más de un siglo atrás por Edgard Allan Poe con el delirio de una más que probable demencia senil. En algún momento llegó a plantearse si el tal señor Snow existiría de verdad. Le había preguntado si tenía una llave del apartamento de su vecino y la señora Lacey le había contestado que sí, pero se había negado a permitirle entrar. «No sin la autorización de Tony», había dicho. Creer en la desaparición de un hombre que, según aquella anciana, había sido raptado por una boa era más de lo que estaba dispuesta a permitirse admitir, incluso aunque para ello tuviera que renunciar a la emoción de una nueva aventura criminal.

Se le escapó una risita que no se molestó en ahogar al imaginar lo que diría Arthur Crawford si se presentara en la comisaría para hablarle de la desaparición de Snow en aquellos términos. Divertirse a su costa, haciéndole creer que era una mujer alocada e imprudente, le gustaba casi tanto como resolver crímenes, pero irle con el cuento del secuestro de Snow a manos de una boa sería demasiado incluso para la estoica naturaleza del inspector.

—Anne —Melisa Percing, especialista en medición astronómica y una de las pocas personas que comprendían su peculiar forma de ser, asomó la cara por la puerta del aula—, ¿estás libre? Me han anulado una clase y me preguntaba si te apetecería tomar un café.

—Claro —Anne se levantó y cogió la cartera—, nunca diría que no a un café contigo.

Echaron a andar por el pasillo, camino de la salida más cercana.

—Un centavo por tus pensamientos.

—¿Cuáles?

—Los que te tenían embebida cuando he llegado.

—No los adivinarías nunca.

—Entonces cuéntamelos.

—Estaba pensando que, si el movimiento fuera posible con el simple deseo de la mente, no tendría que pensar cómo explicar a Arthur Crawford que el vecino de una anciana haya sido secuestrado por una boa.

—¿Hablas de tu amigo, el poli? —Melisa abrió la puerta que daba al jardín trasero de la facultad y gruesos copos de nieve las recibieron.

—Hablo del señor Snow. Le sería tan sencillo escapar de sus captores... Sólo tendría que pensar en su casa y volvería a ella de forma instantánea.

—¿Has dicho captores?, creí entender que había un solo secuestrador.

—¿La boa?

Melisa asintió bajo los copos.

—Oh, vamos, no me dirás que tú también crees en esa historia...

Orgullo

—Así que se niega.

El hombre que acababa de entrar se quitó el sombrero de fieltro oscuro y lo sacudió. Algunos copos de nieve que salieron despedidos con el movimiento le alcanzaron el rostro y se fundieron sobre su piel, sonrojada por el frío y los golpes.

—Vaya, vaya, señor Snow —dijo el recién llegado—, está usted siendo

más duro de pelar de lo que creía.

No podía verlo, pero sí oler el aliento a whisky que expedía con cada palabra que pronunciaba. Era la primera vez que aparecía. Hasta aquel momento, dos hombres se habían turnado para custodiarlo. De vez en cuando le daban agua y había contado dos ocasiones en que le habían hecho beber una especie de papilla muy líquida en la que pudo distinguir el sabor dulce de la zanahoria.

—¿Qué piensa conseguir con esta obstinación?

Anthony Snow levantó la cara.

—Te conozco, Tim —dijo.

El tipo del sombrero rio.

—Claro que me conoce, señor Snow.

—¿Dónde estoy?

—¿No lo imagina?

Sí, lo imaginaba. Y, desde luego, no le quitaba la razón a ese bastardo: también debía de estar comportándose como un terco sin remedio, si atendía a la cantidad de golpes que llevaba acumulados. El hombre de palabras con olor a whisky le agarró por la barbilla y tiró de ella hacia arriba. La nuca se quejó. Sus músculos ya no estaban para aquellos zarandeos. Buscó los ojos del hombre en aquella oscuridad. Quizá más que como un terco sin remedio se estaba conduciendo como un idiota obstinado y demasiado arrogante para percibir el auténtico peligro en el que se hallaba.

—Lo siento por sus bellas maquetas de barcos antiguos. Sabe que soy un gran admirador suyo, ¿verdad? —Snow sintió que la presión sobre la nuca se aligeraba. El hombre le había soltado y el cuello había vuelto a su posición natural de forma automática, en busca de un respiro que mitigara el dolor—. Es una pena.

Mientras caminaba hacia la puerta, volvió a calarse el sombrero con la misma ligereza con la que se lo había quitado.

—Comenzad con la mano izquierda —dijo antes de desaparecer.

Snow aguantó el alarido que subió hasta su garganta cuando uno de los matones le dobló hacia atrás el dedo meñique, que crujió con un sonido seco, casi sordo, como si supiera que aquél sería el último lamento que exhalaría antes del acto final. Cuando el otro sacó una navaja y la apoyó sobre el

meñique roto, Snow cerró los ojos y apretó los labios. El asunto había sobrepasado el límite de la terquedad y probablemente era un maldito soberbio, pero no estaba dispuesto a consentir que su grito de dolor ahogara los pasos que se alejaban detrás de la puerta por la que se había marchado el malnacido de Tim.

Apartamento de los Starling

—Sí, es muy bonita —James volvió a mirar la estatuilla de Shiva y luego la dejó sobre la mesa del salón. Anne estaba de pie, a su lado—. Supongo que no debo preguntar cuánto ha costado.

—Ésta es una de las cosas por las que me enamoré de ti.

—¿Mi sagacidad?

—Tu clarividencia.

—Yo, sin embargo, me sentí atraído por tu espíritu sarcástico. Ven — James la tomó de la mano y la llevó hasta el dormitorio. Sobre la cama había una caja alargada, envuelta en un elegante papel de regalo.

—¿Qué es? —preguntó.

—Ábrelo —James le sonrió, satisfecho y ella imitó el gesto. Sabía lo que había allí dentro.

—¡Oh, no! —La exclamación le sonó un poco falsa, pero imaginó que era lo que él estaba esperando—. No deberías haberlo hecho, James. Me encanta ese abrigo que vimos en Saks Fifth Avenue, pero no tenías por qué regalármelo.

Lo miró y le pareció que la sonrisa que había en los labios de su marido se congelaba y se transformaba en un rictus de turbación.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada.

Anne arrugó el ceño.

—«Nada» es lo que contestamos las mujeres cuando pasa algo. ¿Qué ocurre, James?

Él se acercó hasta la cama y cogió el voluminoso paquete.

—Nada —insistió—. De repente he pensado que no es de tu talla. Será

mejor que lo cambie.

—Alto. Vuelve a ponerlo en la cama. Quiero ver qué es.

James dudó durante unos segundos, pero finalmente obedeció. Dio unos pasos hacia atrás y los dos se observaron. Ella, con la mirada fría de un forense que intenta descubrir la causa de la muerte del cadáver que tiene sobre la mesa de la morgue; él, con la de un niño que acaba de romper el cristal de una ventana de un balonazo. Anne rasgó el papel y ante sus ojos apareció la parte superior de la caja.

—¿SV-6? —volvió a mirarle. James tragó saliva antes de contestar.

—Me resultó imposible encontrar la AX7. Creo que no existe. La llamada de ayer debió de ser una broma. Pero ésta es la mejor que hay. Me lo han asegurado.

—¿Me has regalado una aspiradora?

—Bajaste la voz mientras hablabas por teléfono —se excusó él.

—¿Y?

—Bueno, interpreté que no querías que me enterara.

—¿Y de ahí concluiste que deseaba una aspiradora?

—¿No es eso lo que hacéis las mujeres? ¿Ocultarnos lo que queréis para que nos veamos obligados a averiguarlo y, si nos equivocamos, tener la excusa perfecta para enfadaros con nosotros?

—Oh, James, por Dios. ¿De verdad crees que se me ocurriría ocultarte que deseo una aspiradora para conseguir que la compres?

Él pestañeó varias veces seguidas.

—Supongo que hoy tendré que ponerme el pijama, ¿verdad?

—Hoy y el resto del mes —Anne se levantó de la cama y caminó hacia el cuarto de baño.

—¿Pues así no sé cómo vamos a tener un bebé! Creí que querías uno.

—Y lo quiero —ella se volvió desde la puerta del baño—, pero nuestro hijo habrá que seguir esperando en el limbo por la ineptitud de su padre. Tendrás mucho que hacerte perdonar cuando nazca.

CAPÍTULO 4

Barneys

Aunque aún faltaban algunas semanas para Nochebuena, la fachada principal de Barneys ya lucía los adornos que anticipaban la Navidad. Había dos abetos colocados en enormes maceteros de granito en la acera y las ventanas del primer piso se enlazaban, unas a otras, con elegantes guirnaldas en las que el color rojo propio de la época se entretrejía con el vivaz verde del musgo. A unos metros de distancia, un anciano, vestido de Santa Claus y con auténtica barba blanca, movía arriba y abajo una campana cuyo tintineo se unía a los villancicos que sonaban a través de los altavoces que los grandes almacenes habían hecho instalar a ambos lados de la puerta. Arthur Crawford llevaba veinticinco minutos allí fuera, recorriendo de un lado a otro el tramo de acera que la gruesa tela encarnada de los toldos de Barneys resguardaba de la nieve que caía incesante desde el día anterior, pero que no preservaban del frío intenso que recorría las calles de Nueva York. De vez en cuando, la bocina de algún conductor impaciente rompía la cadencia navideña de la música. Crawford observaba con apatía a la gente que pasaba frente a él. La mayoría caminaba deprisa, como si intentaran escapar del frío. Era la hora en que las oficinas comenzaban a vaciarse y los viandantes se mostraban ansiosos por volver a la placidez del hogar.

Crawford se masajeó la nariz con los dedos enguantados. Seguramente estaba tan roja como el traje de Santa Claus. Sintió lástima por el guardia de seguridad que custodiaba la puerta de los grandes almacenes. No le envidiaba el puesto. Permanecer el día entero de pie ante aquella puerta debía de ser un infierno infinitamente mayor que el de pasarlo en un coche a unos metros de la casa de un sospechoso, donde al menos podía estar sentado y, de vez en cuando, tomarse un café caliente.

Un escalofrío le recorrió de arriba abajo. A pesar de la bufanda, los guantes y el sombrero, sentía que estaba a punto de helarse. Cuando una sacudida involuntaria le hizo temblar la mandíbula, decidió que ya había esperado bastante. Se acercó a la entrada de los grandes almacenes y pateó con suavidad en la acera mientras aguardaba a que la puerta giratoria rotara lo

suficiente para permitirle entrar. Un matrimonio joven salía en aquel momento, cargado de paquetes, y dentro se advertía una gran actividad. Arthur se preguntó si aquélla había sido una buena elección. Después de sopesarlo desde todos los ángulos que fue capaz de concebir, la había citado en Barneys porque supuso que sería de su gusto, pero ahora se preguntaba si no debería haber elegido algún otro lugar un poco más tranquilo. Tampoco estaba seguro de si aquella cita era acertada o no. Podría haberle enviado por mensajero el «regalo envenenado», tal y como Sam lo había definido, pero no se había atrevido. Aquella piedra preciosa costaba demasiado como para confiársela a un chico cualquiera que cabalgaba las calles de Nueva York a lomos de una moto. Una vez dentro, notó en la cara el agradable soplo de la calefacción, esquivó a un grupo de turistas que se dirigían hacia la puerta y buscó refugio entre unas vitrinas que custodiaban frascos de perfume. No, claro que no estaba seguro, ¿cómo podría estarlo? Ante el nombre de Anne Starling siempre se abría un gran interrogante aunque, y eso le hizo sentirse un poco menos ingenuo, acababa de descubrir otra desavenencia entre la naturaleza de aquella mujer y su nacionalidad británica: además de detestar el té, a la señora Starling parecía no preocuparle hacer honor a la legendaria puntualidad anglosajona.

—Señor Crawford, le esperan en la cafetería del piso superior. Señor Crawford, le esperan en la cafetería del piso superior.

Enarcó las cejas, mientras se quitaba el sombrero y se desanudaba la bufanda, como si así fuera a interpretar con mayor acierto el mensaje que la megafonía acababa de lanzar por todo el edificio. Así que ella ya estaba allí. Se quitó el abrigo y lo dobló sobre el brazo mientras caminaba hacia el ascensor. Quizá, después de todo, Anne Starling no era tan anglófoba como pretendía hacer creer.

—¿A qué piso? —preguntó el ascensorista.

—Apuesto a que lo adivina si le digo que soy el señor Crawford.

El joven sonrió.

—Llevan más de un cuarto de hora llamándolo por megafonía.

—Lo imaginaba.

Block Island

2 millas al Oeste, mar adentro

Atardecía en Block Island. Los últimos resplandores rosados del día languidecían sobre el horizonte. Desde la sala de mandos del Freedom, un yate de lujo de 30 metros de eslora y blanco como la panza de una sardina, John Tamber sujetaba el teléfono inalámbrico conectado al receptor. Su operador de radio había estado intentando comunicar con su contacto durante horas, pero no lo había logrado. La pequeña tormenta de nieve que caía sobre Nueva York, un simple aperitivo del invierno, lo había vuelto imposible. Esperaba que para cuando llegara la Navidad todo estuviese solucionado y pudiera celebrarla con una buena noticia en las playas de Tahití. La señal de estática se detuvo y el técnico le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Por fin podría enterarse de cómo iban las cosas por allí. Estaba empezando a cansarse de flotar sobre las aguas del Atlántico como un pez muerto. Aquella inactividad le ponía nervioso y cada día que pasaba le resultaba más difícil controlar su malhumor.

—Eh, Tim, ¿cómo lo llevas? Espero que ya tengas algunas respuestas.

Al otro lado de la línea, el exabrupto de Tim Wadlow llegó como un tapón de champán recién descorchado.

—¿Todavía no tienes nada? —John tamborileó sobre la consola de radio—. Creí que eras más hábil. ¿Cuántos dedos van ya?

No necesitaba la respuesta. La conocía de sobra. Habían pasado dos días desde la última comunicación, así que al anciano le quedaban siete dedos en las manos. Desde algún lugar de la jungla neoyorkina, Tim excusó su ineficacia con un tono de irritación que a John le pareció real. El graznido de una gaviota retumbó en el aire. A lo lejos comenzaban a divisarse las primeras luces de Block Island, como cada anochecer. Estaba harto. Llevaba varado en aquellas aguas más de una semana, sin otra distracción que Kitty, la prostituta que había traído consigo. Pero también ella empezaba a exasperarlo. Parecía que se le habían agotado las ideas y ya no sabía darle sexo del bueno. Apuró de un sorbo la cerveza que se estaba tomando y arrojó la botella por la ventana. El mar estaba tan calmado que pudo escuchar el ruido del vidrio al rebotar sobre su superficie, antes de quedarse allí, flotando, como ellos.

—Me da igual que sea duro de pelar. Añade uno del pie a cada dedo de la mano o haz lo que necesites, pero consigue que hable.

John le pasó el teléfono a su operador de radio y abandonó la cabina sin cerrar la puerta. Buscó el aire fresco en cubierta y miró hacia el Este, a aquel lugar donde los últimos retazos de algodón rosado habían desaparecido. Ya no quedaba nada. Sólo oscuridad. Kitty se le acercó por la espalda y lo abrazó. Le lamió la oreja y John se estremeció. Sonrió a las tinieblas de la noche. Después de todo, aquella puta no estaba tan mal. Se dio la vuelta y la besó en la boca con furia, hasta dominarla. Cuando se separó de ella, sonreía. Kitty le cogió de la mano y tiró de él hacia el interior, camino del camarote. John la siguió obediente, en silencio, mientras con la otra mano tanteaba el bolsillo trasero del pantalón en busca de la navaja suiza que siempre llevaba consigo.

Cafetería de Barneys

—Llega tarde.

Anne Starling retiró el bolso del asiento que aguardaba a Arthur Crawford desde hacía un cuarto de hora.

—¿Que llego tarde? He estado esperándola veinticinco minutos ahí abajo muerto de frío.

Ella miró el reloj.

—Lo que significa que llegó diez minutos antes de la cita. Réstelos, por tanto. En cuanto a los otros quince, han estado llamándole por megafonía cada dos por tres. Quedamos en Barneys, inspector, no en la puerta.

—No la he visto entrar —protestó Crawford.

—Naturalmente. Llegué hace una hora.

Anne señaló un par de paquetes que descansaban sobre la silla libre y Crawford descifró el nombre de un corbatero famoso.

—¿Ha estado de compras mientras yo me helaba en la entrada?

—No, para cuando usted estaba convirtiéndose en cubito de hielo, yo ya me encontraba aquí, disfrutando de un café caliente. Por cierto, ¿le apetece uno?

Él asintió con la cabeza y Anne hizo un gesto a la camarera que los

observaba desde la barra.

—¿Es el cumpleaños de su marido? —preguntó el inspector.

—No, ¿por qué?

Crawford señaló las corbatas.

—No es un regalo. Es un castigo.

—¿Castiga a su marido con corbatas, señora Starling? Es usted muy ocurrente.

—¿Verdad que sí? Aunque he de reconocer que en esta ocasión él lo ha sido más. Es difícil superar a una SV-6.

—¿Una qué?

—SV-6.

—¿Su marido le ha regalado un misil nuclear?

Anne soltó una carcajada.

—Si así fuese, nunca se lo confesaría a un policía.

—Estoy seguro de ello. Es usted un caso único, señora Starling.

—Hablando de casos únicos...

Crawford levantó la mano y la interrumpió.

—¡No! —dijo—. No me cuente nada.

—Vamos, inspector, acaba de insinuar que está dispuesto a creer cualquier cosa que suceda a mi alrededor. Incluso que mi marido me regale un misil nuclear. No irá a achantarse por un hombre raptado por una boa, ¿verdad?

Él parpadeó incrédulo.

—¿Por una qué?

Cerró los ojos antes de que su voz se apagara con el agudo tono final propio de la interrogación. Acababa de cometer el error del que había estado intentando protegerse desde que la llamó para concertar aquella cita. Aquella pregunta abría las puertas de par en par a Anne Starling. Cuando abrió los ojos, los de ella le miraban divertidos. No había vuelta atrás. Tomó aire y se dispuso a ser testigo, nuevamente, de las locuras de aquella mujer encantadora.

—Déjeme que le cuente...

Anne Starling se inclinó sobre la mesa y bajó la voz. Unos segundos después, Crawford estaba atrapado en la historia.

Apartamento de Anthony Snow

Ángela Lacey abrió la puerta del apartamento de Snow con cuidado. No quería llamar la atención. Se le había echado el tiempo encima y, cuando quiso entrar en la casa de su vecino con la llave que él mismo le había dejado en custodia, estaba demasiado oscuro y se vería obligada a encender la luz. Caminó a ciegas hasta las ventanas del salón y corrió las gruesas cortinas de color verde musgo con la esperanza de que evitaran que la luz se viese desde el exterior. No había descubierto ninguna presencia sospechosa en la calle, pero no iba a dar nada por seguro. Quizá allí abajo, ocultos en algún lugar imprevisible, unos ojos espiaban sus movimientos.

Cuando estuvo segura de que la luz no la delataría, Ángela Lacey encendió la lámpara del salón y miró a su alrededor, intentando decidir por dónde empezar. Sin ninguna idea precisa, se dirigió hacia una de las estanterías y cogió por el lomo un libro al azar, lo sacudió boca abajo, pero no cayó nada. Lo dejó en su lugar y tomó el siguiente. Anthony Snow poseía una biblioteca enorme. Demasiado grande para una sola noche. Respiró hondo. Tendría que hacer varias expediciones. De momento, lo mejor sería no pensarlo y trabajar sin descanso.

Cafetería de Barneys

—¿Me está diciendo que una anciana, que parece estar como una chota, se ha puesto en contacto con usted para que investigue la desaparición de un hombre?

—Muy bien, inspector, lo ha entendido a la primera.

—No se burle, señora Starling. ¿Se da cuenta de lo que me está pidiendo?

—Crawford levantó la mano e impidió la respuesta de Anne—. No diga nada. Ya me contesto yo solo: me está pidiendo que investigue la desaparición de un hombre que aparentemente ha sido secuestrado por una boa a través de una enorme cañería. ¿Estoy en lo cierto?

—Eso es lo que dice la señora Lacey.

—Pero usted lo cree.

—Claro que no. ¿Qué clase de cerebro cree que tengo?

—Uno muy inteligente, sin duda, pero que se aburre mortalmente y siempre anda a la búsqueda de problemas en los que meterse.

—Yo no he buscado a la señora Lacey. Fue ella quien se puso en contacto conmigo.

—Y usted ha escuchado su historia con interés y ahora trata de pasármela a mí.

—No, sólo quiero que me ayude a investigar la desaparición del señor Snow. De forma extraoficial, claro.

—Claro —repitió Crawford—. Es lo que suelo hacer con usted de forma extraoficial: allanamientos de morada, ocultamiento de datos... ¿Se da cuenta de que cada vez que nos cruzamos infrinjo la ley? Debería llevar en Sing Sing una buena temporada. Exactamente desde el día en que la conocí, en aquella librería en Queens.

—Por favor, inspector, guárdese el drama para las representaciones benéficas de la policía. Su forma de hablar lleva a pensar que todo lo que hacemos juntos es ilegal.

—Es todo lo que hago con usted —murmuró—: sacarla de líos o meterme en ellos.

—Algo que debe de gustarle. Si no, ¿por qué me ha citado?

—Para que me meta en otro enredo seguro que no. Tome —Crawford le tendió el sobre que había recibido de Sam—, ahí está el diamante que perdió en aquella habitación de hotel en la que se coló de forma ilegal, ¿lo recuerda? Supongo que sí, porque me obligó esconderme junto a usted bajo la cama de un asesino.

—Al que atrapó gracias a mí. Sí, lo recuerdo. Todavía no me ha dado las gracias, por cierto.

—¿Las gracias? ¿Sabe lo que tuve que inventar para que nadie descubriera nuestra pequeña aventura?

—No, pero doy por hecho que es usted un gran hacedor de historias puesto que ha logrado que salgamos impunes.

—Exacto. Embustes y más embustes. Eso es lo que tuve que hacer:

convertirme en un mentiroso patológico, como si fuera un escritor de novela policíaca, y componer una historia detectivesca que se sostuviese.

—No creo que a los escritores de novela policíaca les gustara oírse llamar así.

—Deberían estar todos entre rejas.

—Está usted sulfurándose, inspector. Tranquilícese.

—Y usted no se meta en más líos. La he citado a espaldas de su marido para devolverle el diamante sin que él se entere porque no se merece un nuevo disgusto, pero si veo que sigue curioseando en un asunto tan absurdo como éste de la boa, sepa que iré de inmediato al consulado británico y hablaré con un tal James Starling. Quizá entonces se decida a enviarla de vuelta a Inglaterra y alojarla durante una temporada en una casa de reposo como Bedlam.

—Bonito sitio, gracias.

—De nada. Y ahora, si me disculpa, debo marcharme. Volveré a mi apartamento y me meteré en la cama con una botella de agua caliente y la esperanza de que el rato que me ha hecho esperar ahí fuera no me ocasione una pulmonía.

—¿Quiere que me pase luego y le prepare una tacita de chocolate caliente? Crawford resopló. Era imposible amedrentar a aquella mujer.

—Ya sabe lo que tiene que hacer, señora Starling: no se meta en líos.

Arthur Crawford saludó con una inclinación de cabeza y se dio la vuelta.

—Espere —ella lo cogió por la manga de la chaqueta—. Tome —le tendió las cajas de corbatas que había comprado para James—, es lo menos que puedo hacer para agradecerle su ayuda.

Le dedicó una sonrisa cándida mientras él alargaba de forma automática la mano en la que Anne puso las corbatas.

—Gracias por el castigo, señora Starling.

—De nada.

CAPÍTULO 5

Apartamento de Anthony Snow

Cuando salió del ascensor, James Crawford buscó el apartamento 2B. Estaba cerca de una ventana que daba a la calle e iluminaba todo el pasillo. Frente a él se encontraba el apartamento 2C, el de la anciana que le había ido a Anne Starling con el cuento del vecino raptado por una boa. Se detuvo entre las dos puertas y las miró de forma alternativa. No sabía qué demonios hacía allí. Siempre que se cruzaba con aquella mujer acababa por meterse en jaleos rocambolescos más propios de la delirante fantasía de un escritor chiflado que de la vida real. Aunque, para hacerle justicia, también era cierto que cada vez que lo hacía atrapaba a un asesino. Frunció los labios ante la evidencia: él siempre desconfiaba y al final ella siempre tenía razón. Lo peor no era tener que dársela, lo más duro era experimentar la mezcla agrídulce de sabores que Anne le producía. Demasiado lista y demasiado hermosa para no sentirse inseguro. Se giró hacia el apartamento 2B y observó la puerta durante unos segundos. Meneó la cabeza. Ya que estaba allí... Dio un paso adelante y llamó al timbre.

Nadie contestó. Crawford esperó un par de minutos y volvió a llamar. Mientras aguardaba, sintió un molesto cosquilleo en la nuca, como si alguien lo estuviera observando, y se preguntó si la anciana delirante no lo estaría espiando a través de la mirilla. Pensó en darse la vuelta con rapidez, como si así fuera a sorprenderla. ¡Estúpido! Era un estúpido que cometía estupideces por una mujer a la que casi no conocía. Ladeó la cabeza unos centímetros y fijó la vista en la madera descascarillada de la puerta del señor Snow. Le había parecido escuchar un sonido sordo de pisadas que se acercaban con cuidado de no ser oídas.

—¿Señor Snow? Soy el inspector Crawford. ¿Puede abrirme, por favor?

Sacó la placa y la puso frente a la mirilla. Estaba seguro de que el supuesto desaparecido estaba observándole a través de ella.

—¿Señor Snow? Sólo quiero hablar con usted un minuto.

Crawford oyó cómo descorrían la cadena de seguridad y luego giraban el pestillo. Cuando la puerta se abrió, tuvo la seguridad de que ya nada le

salvaría del disparatado mundo de Anne Starling.

—¿Usted!

—Venga, pase. No se quede ahí como un pasmarote o todo el rellano se enterará de que estamos aquí.

Anne Starling estiró el brazo, lo agarró por la solapa y tiró de él hacia dentro.

—¿Pero qué hace aquí?

—¿Y usted?

—No me conteste con otra pregunta. —Crawford cerró los puños y pegó los brazos a los costados. ¡Ella otra vez!—. ¿Qué hace aquí? Señora Starling, ¿qué-ha-ce-a-quí? —La voz pugnó por salir entre los dientes apretados.

—Vine a echar un vistazo. —Se alejó de la puerta y le cogió del brazo—. Vamos al salón, alguien podría oírnos.

—Y nos detendrían por allanamiento de morada. ¿Sabe que es la segunda vez que la sorprendo haciéndolo?

—También es la segunda vez para usted.

Crawford resopló.

—Y siempre es por su culpa.

—¡Chist! Le digo que van a oírnos.

Volvió a tirar de él y lo llevó hasta el salón. Olía a cera y limpiador de cristales. Crawford arrugó la nariz. No era un olor desagradable, pero sí untoso y pesado, como si cada partícula de aquella habitación estuviera empapada en él y lo rezumara. Un golpe de aire fresco disipó el olor durante un instante. La ventana de guillotina estaba abierta y una cartera de cuero colocada en el marco inferior impedía que se cerrara. Crawford miró a su alrededor. Se encontraba en una estancia pequeña, o quizá no lo fuera y sólo lo parecía por la cantidad de objetos que la atestaban. Se fijó en la estantería que recorría toda la pared del fondo. Los libros estaban colocados en dos filas o apilados sobre ellas y por todas partes había vitrinas que protegían del polvo maquetas de barcos antiguos. Se acercó a una de ellas y observó la nave. Estaba construida con exquisita perfección. Parecía auténtica y lista para navegar. Tal vez incluso pudiera hacerlo. Durante unos minutos permaneció en silencio, moviéndose lentamente, de vitrina en vitrina. Los nombres ingleses se mezclaban con los españoles y franceses. Aquella magnífica colección

recogía naves de tres grandes potencias que surcaron los mares pocos siglos atrás. El San Marcos, La Saint Cecile, el Mary Rose. Era sencillamente fascinante. Experimentó la misma sensación que tenía cuando visitaba un museo. La genialidad humana concentrada en una especie de sancto sanctorum en el que el silencio lo envolvía con un halo de sacralidad. Hasta que las tablas del suelo gruñeron a su espalda. Anne Starling se había movido y quebrado el momento mágico. Crawford se dio la vuelta y la miró.

—Dígame cómo ha entrado.

Estaba de pie, detrás de él, y sujetaba el marco de una foto en la que aparecían dos hombres ante la oficina del puerto de Newark, en New Jersey. Ella devolvió la foto a su lugar y señaló la ventana del salón.

—Por la escalera de incendios.

—¿Sabe que cualquiera puede haberla visto? ¿Sabe que quizá ya hayan llamado a la policía y esté viniendo hacia aquí?

—La policía ya está aquí.

—No tengo permiso para entrar, señora Starling. Estoy cometiendo un delito junto a usted, una vez más.

—Entonces démonos prisa, por si alguno de sus compañeros no tiene nada mejor que hacer que venir a sorprendernos.

Anne se dio la vuelta y se alejó por el pasillo.

—¿Adónde va?

—A la cocina. Venga. Tengo algo que enseñarle.

Un ligero olor a rancio le invadió las fosas nasales cuando se asomó. Era pequeña y la presencia de Anne Starling la llenaba casi por completo. Crawford se quedó en la puerta para no acercarse a ella demasiado. Deseaba mantener esa distancia. De momento era la única forma que había encontrado de aparentar una autoridad de cuya artificialidad, sin embargo, ella se había percatado, según sospechaba. Anne abrió una enorme heladera que ocupaba gran parte de la habitación y miró dentro.

—Está llena de comida congelada. Parece que el señor Snow es previsor.

—¿Lo dice por la tormenta de nieve?

—¿Qué otra explicación puede tener esto? —Cerró la heladera y se volvió hacia él—. Pero pase.

—Prefiero quedarme aquí.

En el fregadero había una taza de café sucia en cuyos posos flotaban algunas hebras de tabaco de pipa; en la mesa, un cuenco con restos de sopa y un plato con unas lonchas de jamón ahumado y un pedazo de tarta de manzana intacto.

—Debió de salir con mucha prisa —dijo ella al verle observar la comida—. La pregunta es por qué se fue sin acabar la cena.

—No sabe si ésa era su cena.

—No me dirá que está dispuesto a creer que alguien desayuna sopa.

—He visto cosas más raras, pero, en cualquier caso, podría ser el almuerzo.

—Imposible. La señora Lacey dijo que lo vio entrar la noche del martes y cuando vino a pedirle que le llevara un paquete a correos era la mañana del miércoles. Pero para entonces el señor Snow ya no estaba en casa. ¡Ésa fue su última cena!

—Hace que suene fatal —protestó Crawford.

—¿Empieza a sentirse preocupado?

—Empiezo a sentirme muy nervioso. Podría perder mi placa por esto. Dígame de una vez qué es lo que quiere que vea y vayámonos.

—Esto —dijo—. Esto era lo que quería que viera.

—¿Los restos de comida?

—Demuestran que la dejó a medias.

—¿Y?

—Que tal vez la señora Lacey tiene razón y fue secuestrado.

—¿Por la tubería y a lomos de una boa?

—Vamos, inspector, no sea tan cáustico. Es obvio que la pobre anciana ha mezclado ficción y realidad. Está leyendo a Poe, así que la asociación es obvia: probablemente se durmió con la historia en la cabeza y soñó que el señor Snow era raptado por la boa.

—¿A través de la tubería?

Anne asintió.

—Al parecer acaban de instalarla. Todo está en el cerebro. Aunque parezcan absurdas, esas asociaciones parten de ideas, pensamientos y conversaciones que se han tenido en algún momento y que la mente ha registrado.

—¿Y la serpiente? —Crawford se acercó a la ventana, retiró ligeramente el visillo que la cubría y echó un vistazo al patio interior—. La cañería me hace suponer que el libro de Poe al que se refiere es «Los crímenes de la calle Morgue». ¿Qué pinta una boa aquí? —Se giró y volvió a mirarla—. ¿El señor Snow no debería haber sido raptado por un simio?

—Sí —admitió ella—, yo también lo he pensado. La señora Lacey está obsesionada con los ofidios. Confundió a Shiva con las Górgonas y me habló de una Secta Ophidia.

Crawford puso los ojos en blanco. No podía creerse que estuviera en aquella cocina diminuta, hablando de literatura y mitología, todo ello bien mezclado con el absurdo sueño de una anciana.

—Debemos irnos, señora Starling. La broma ya ha durado bastante y estamos cometiendo un delito.

—¿Existe?

—¿El señor Snow? Sí, lo comprobé.

—No, la Secta Ophidia.

—¿Ya está planificando una nueva aventura? Que ésta le falle sólo tiene un significado: deje de meter la nariz en los absurdos equívocos de una anciana cotilla y no se busque problemas.

—Esta aventura no ha fallado, inspector. El señor Snow no está en su apartamento, las pruebas indican que lo abandonó o le obligaron a hacerlo de forma apresurada, así que algo hay de verdad en la afirmación de la señora Lacey.

—¿Y cuál es la parte cierta?

—Desde luego no la de la boa, pero si fuera un buen policía, señor Crawford, averiguaría dónde se encuentra el señor Snow.

Arthur la tomó por el brazo y la llevó hasta el salón. Las vitrinas que contenían las maquetas de los barcos parecían llenarlo todo. Se detuvo un momento, sin soltarla, como si temiera que ella se fuera a escapar y observó de nuevo los barcos.

—Son preciosas, ¿verdad? —dijo Anne.

Él asintió. Estaba observando una de las naos, el Nuestra Señora de las Nieves.

—Es tan real... Parece que el viento hincha sus velas y se encuentra en

plena navegación. Supongo que ésa —Crawford señaló la cruz bordada en rojo que lucía la vela mayor—, es la cruz de Colón.

—Colón llegó a América en una carabela y eso es un galeón.

Él la miró. ¿Es que también sabía de barcos?

—Vamos —tiró de ella hacia la ventana—. Tendremos que salir por la escalera de incendios. Es la única forma de dejar la puerta cerrada desde dentro. Por su bien espero que no haya nadie ahí abajo que nos descubra, señora Starling. Si pierdo mi placa por los sueños absurdos de una anciana y por su recurrente manía de meter la nariz donde no debe, le prometo que pagará por ello.

Anne se volvió antes de sacar la pierna por la ventana y lo miró.

—¿Cómo, inspector? Siento curiosidad por saber cómo me lo hará pagar.

—Aún no lo tengo pensado, pero le aseguro que daré con algo que satisfará enormemente a su marido.

En la cara de Anne se dibujó una mueca de disgusto que a él no le pasó desapercibida. Sabía que, de perder la placa por culpa de aquella mujer, no encontraría forma de resarcirse, pero ganar pequeñas batallas retóricas como aquélla suponía recompensa suficiente por el momento. Cuando la vio bajar los escalones metálicos de la escalera de incendio, con aquellos movimientos elegantes y fluidos, como los de un delfín que se complace en nadar por pura diversión, fue consciente de que nunca le reprocharía nada. Estaba allí por su causa y no se había marchado, a pesar del allanamiento de morada, por ella. Echó un último vistazo a la exposición de barcos antiguos que el señor Snow había construido y anotó mentalmente comprobar si existía una asociación de maquetistas náuticos. Agarró la cartera con exámenes de Anne Starling que mantenía abierta la ventana y tiró de ella. El marco se deslizó hacia abajo. Lo último que vio fue la maqueta de Nuestra Señora de las Nieves, con sus velas hinchadas y la cruz roja destacada en ellas.

Ángela Lacey

La señora Lacey apartó con disimulo el visillo que cubría la ventana de su salón y observó en silencio cómo la joven que le había recomendado su vecina

y el hombre que había llamado a la puerta de Anthony Snow, y se había identificado como policía, bajaban la escalera de incendios. Anne Starling le había preguntado si tenía llave del apartamento 2B. Aquella pregunta la había tomado desprevenida. No se le había ocurrido que quizá se la hicieran. Asintió en silencio, pero cuando la joven le pidió que le dejara entrar, se negó. Ahora, al ver que habían conseguido acceder al apartamento de Anthony Snow, se preguntó si había hecho bien. Si le hubiera permitido entrar, al menos la habría acompañado y sabría qué había estado buscando, e incluso quizá a qué conclusiones habría llegado, pero ya era tarde para eso. Aquellos dos jóvenes se habían colado en el apartamento delante de sus narices y lo único que podía hacer eran presunciones de las que nunca llegaría a estar segura. Al menos, pensó, no la habían encontrado allí dentro. Apoyó la frente en los dedos con los que sostenía el visillo y descansó la cabeza durante unos segundos. Anne Starling y su acompañante habían llegado al final del callejón y doblado la esquina. No volverían, al menos de momento, así que tenía que darse prisa. Aunque había trabajado hasta bien entrada la madrugada, la noche anterior sólo le había dado tiempo a repasar la mitad de la estantería. No tenía otra opción que arriesgarse a ir en pleno día y registrar lo que quedaba de ella. Debía encontrar aquel maldito papel.

Soltó el visillo y se acercó hasta el radiador detrás del cual pendían las llaves del apartamento de Tony. Las cogió con decisión y se dirigió a la puerta. La abrió un palmo y echó un vistazo al pasillo. Estaba vacío y silencioso, como siempre. Las zapatillas de estar en casa amortiguaron el sonido de sus pasos sobre las viejas tablas de madera, pero no pudo evitar que la puerta de Tony chirriara al abrirla. Se había olvidado el tarrito con mantequilla para untar las bisagras, pero en cuanto estuvo dentro el desafinado alarido dejó de tener importancia.

Echó un vistazo a su alrededor. Todo parecía estar como siempre. Aunque... Decidió dar una vuelta por la casa y cerciorarse de que aquellos dos no habían tocado nada. Sería una maldita coincidencia que ellos hubieran encontrado lo que ella buscaba. En la cocina, la cena de Tony seguía sobre la mesa, como si de verdad esperara a que él volviera y continuara comiendo. El borde de las lonchas de jamón ahumado estaba empezando a ponerse oscuro y duro. Ángela Lacey sintió un efímero remordimiento. Quizá Tony estaba

muerto. No lo había pensado o tal vez simplemente había apartado ese pensamiento de su mente. La necesidad de encontrar el documento se anteponía cualquier asomo de piedad. Se preguntó en qué estaba convirtiendo el dinero al ser humano. Aguantó una lágrima que pugnaba por salir. La contrición no debía encontrar sitio en su corazón. No en ese momento. En el fregadero continuaba el platillo y la taza de café. En aquel momento se le ocurrió algo. Tony no fumaba. Allí estaba la prueba definitiva de que alguien había estado con él. Volvió a mirar las lonchas de jamón, con los bordes endurecidos. Alguien que se lo había llevado contra su voluntad.

Se llevó la mano al pecho, como si así fuera a apaciguar los latidos del corazón, que le golpeaban como granizos sobre el asfalto, y expulsó el aire que había contenido en los pulmones. Aquello la tranquilizó. Realizó dos respiraciones profundas y se puso en movimiento. Debía concentrarse en la librería. Era el lugar más lógico. Y tendría que confiar en que la señora Starling y el policía no hubieran hallado nada. Lo único que debían encontrar era a Anthony Snow. Se detuvo un momento ante la estantería y miró al techo. Más que confiar, se lo suplicaba a Dios.

Block Island

2 millas al Oeste, mar adentro

John se levantó de la cama y dejó a la mujer sola, estremeciéndose aún con espasmos del placer y del dolor. Tendría que pedir que cambiaran las sábanas, salpicadas de sangre. Se duchó y se puso ropa limpia. Luego subió a cubierta y dejó que el aire fresco de la noche lo atemperara. El sexo siempre lo dejaba demasiado agitado, pero en aquel momento necesitaba centrarse. Encendió un cigarro y aspiró hondo. El sol se había puesto y sólo las luces desvaídas de la lejana costa eran visibles. Arriba, en la cabina de mando, todo estaba oscuro, de acuerdo con sus órdenes. El barco no existía. Le había costado un par de miles más conseguir que el capitán apagara las luces reglamentarias. Nadie debía saber que estaban allí.

Hans le silbó desde la cabina e hizo un gesto. Habían establecido comunicación. John asintió. Dio un par de caladas rápidas al pitillo y lo arrojó

por la borda. Allí abajo también estaba oscuro. Ni siquiera la espuma que formaba el agua al golpear el casco del barco era visible. Subió los escalones de dos en dos y cerró la puerta tras él.

—Se acerca una tormenta —Henri Desmet, el capitán, ni siquiera le miró. Había contratado sus servicios para que gobernara el barco, no para darle conversación.

—¿Peligrosa? —preguntó.

El marino se encogió de hombros.

—Atravesará Nueva York en forma de nieve, pero a nosotros sólo nos caerá agua. Han comunicado un grado cuatro. Nada que no podamos afrontar.

—Entonces seguimos con el plan previsto.

Desmet se llevó un par de dedos a la gorra y asintió. John se volvió hacia Hans.

—¿Tenemos comunicación?

—¿Tim?, te está esperando.

—¿Qué hay? —John no le saludó. Los días habían ido pasando sin resultados y su paciencia se agotaba—. ¿Tenéis algo?

Cerró los ojos y oyó cómo le rechinaban los dientes. El jodido Tim era un capullo inútil. A este ritmo, a Snow se le acabarían los dedos antes de que logaran sacarle una palabra.

—Escúchame, gilipollas. Estoy harto de oír la misma historia cada noche. Arráncale los huevos si hace falta, pero quiero esa información ya.

Al otro lado de la línea, la voz de Tim respondió imperturbable. Sería un jodido inútil, pero no le tenía miedo y eso era algo que no podía soportar. Le arrojó el micrófono a Hans y salió de la cabina dando un portazo. Caminaba sobre una cuerda tendida entre dos rascacielos y debajo no había ya ninguna red. Las había ido agotando todas. Si no arrancaban a Snow la información que necesitaba, el maldito plan se iría al carajo y, en cuanto pusiera un pie en Nueva York, no llegaría a dar tres pasos sin que algún matón de Vitorio Marzini le rajara el cuello de lado a lado. Encendió otro pitillo y la punta se iluminó como un hierro candente. ¡Maldita, sea! Todo, todo estaba desplomándose ante sus ojos sin que pudiera evitarlo. Apretó con rabia el paquete de cigarrillos y lo arrojó al mar. Algunas fibras de tabaco se le quedaron pegadas a la piel. Se limpió la mano en las perneras del pantalón y

gritó. Uno de los portillos de la cabina se abrió y John vio el rostro de Hans atisbando en la oscuridad.

—¡Vete a la mierda, jodido sueco. Cierra esa puta ventana!

Se agarró a la baranda y escupió al mar. Luego se apoyó sobre ella y dejó caer la cabeza, como un crucificado que acaba de expirar. Permaneció así unos minutos, respirando con dificultad. Necesitaba calmarse y para ello debía apagar aquella furia que le ofuscaba. Se dio la vuelta y miró alrededor. El primer rayo del aguacero iluminó la cubierta como el flash de una cámara fotográfica: azulado y rápido. Aun así, distinguió los restos de un cabo enganchados en la escalera por la que acababa de bajar. Los arrancó de un tirón y comenzó a enrollarlos entre la mano y el codo. Una ola alcanzó la cubierta y le mojó. Sí, necesitaba calmarse para poder pensar con claridad. Sonrió al mirar hacia la escotilla de bajada a los camarotes. Soltó un extremo del cabo y lo agitó como un látigo. Aún no había pedido que cambiaran las sábanas salpicadas de sangre.

CAPÍTULO 6

Apartamento de los Starling

James se acercó por detrás y le besó los hombros, al descubierto.

—Estás preciosa —dijo.

Sentada ante el tocador del dormitorio, Anne se observó en el espejo y decidió que las mejillas necesitaban otro toque de colorete.

—No lo suficiente. —Miró el reflejo de su marido, a su espalda, y le vio hacer una mueca.

—Debería sentirme molesto —dijo.

—¿Por qué?

—Porque lo haces por Marius y no por mí.

Anne no contestó. Cogió la brocha y extendió una capa suave de polvos sobre el pómulos. Marius Von Haussen, el cónsul alemán en Nueva York, era un tipo horrible. Engreído y arrogante, solía comportarse como si Alemania fuera el centro del mundo y él, su capital. Con aquella voz germana y estentórea, siempre se las arreglaba para acaparar la atención, al estilo de un Rey Sol al que el resto del planeta debiera reverencia. Y para colmo mascaba el inglés como si fuera tabaco que después escupiera. Su mujer, Astrid, podía sobrellevarse, aunque cada día que pasaba junto a él perdía parte de su encanto y se volvía más insufrible. Anne estudió su rostro en el espejo. Así estaba mejor.

James tenía razón. Aquel día se había arreglado con especial esmero. No era una novedad que los compromisos diplomáticos de su marido solían importunarla, aunque en ocasiones se había preguntado si el fastidio se debía a que verdaderamente resultaban molestos o sólo a que adoraba martirizarle un poquito. De cualquier modo, ése no era el caso aquella noche. Ciertamente, la idea de pasar la velada con Marius y Astrid no le resultaba tentadora, pero hacía tiempo que le rondaba la cabeza una idea con la que esperaba resarcirse del presuntuoso germano.

—Por cierto —El reflejo de James se inclinó sobre ella y el destello de los pendientes de brillantes que acababa de ponerse resaltó sobre el color negro de la chaqueta de su marido—, he visto la figurita de Shiva sobre la

repisa de la chimenea. Creí que ibas a colocarla en la biblioteca.

—Un recuerdo familiar tan notable merece un lugar más visible.

—¿Recuerdo familiar?

—Amor mío, sabes que adoro tu modestia, pero jamás me atrevería a silenciar el pasado glorioso de tu familia. Relegarla a un lugar privado de la casa no sería decente para con la memoria de tu tío bisabuelo Arthur.

—Yo no tengo ningún tío bisabuelo Arthur, querida.

—Sí que lo tienes. Fue él quien encontró la talla durante su expedición a Ellora, junto a John B. Seely, a principios del siglo XIX. —Anne se volvió hacia él y dio unos golpecitos sobre la seda que cubría la descalzadora frente al tocador—. Me olvidé de decírtelo.

James tomó asiento junto a ella y la miró interrogante.

—En 1810, tu tío bisabuelo Arthur Wedgewood, apasionado por las narraciones del cronista mogol Muhammad Kazim..

—¿De quién?

—Muhammad Kazim. ¿Quieres prestar atención?

—Soy todo oídos. —La cogió por la barbilla y la besó.

El dormitorio pareció ceñirse sobre ellos y ampararlos del universo durante unos minutos en los que sólo fueron conscientes el uno del otro.

—¿Qué decías? —preguntó James cuando logró apartar los labios de los de su mujer.

—Decía que... —Anne se aclaró la garganta e hizo un esfuerzo por hacer lo mismo con su mente—. Decía que, entusiasmado por lo que Kazim refería en sus crónicas, tu tío decidió acompañar al oficial John B. Seely, acantonado por aquel entonces en Bombay, hasta los montes Charanadri, en la región del Decán. El recorrido casi acaba con tu tío.

—Vaya, eso es algo que desconocía.

—No comprendo cómo has podido olvidarlo.

—He dicho que lo desconocía.

—Y yo que eres un olvidadizo. Seely y él —continuó— recorrieron más de quinientos kilómetros. Tuvieron que abrirse camino a través de altos pasos de montaña y ríos infranqueables, atravesaron zonas sometidas al arbitrio de cuadrillas de bandidos y selvas infestadas de mosquitos. De hecho, Seely sufrió unas fiebres, provocadas probablemente por la malaria, de las que se

recuperó gracias a los cuidados afectuosos de tu tío Arthur, que se detuvo en Toka, dispuesto a renunciar a su sueño y volver a Bombay con el cadáver de Seely en caso de que el desgraciado oficial muriera.

James levantó una ceja.

—Sí, la valentía y la lealtad corre por vuestras venas desde hace siglos.

—Ya.

—Allí —prosiguió Anne—, inspeccionaron las cuevas de Ellora. Hay treinta y cuatro templos, recuérdalo. Uno de ellos, el Kailash o «montaña sagrada», era la residencia de Shiva. Éste fue el primer templo que exploraron y allí fue donde Arthur Wedgewood encontró la estatuilla que tú has heredado.

—De modo que mi tío Arthur era un saqueador.

—Los lugareños se la regalaron.

—Entiendo...—Ambos se miraron durante unos segundos y Anne se preguntó cuántos pasarían antes de que James estallara. Contó hasta seis.

—Pero ¿es que te has vuelto loca? Nadie va a tragarse una historia como ésa.

—¿Por qué no? Nosotros hemos tenido que simular que nos zampábamos tan panchos la historia de que Marius es el biznieto de Schliemann.

—Nadie se la cree —protestó James.

—Pues ésta sí. —Anne se volvió hacia la cama y señaló una carpeta que descansaba sobre el edredón—. Ahí tienes unas anotaciones que debes memorizar.

—No creo que sea conveniente. No tenemos que inventarnos ningún pasado glorioso.

—¡Claro que sí! Estoy harta de ese relamido alemán y tú todavía deberías sentirte furioso por la Segunda Guerra Mundial.

—Estamos en 1978, ¡por Dios! Eso no tiene ningún sentido, y lo sabes.

—¡Oh, James! —Le cogió las manos y las envolvió con las suyas—, ¿qué hay de malo en ello?

—No vamos a contarle cónsul alemán que esa cosa —señaló hacia el salón, donde aguardaba silente la figurita de Shiva— la descubrió en la India un antepasado que no he tenido y que logró rescatarla de un nido de serpientes.

—Desde luego, contado así no tiene ningún interés.

—Es el resumen de la historia que te has inventado.

—Parco, como tú, y sin emoción.

—¿También como yo?

—Cuando te pones cerril, sí. Marius siempre cuenta mentiras sobre su familia.

—¿Y qué? Todos lo sabemos.

—Bueno, quiero oírle rechinar los dientes. No vamos a mantener la historia después de que nos hayamos reído.

—Anne..., ¿vuelves a aburrirte en la universidad?

Ella puso los ojos en blanco.

—¡Oh, vamos!

—Para serte franco, casi prefiero esto a que vuelvas a meter la nariz en un crimen. Y no, no resoples otra vez. Aquel pobre inspector y yo tuvimos que salvar la situación como pudimos a cuenta de la dichosa historia de los elefantes lanudos y la librería hippy de Queens.

—Pero descubrí al asesino y una trama de espionaje. Deberían condecorarme por los servicios prestados.

—¿Eso crees?

—Totalmente.

—Cuando haces este tipo de cosas, me entran ganas de darte unos azotes.

—Podría ser un buen plan —Anne volvió a acomodarse en la descalzadora y cogió la brocha de maquillaje—, pero tendrá que esperar hasta que Marius e Ingrid se hayan marchado. Ahora deberías echarle un ojo al pasado histórico de tu tío bisabuelo.

James se levantó, tomó la carpeta y hojeó su contenido.

—Escolta de cipayos, porteadores, nativos hostiles, bueyes, camellos... ¿En serio?

—Y una selva —Anne se aplicó una capa de polvos de color más suave sobre las mejillas y asintió satisfecha con el resultado—. Ah, y no olvides las temperaturas por encima de los cuarenta grados.

—No pienso participar en esto.

—No tienes que hacerlo. Yo hablaré por ti. Tú sólo has de asentir y, si quieres que me olvide de la SV-6, introducir algún dato interesante de vez en cuando.

—Marius es un imbécil y no quiero convertirme en alguien como él.

—Y no lo harás, querido —Anne se levantó, colocó las manos en la cintura de James y lo besó en los labios. Eran suaves y mullidos. Llevaban cuatro años casados y no se cansaba de ellos.

—Un beso no va a convencerme.

—Podríamos seguir después...

—¿Sin pijama?

—Sin pijama.

Lo vio sonreír e inclinar la cabeza para besarla. James llevaba muy mal ese correctivo. Infinitamente peor que el de las corbatas setenteras que le regalaba cuando quería subrayar su disgusto, como el que se había llevado con la SV-6. Notó que su marido tiraba de su labio inferior hacia fuera y se dejó hacer. El castigo del pijama también lo sufría ella, aunque, por supuesto, nunca lo admitiría. No habían hecho el amor desde que la condenada aspiradora había irrumpido en sus vidas y ya iba siendo hora de atenuar la condena o de anularla, directamente. Le pasó las manos por la nuca y lo atrajo hacia sí. Le encantaban esos besos largos, a la luz tenue, casi vaporosa, de su dormitorio. No había nada que pudiera estropear aquel momento, ni siquiera la llegada inminente de Marius y Astrid, ni tampoco las espantosas corbatas, de las que se había librado para castigar a otro hombre. La imagen de Arthur Crawford se dibujó en su mente con llamativa nitidez. Excepto los labios. ¿Cómo eran? Finos, pero no tanto que le dieran aspecto de cínico. Eran finos, sí, pero distinguidos. ¿Qué se sentiría al besarlos...? ¡Pero, qué demonios!

Dio un paso atrás.

—¿Qué? —James arrugó el ceño.

—Nada.

—Cada vez que contestas con un «nada» a una pregunta ocurre algo.

—Pues esta vez no es nada. —Se giró y volvió a sentarse ante el tocador.

—No me fío.

—Tú nunca te fías, querido. Por eso eres diplomático. —Cogió la barra de carmín y comenzó a retocar los estragos que el beso de James había provocado en sus labios. Al observarlos, apartó la mano. ¡«Labios»!, eso era lo que ocurría. Había estado pensando en los de Arthur Crawford mientras su marido la besaba. Observó el reflejo de su rostro en el espejo y, sí, había algo de bochorno en él. James también lo contemplaba, detrás de ella.

—Me has...

—¿Excitado? —Él le sonrió.

—Exacto, y Marius está a punto de llegar.

—Confío en que la intuición femenina estimule la envidia de Astrid. Seguro que Marius no lo consigue con tanta facilidad.

—Eres un presuntuoso.

—Y tú eres una mujer deliciosa. —Se acercó y le besó la nuca.

Anne aguardó unos segundos, los suficientes para sentir a fondo aquel contacto. Luego se apartó.

—Ya está bien. Tienes que leer la historia de tu tío Arthur.

—Confiaba en que lo hubieras olvidado. —El gesto de James evidenció su protesta.

—¿En serio?

—No. —Se apartó de ella y se sentó en la cama—. Tienes un cerebro demasiado despierto para esperar que se olvide de algo.

Anne lo vio coger la carpeta y comenzar a leer. Marius tendría en qué pensar aquella noche cuando se metiera en la cama. Lo sentía por Astrid... Estiró el cuello frente al espejo y comprobó por última vez el maquillaje. Estaba perfecto y, no, para ser franca, debía admitir que no lo sentía en absoluto. Astrid tampoco le caía bien. Guardó la brocha en su estuche y se retocó los labios con la barra de carmín. ¿De verdad eran tan finos como los recordaba? Entrecerró los ojos e intentó recordar. Tendría que fijarse la próxima vez que se vieran.

Esperanza

Supuso que el olor a rancio continuaba invadiendo sus pulmones con cada aspiración, pero se había acostumbrado a él y ya no lo notaba. Llevaba días encerrada en aquel lugar que ahora sabía que era la bodega de un barco. Lo había recorrido a ciegas y, cada vez que abrían la escotilla del techo para arrojarle comida y bebida, aprovechaba los pocos segundos de luz que le llegaban de la linterna con la que la alumbraban para conocer mejor la celda

en la que se encontraba. Por las veces que la habían abierto, calculaba que llevaba encerrada al menos cinco días, quizá alguno más si tenía en cuenta el tiempo que pasó aturdida por la droga que debieron de administrarle cuando la secuestraron.

En una de sus excursiones por la bodega, había descubierto una salida. Era de hierro y estaba fuertemente atrancada. Tiró y empujó hasta hacerse daño, pero ni siquiera consiguió aflojar los goznes. Al principio se había dejado caer derrotada y había llorado durante horas. La escotilla del techo era inalcanzable y la puerta se le antojaba la de la caja fuerte de la Reserva Federal. Un lugar tan inexpugnable como aquél en el que se encontraba. La única diferencia es que ella no quería entrar, sino salir.

Había pasado tres días abandonada a los sollozos, con el único consuelo de la botella de agua que le proporcionaban cada día. Sentía en los labios un permanente sabor a sal y aquel líquido precioso era como un néctar reconfortante que la mantenía viva. Después de beberlo, se dejaba acunar por las olas que lamían el casco del barco y llegaban hasta ella con un sonido sedante y reparador. El tiempo había realizado su función terapéutica y ahora experimentaba una especie de calma en la que la fuerza bruta a la que le había conducido el desaliento se había evaporado y dejado sitio al sentido común. Aquella puerta no era la que protegía las reservas de las entidades miembros del Banco Central. Era una simple puerta de barco, roñosa y oxidada por el tiempo y la humedad. Abrirla era posible. Estaba segura de ello.

Se levantó y caminó a ciegas por la bodega, tanteando con las manos, centímetro a centímetro, en busca de algo que le ayudara a forzarla. No supo calcular el tiempo que le llevó, pero al fin dio con una barra de hierro de punta curvada y la agarró con la misma rabia con que una alimaña defiende su trozo de despojo ganado entre gruñidos y mordiscos. La escondió bajo los restos de arpillera de unos sacos y se sentó a esperar.

Después de que la escotilla del techo se abriera y alguien arrojara por ella la bolsa con la comida diaria, corrió con la barra de hierro hacia su objetivo. Tenía veinticuatro horas antes de que aquella boca que iluminaba la oscuridad unos instantes cada día volviera a abrirse. Por primera vez desde que estaba allí, bendijo la oscuridad.

Se acercó con paso inseguro, tomó la barra y la encajó en el lateral, entre

los goznes. Luego empujó. No con todas sus fuerzas. No quería agotarse. Sabía que aquella tarea le llevaría tiempo. Debía ir poco a poco, reservando energía para arañar unos milímetros de libertad en cada tanteo. Descansaría y repondría fuerzas. Lo que más le preocupaba era la sed. Aquel sabor a sal que le inundaba la boca no desaparecía nunca y estaba segura de que el esfuerzo y la tensión aumentarían su necesidad de beber. Colocó la botella cerca y se prometió que bebería sólo cuando ya no pudiera aguantar más.

La puerta gruñó en su primer intento y aquel gemido le pareció buena señal. Sacó la barra, la introdujo unos centímetros más abajo y empujó. Le arrancó un nuevo lamento que sonó a obertura triunfal. Se sentía exultante. Repitió la operación. Encajó la palanca otra vez y echó el peso del cuerpo sobre ella. Se disponía a empujar, cuando un alarido traspasó las paredes de acero y la paralizó.

¡Dolor!

Anthony Snow emitió un quejido. Seguía sentado en aquella silla. Creía recordar que en algún momento lo habían tumbado sobre una superficie dura, quizá en el suelo porque la había sentido muy fría, pero que le había otorgado un descanso al cuerpo. Ahora estaba de vuelta en la silla e imaginó por qué. En aquella oscuridad era imposible llevar la cuenta de los días que habían transcurrido desde que lo secuestraron, pero por el número de dedos cortados debían de ser cuatro. En la mano izquierda ya sólo le quedaba el pulgar y el hecho de que lo hubieran sentado de nuevo auguraba que el tiempo que seguiría allí se acababa.

Se preguntó por qué era tan tozudo. Llegados a aquel punto, la información que buscaban aquellos bárbaros ya no le parecía tan valiosa. Abrió los ojos tanto como pudo y miró al lugar donde debería encontrarse su mano, o los restos de ella, pero no pudo verla. Sin embargo, su imaginación era lo suficientemente vívida como para hacerse una idea bastante aproximada de lo que habría visto. Notó que una lágrima le bajaba por la mejilla. No podría volver a construir sus maravillosas maquetas de barco. Le habían robado lo

que de verdad daba sentido a su vida y la única explicación que tenía para haberlo consentido era la imagen turbia de una mujer aún joven y radiante, aunque infeliz, a la que sólo había visto una vez.

Oyó ruidos en el pasillo. Volvían. Sintió que la mano hinchada y caliente, enfajada en unos vendajes que le cambiaban una vez al día, palpataba. Movi6 el pulgar, a pesar del dolor, como intentando despedirse de 6l. Los pasos se acercaban. Al cabo de unos minutos, su brazo izquierdo acabaría en un mu6n6n inservible y 6l probablemente perdería el conocimiento. El dolor de cada amputaci6n se sumaba al de la anterior y le iba resultando dif6cil mantener el valor. Esperaba que al menos el hombre del sombrero no volviera para comprobarlo. No quería darle ocasi6n de verle así, vencido a pesar de todo.

La puerta chirri6 al abrirse y Anthony Snow gir6 levemente la cara. La luz del pasillo lo deslumbr6 y sólo pudo distinguir las figuras oscuras de sus dos torturadores perfiladas a contraluz. Uno de ellos sac6 la navaja y la hoja destell6. Era el saludo que le deparaban cada día. Snow cerr6 los ojos y apret6 los labios. Estaba decidido a no gritar, como en las otras ocasiones. Se había resignado. Sin la mano izquierda, su pasi6n se había vuelto una quimera. Dejaría ir su pulgar y luego los otros cinco dedos.

Le quitaron el vendaje y uno de ellos alumbr6 los despojos sanguinolentos que pendían de la mano. El filo de la navaja se hundió en su carne lentamente y alcanz6 el hueso. Allí se detuvo. Snow sintió que el coraz6n se le desbocaba. Apart6 la vista y cerr6 los ojos. No gritaría. No les daría esa satisfacci6n. Apret6 los dientes con fuerza y se mordió el labio inferior. Lo había maltratado tanto que probablemente era ya un amasijo de carne tumefacta. Mordió con más fuerza. El dolor era insoportable. El maldito sicario no había seccionado el dedo de un solo tajo, como en las otras ocasiones, sino que estaba cortando el hueso poco a poco.

—¿Duele?

El tipo detuvo la operaci6n y le sonri6.

—Maldito hijo de puta. Hazlo de una vez. —Snow se pas6 la lengua por el labio ulcerado y sorbi6 su propia sangre.

—Hoy no. Hoy vamos a ir despacio —dijo. Levant6 la navaja hasta que Snow pudo verla y con un movimiento rápido la baj6 y la hundió en el dorso de la mano, hasta atravesarla. El dolor fue insoportable y Snow emiti6 un

alarido que atravesó las paredes y corrió libre como el viento en una pradera hasta perderse junto al susurrar de las olas en la oscuridad.

Las náuseas le asaltaron y vomitó. Luego se perdió en la inconsciencia.

Apartamento de los Starling

Anne se alisó el vestido y asintió. James juntó las manos, como si se dispusiera a rezar, y le dedicó una mirada de súplica que Anne aceptó de mala gana. Cuando James abrió la puerta, Marius y Astrid vociferaron un saludo con su inglés germanizado y entraron en la casa. Marius y Anne se observaron como soldados apostados en trincheras enfrentadas. A Anne le cruzó la palabra «Somme» por la cabeza. Él le dedicó la sonrisa sardónica de la que no se privaba nunca y ella contestó con otra cargada de flema británica. La velada se presentaba larga y tediosa, pero sobre todo difícil. Sintió que James le cogía la mano y se la apretaba con delicadeza. Él sería lo único interesante de la noche y afortunadamente se quedaría con ella cuando la pareja teutona se marchara. Pero eso no ocurriría antes de tres o cuatro horas. El carillón dio las ocho y Anne decidió armarse de paciencia. Probablemente pasarían meses antes de que tuviera que sufrirlos otra vez.

—James, querido, ¿puedes encender la chimenea?

Acababan de sentarse en el salón con unas copas de coñac. James la miró con desconfianza. La calefacción estaba al máximo y todos estaban sonrojados por la comida, la bebida y sobre todo por la temperatura de la casa, pero aun así obedeció.

—¿Y esa talla de Shiva? —la voz de Marius sonó extrañamente asombrada. James, que estaba prendiendo fuego a los troncos que había colocado en el hogar, levantó la vista y vio la figurita de jade estratégicamente colocada en la repisa. A lo largo de la cena, su mujer no había hecho referencia a ella y él la había olvidado por completo. El fósforo que sujetaba en la mano se había consumido casi por completo y lo soltó con un movimiento reflejo al sentir el calor en las yemas de los dedos.

—Ah, sí —Anne se desembarazó del chal de seda con que se había cubierto los hombros. James apretó los labios. El objetivo se había logrado y su mujer ya no consideraba necesario continuar con la comedia. Le hizo un gesto con la cabeza que ella simuló no ver y continuó—: la madre de James nos la ha enviado desde Inglaterra.

El alemán se levantó y se acercó a ella.

—¿Puedo? —preguntó. Anne asintió y Marius cogió la figurita y la examinó—. ¿De dónde ha salido?

—¿No os hemos contado nunca la historia?

James colgó el atizador en el gancho y cerró los ojos antes de incorporarse. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Él sí, pero ella no se había olvidado del dichoso tío Arthur. ¿Cómo era aquello que le había dado a leer? Ni siquiera era capaz de recordar el lugar donde su supuesto tío bisabuelo Arthur Noséqué había encontrado a Shiva. Vio cómo el matrimonio se volvía a la vez hacia su mujer y casi pudo percibir en su sonrisa de complacencia el gusto que le producía ver cómo los engranajes de su plan comenzaban a rodar. Obvió la necesidad de volver a negar con la cabeza, en una última súplica para que ella no siguiera adelante. No iba a conseguir nada. Cuando se le metía algo entre ceja y ceja, no había poder humano capaz de detenerla. Apoyó la espalda sobre la jamba recubierta de falso ladrillo y pidió a Dios que, fuera como fuese, los sacara bien de aquel nuevo episodio concebido por la fértil imaginación de su esposa, a quien, a pesar de todo, amaba.

—No se lo han tragado. —James anudó con una lazada el pantalón del pijama y la miró a la cara.

—Claro que sí.

Estaban en el dormitorio, como antes de que los Von Haussen llegaran. Anne se había desmaquillado en silencio, esperando un reproche de James que tardó en llegar. Lo hizo en ese preciso instante.

—Por supuesto que no. Cuando Marius dijo que había visto una talla igual a ésta en una tienda de antigüedades del Upper West Side, te estaba diciendo que sabía que se trataba de la misma figurita.

—¿No puedes dejar de pensar como un diplomático ni por un momento?

—Se acercó a él y le ofreció la espalda para que le desabrochara el vestido, pero ni siquiera esto le ablandó.

—No fue el sutil comentario de un cónsul, Anne. Fue una alusión directa a que te había pillado.

Dejó caer el vestido y lo recogió del suelo con lentitud. Quizá verla con aquella sexy combinación negra que había comprado en Barneys lograra suavizar el humor de James.

—Y para colmo —continuó—, tuviste que empeorarlo todo pidiéndole la dirección de la almoneda, como si fuera a tragarse la historia de que la que él había visto era la talla idéntica que se había llevado John Shelley...

—Seely.

—...de Kashilam

—Kailash

—¡Como demonios sea! —James agitó los brazos delante de la cabeza.

Estaba colorado como una cereza y Anne se preguntó si era por el calor que hacía en la casa o por el enfado que sentía. Se acercó a la ventana y la abrió. Anne se estremeció al sentir el aire helado de la noche nevada acariciando su cuerpo, ahora desnudo, en el que él no había reparado. Lo vio caminar hacia su lado de la cama y meterse en ella. Parecía haberse olvidado de que le había levantado el castigo. Anne se puso el camisón.

—¿Es que no puedes dejar que Marius tenga un Schliemann en su familia?

—Pero no lo tiene.

—¿Y qué más te da? Voy a ser el hazmerreír del cuerpo diplomático. —
Extendió la mano y apagó la luz.

Anne se echó en la cama, apoyada sobre un codo y dirigió la mano hacia el pecho de su marido.

—¿Tanto te aburres? —dijo él en la oscuridad—. Me retracto de lo que dije antes: a veces desearía que te toparas con un crimen que te mantuviese ocupada y dejaras de meterme en líos como éste. —Anne detuvo la mano justo antes de tocarlo—. Quizá debería llamar al inspector Crawford y preguntarle si tiene algo para ti.

Anne se tumbó en su lado de la cama y se tapó media cara con el edredón. Sería mejor dejar todo como estaba por aquel día. Se dio la vuelta hacia la izquierda y vio cómo la cortina se agitaba por la brisa que entraba por la

ventana. Sin hacer ruido, se subió el edredón hasta las orejas y cerró los ojos. Sí, sería lo mejor.

CAPÍTULO 7

Casa del señor Rinehardt

Springfield Gardens se desperezaba envuelto en la tranquilidad de un domingo por la mañana. Algunos padres de familia habían madrugado para pasear al perro y observaban con ojos somnolientos el coche que se movía a poca velocidad por sus calles. Dentro, con la calefacción al máximo y la radio escupiendo villancicos a bajo volumen, Crawford iba mirando a un lado y otro, en busca de Willow Street, una de las calles de aquel barrio residencial en el que la nieve caída durante la noche ocultaba los jardines delanteros de las casas y mantenía ocupadas las chimeneas, que exhalaban el humo de la madera que se quemaba en su interior.

Al llegar a un cruce por el que ya había pasado un par de veces, decidió girar a la izquierda. Un gato atigrado saltó de la rama de un árbol a la acera y caminó despacio, hasta adentrarse en la calzada. Crawford frenó y el felino se detuvo. Durante unos instantes observó el automóvil como si estuviera decidiendo si merecía la pena dedicarle su atención. Una anciana abrió la puerta de su casa y lo llamó. El gato la ignoró. Luego, como si la presencia del automóvil no fuera relevante en absoluto, echó a andar con lentitud, cruzó la calle y se escurrió entre las piernas de la mujer, que cerró sin quitar la vista de encima a Crawford.

Después de dejar atrás un par de manzanas, encontró Willow Street, ahora sólo tenía que buscar el número siete. Avanzó con la misma lentitud hasta que lo encontró. Era una vivienda unifamiliar de lamas de madera pintadas de color gris azulado y tejado a dos aguas. El pequeño jardín también estaba cubierto por la nieve caída durante la noche, sin embargo, el sendero que conducía hasta las escaleras por las que se subía al porche estaba despejado. El señor Rinehardt debía de haber madrugado mucho aquella mañana y trabajado duro con la pala.

Cuando detuvo el coche y echó el freno de mano, Crawford vio que alguien apartaba la cortina del ventanal del piso bajo. Un hombre apareció tras ella y lo observó. El señor Rinehardt estaba esperándolo. La noche anterior, después de pasar toda la tarde en comisaría investigando las asociaciones de

maquetistas navales de Nueva Jersey, había logrado localizar al presidente de la Federación que las unía a todas ellas y concertado una entrevista para la mañana siguiente. El señor Rinehardt tenía un simposio ese mismo día en The Intrepid Sea Museum, de ahí que la reunión tuviera lugar tan temprano. Al sonar el despertador, Crawford había gruñido. Estaba muy a gusto en la cama y, sobre todo, muy calentito. La idea de coger el coche helado tras pasar toda la noche a la intemperie y conducir hasta el extremo sur de Queens no le seducía en absoluto. Sin embargo, el recuerdo de Anne Starling lo había echado fuera de la cama. Estaba seguro de que ella no se daría por vencida y, aunque le resultaba imposible imaginar cuál sería su siguiente paso, no estaba dispuesto a quedarse parado, aguardando a que intrigara un nuevo enredo. Antes de alcanzar el porche, el señor Rinehardt abrió la puerta.

—Es usted puntual, inspector. —Le tendió la mano y Crawford se quitó el guante antes de aceptarla.

—Salí con tiempo, aun así, me ha costado encontrar su casa.

—Bueno, ya está aquí. —Rinehardt le invitó a pasar—. Tengo café recién hecho y he encendido la chimenea. Hace mucho frío esta mañana.

Crawford asintió. Se quitó el sombrero y el abrigo, y se lo tendió a su anfitrión, que lo colgó en el perchero de la entrada.

—Pase, por favor, y póngase cómodo. Me resultó muy curiosa su llamada de anoche.

En el salón se estaba muy a gusto. Los leños ardían en la chimenea y el olor a café llenaba la estancia. Crawford agradeció aquella atmósfera. Ni siquiera el calor de su cama y la somnolencia con que se había revuelto en ella antes de que se decidiera a levantarse eran tan agradables como aquella habitación.

—¿Azúcar?

—Sí, por favor.

Rinehardt se sentó en un sillón de orejas cercano al hogar, frente al que había ocupado Crawford, y removi6 su café con la cucharilla.

—Así que quiere hablar de Anthony Snow —dijo.

—¿Es el nombre lo que despertó su curiosidad?

—En cierto modo, sí. ¿Le ha ocurrido algo?

Crawford se encogió de hombros. Durante el camino había venido

preguntándose qué contestar cuando Rinehardt le planteara ese interrogante, pero no había encontrado una respuesta adecuada que sonara menos estrambótica que la propia verdad.

—Para serle franco —contestó—, no lo sé. Hay una vecina suya que dice que ha desaparecido.

El presidente de la Federación de maquetistas navales de Nueva Jersey asintió, como si lo encontrara de lo más natural.

—¿Lo cree posible?

—No lo sé —dijo—. Conocí a Anthony hace muchos años. Es uno de los mejores maquetistas con los que me he topado. Sin embargo, no es un hombre de muchas palabras y nunca llegamos a intimar.

—¿Hace mucho que no le ve?

—Va a hacer un año. Desde que lo expulsamos de la asociación.

Crawford detuvo la taza de café antes de llegar a rozarla con los labios.

—¿Expulsado?

—¿No es ésa la razón por la que ha venido?

—No, no conocía esa información. ¿Puede decirme el motivo?

—Claro, no es un secreto: intercambié la maqueta del Nuestra Señora de las Nieves, el prototipo de un galeón a escala 1/90 que realizaron los españoles en el siglo XVII antes de dar el visto bueno a su construcción en los reales astilleros de Lezo, por una copia extraordinariamente conseguida, he de admitirlo, pero copia al fin.

—¿El señor Snow hizo eso? —Crawford no ocultó su perplejidad—. ¿Por qué?

Rinehardt se encogió de hombros.

—Nunca lo supimos. A lo largo de la tramitación del expediente que se le abrió no alegó ninguna razón en su defensa, probable porque sabía que no serviría de nada.

—¿Su culpabilidad era indiscutible?

—Tanto como que fue sorprendido in fraganti. Alden Rozelle, uno de los socios, le pescó con las manos en la masa. De todas formas, se realizaron los análisis pertinentes que la demostraron sin ninguna duda.

—¿Y no sabe por qué lo hizo?

—No —dijo el anciano—. Unos días después de que la expulsión se

hiciera efectiva, lo telefoneé e intenté hablar con él, pero no respondió a mi llamada. Fui a su casa, pero no me dejó entrar. No he sabido nada de él desde entonces. Supongo que debió de ser muy duro para él. El robo del *Nuestra Señora de las Nieves* es un acto infame que quedará ineludiblemente unido a su nombre para siempre y Snow es un hombre orgulloso. No ha vuelto a aparecer en público. Se retiró del mundo del maquetismo naval y no volvimos a saber de él.

—¿Sabe que se mudó al Bronx?

—¿El Bronx? —El anciano arrugó la frente— No. Supe que había dejado su casa en Queens, pero ¿el Bronx?

—¿Le sorprende?

—Me parece un castigo excesivo que sumar al que recibió por su acto.

—Quizá no pudo mantener la casa de Queens.

—Es posible. Sé que, tras la expulsión, se le cerraron muchas puertas. Ninguna asociación de maquetistas quería entre sus miembros a un ladrón.

—Doy por hecho que la maqueta auténtica se recuperó —dijo Crawford.

—Por supuesto. La asociación no quiso ir más allá de lo estrictamente necesario. El hecho era reprochable, pero el arte de Snow lo salvó de ustedes.

—¿La policía?

—Sí. La asamblea de socios decidió que no presentaría cargos en su contra si devolvía el *Nuestra Señora de las Nieves*. Y Snow la devolvió. Ese fue el último día que lo vi.

—Se la entregó a usted.

—Sí. Gracias a Dios, estaba en perfecto estado.

—¿Se aseguraron de que era la auténtica?

El anciano enarcó las cejas.

—Por supuesto. Realizamos nuevos análisis que así lo demostraron.

—Permítame una pregunta personal, señor Rinehardt, ¿era usted amigo del señor Snow?

—No nos llevábamos mal, pero, no voy a ocultárselo, entre nosotros siempre se alzó el muro de una dura competencia. Una frontera que la auténtica amistad no llegó a cruzar.

—¿Competencia como maquetistas, quiere decir?

Rinehardt asintió.

—La opinión general es que él es mejor, pero yo no estoy dispuesto a admitirlo.

—Es usted muy franco.

—Es lo que sinceramente creo.

Al levantarse del sillón para marcharse, Crawford sintió la misma pereza que le había tentado con seguir en la cama unas horas antes. Cuando arrancó el coche, que se había quedado frío otra vez, pensó en Anne Starling. Probablemente se encontraría calentita, entre las sábanas, al lado de su marido, mientras él se frotaba las manos, temeroso de agarrar un volante que se las dejaría heladas en el momento en que las posara sobre él.

Puerto de Newark, Nueva Jersey

Se arrebujó en el abrigo y se subió el cuello hasta taparse las orejas. Llevaba más de treinta minutos de pie y comenzaba a quedarse fría. Anne encendió su tercer cigarrillo, aspiró hondo y expulsó el humo hacia arriba, de una sola vez, como si estuviera exhalando el último aliento. Se había cansado de esperar. ¿Es que nadie trabajaba en el puerto, aunque fuera domingo? Caminó unos pasos por el muelle y miró a lo lejos. Anclado en la Bahía de Newark, un buque de carga parecía clavado en el agua, como si el movimiento de las olas no lo afectara; y en uno de los muelles más alejados, un pesquero de tamaño medio permanecía unido a un amarre, como un bebé al vientre de su madre a través del cordón umbilical, por gruesas maromas que podía distinguir incluso desde allí. Sin embargo, no había sorprendido rastro de vida en ninguno de ellos. Se giró y el viento húmedo que llegaba de la bahía le alborotó el pelo. Se llevó la mano a la cabeza e intentó alisarlo. Debería haber traído un gorro, pero quién podía imaginar que el puerto de Newark parecería una tumba, por muy domingo que fuera. De vuelta a la puerta de la oficina del práctico, se preguntó si había sido una buena idea acercarse hasta allí para descubrir que su idea, aunque desde el principio le había parecido que acabaría en un intento estéril, no iba a obtener ningún resultado.

Se acercó a los cristales de la puerta y miró dentro. La oficina estaba completamente vacía, igual que diez minutos antes y que veinte minutos antes.

Por muy primera potencia que se fuera, los puertos norteamericanos se tomaban el descanso dominical al pie de la letra. Miró el coche, que había aparcado muy cerca, y pensó en meterse dentro, encender el motor y conectar la calefacción hasta que el último músculo de su cuerpo entrara en calor. Tiró la colilla al suelo y la pisó con la punta del zapato. Por encima de ella, una gaviota graznó. Volaba muy bajo, como si estuviera al acecho de algún resto de carroña. La vio alejarse, planeando, y durante un instante su imaginación se trasladó hasta la butaca de un cine y se estremeció al recordar la primera vez que había visto "Los pájaros". Le había resultado una película espeluznante. Meneó la cabeza, como para espantar el recuerdo, y la bajó hasta esconder la barbilla entre los pliegues de la bufanda. Se conocía lo suficiente como para detener la fantasía antes de que se convirtiera en un delirio en el que, por supuesto, desempeñaría el papel de Tippi Hedren. Levantó la vista y buscó al ave, pero la gaviota había desaparecido y con ella se esfumó parte de su aprensión y la sucinta animosidad que de repente había sentido por el señor Hitchcock. Salvo ellas dos, el resto de Nueva Jersey debía de encontrarse en casa, pegado al radiador o, mejor aún, en la cama. Era lo que haría cualquier persona sensata.

Pero ella no lo era. Nunca se había negado a admitirlo. Además, la idea de permanecer en la cama junto a James, esperando a que se despertara y volviera al asunto del tío bisabuelo Arthur, era la causa de que estuviera quedándose helada en un muelle de la Bahía de Newark, con la remota esperanza de que un hombre desconocido decidiera pasarse por allí y dedicarle unos minutos de su tiempo.

A lo lejos divisó un coche que se acercaba y renació la esperanza. Quizá el práctico del puerto trabajaba incluso un domingo tan desapacible como aquél.

Hacía frío en la oficina. Casi tanto como fuera. Carl Straw, el oficial de guardia aquel domingo, encendió una estufa y puso la cafetera a calentar.

—¿No sabía que el domingo no abrimos hasta las nueve?

Anne negó. Se sentía aterida.

—¿Puedo? —preguntó y extendió las manos hacia el hornillo. Necesitaba entrar en calor—. No, señor Straw, no lo sabía. Nunca había estado aquí.

—Si me permite decírselo, no hace falta que lo jure. Pero dígame qué le trae hasta Newark. —La cafetera borboteó y Straw sirvió el café—. Siéntese junto a la estufa y tómese el café. Le sentará bien.

Fuera el puerto iba cobrando vida. Anne echó un vistazo por la ventana. Algunos hombres habían aparecido entre la neblina húmeda y trabajaban fuera.

—¿Y bien? —Straw sacó el paquete de cigarrillos y le ofreció uno. Anne aspiró hondo cuando él le acercó el mechero. Comenzaba a sentir que su cuerpo respondía a aquellos pequeños placeres de la vida como un poco de calor, un café bien cargado y un pitillo rubio.

—¿Conoce usted al señor Snow?

—¿Snow? —Straw reflexionó un momento—. No me suena. ¿Trabaja aquí?

—No creo, pero tengo motivos para pensar que ha visitado el puerto.

—¿Se refiere a la oficina o ahí fuera? —Straw hizo un gesto con la barbilla y señaló la ventana.

—No lo sé. ¿Hay un club deportivo por aquí?

El práctico rio.

—¿Club deportivo? Sí, si quiere llamarlo así. ¿Se refiere al Newark Yacht Club?

—Sí, ¿por qué se ríe?

—Por lo de «yacht». El club lo conforma un grupo de jubilados aficionados a navegar por la bahía con unas barquichuelas que dan miedo. Siempre que veo llegar a alguno, aviso a la Cruz Roja. No quiero que nadie se me muera ahí fuera. ¿Ese tal Snow pertenece al club? No recuerdo su nombre.

Un joven abrió la puerta de la oficina y el viento helado penetró, aprovechando la oportunidad.

—¡Oh!, perdón. —El muchacho se quedó plantado bajo el dintel, sin saber qué hacer.

—Pasa y cierra la puerta, Pete. Estoy intentando calentar un poco la oficina.

—No quería molestar.

—No molestas. ¿Ocurre algo?

—El Asian Thorn pide permiso para zarpar después de lo previsto.

—¿Por qué?

—Tienen problemas con la maquinaria de a bordo.

—¿Y cuándo quieren levar anclas?

—Han dicho que hacia las dos.

—Dáselo. Hoy no vamos a tener mucho movimiento por aquí.

El joven asintió en silencio, miró a Anne y la saludó con una inclinación de cabeza. Luego hizo amago de marcharse.

—¡Eh, Pete!, un momento. ¿Conoces a un tal Snow?

—Me suena mucho.

—Está con esos del Yacht Club.

El muchacho hizo un esfuerzo por recordar.

—Ya sé. ¿Se refiere al tipo que vino con el señor Lacey?

Straw miró a Anne, que se había sentado en el borde de la silla.

—Sí, ése —contestó ella.

—Ahora recuerdo. —Straw apagó el cigarrillo y tomó un sorbo de café—.

Aquel tipo bajito y con gafas de culo de vaso. Venían un par de veces al mes y salían los dos a navegar por la bahía en el bote de Chad. ¿Pero Lacey no murió? Creo que desde entonces no he visto a ese tal Snow.

—Es que no creo que haya vuelto. La última vez que lo vi Lacey aún vivía. Preguntaron si se alquilaban barcos. Los muchachos se rieron de ellos y los enviaron al Yacht Club de Nueva York, pero Snow y Lacey no querían un yate. Buscaba un barco de pesca, así que hablaron con Tim.

—¿Wadlow? ¿Tim Wadlow? Mal asunto. —Strow meneó la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó Anne.

—Es un mal tipo.

Anne asintió en silencio. Luego volvió a mirar a Pete.

—¿Y qué pasó?

—No lo sé con seguridad —dijo el joven—. Los vi reunirse varias veces. Solían encontrarse en la Taberna del marino loco, hasta que un día discutieron. El patrón del Irene tuvo que separarlos y escoltar a Snow y a Lacey hasta el coche con un par de sus muchachos. Tim quería comérselos.

—¿Por qué discutieron?

El Joven se encogió de hombros.

—No lo sé, señora, pero ninguno de ellos volvió a aparecer por aquí.

—¿Y sabe para qué quería alquilar el barco?

Pete negó con la cabeza.

—No. Sólo sé que se sentaban con Tim en un rincón apartado y cuchicheaban.

—Fuera lo que fuese, no debía de ser para nada bueno —dijo Straw—. Gracias por tu ayuda, Pete y abrigate. Hace un día del demonio.

El aire helado penetró como una hoja de un cuchillo cuando el joven abrió la puerta para salir. El viento se había levantado fuera y el mar de la bahía se agitaba como si estuviera nervioso. Había comenzado a nevar y Anne vio que los copos formaban una cortina al otro lado de la ventana.

—¿Ha entrado ya en calor? —Straw le ofreció otra taza de café que ella aceptó.

—Sí, gracias. ¿Por qué dice que no debía de ser para nada bueno?

—No conozco a Snow, pero Tim es un mal bicho. Por aquí no tiene muchos amigos. Siempre anda buscando camorra y se pasea por los muelles como si esto fuera el viejo Oeste. Sólo le faltan los revólveres cayéndole por las caderas.

—Ya...

Anne volvió a mirar por la ventana y quedó pensativa.

—¿Le preocupa algo? —preguntó Straw.

—Necesito saber de qué hablaron. ¿Dónde podría encontrar a ese tal Tim?

—Su barco es esa bañera que está amarrada en el muelle doce, pero le aconsejo que no vaya a preguntárselo. Una mujer bonita, como usted, y sola, podría darle muy malas ideas.

Anne asintió en silencio, mientras observaba el viejo barco pesquero.

—Gracias, señor Straw, ha sido usted muy amable. —Se levantó y le tendió la mano.

—Hágame caso y evite a Wadlow.

—Lo haré.

Cuando salió, Anne se estremeció. La estampa invernal que había observado a través de la ventana le golpeó la cara sin compasión, pero sabía que el temblor no se debía sólo al temporal que se aproximaba. Echó un nuevo vistazo al barco y durante un segundo la leyenda del *Holandés errante* cruzó su mente. Por supuesto, el hecho de que el pesquero se encontrara amarrado en el puerto la echaba por tierra, pero las palabras del práctico acerca de su

patrón y el propio aspecto de la embarcación daban qué pensar. Había algo sobrecogedor en su estampa. Un remolino de nieve la ocultó durante un instante y el pesquero desapareció, como si de verdad se tratara de un barco fantasma. Anne meneó la cabeza, fascinada por la fertilidad de su propia imaginación que no había dudado en asemejar al tal Tim con Willem van der Decken. Arrancó el motor, que carraspeó antes de hacerle llegar el sonido de una máquina bien engrasada. Metió primera y se encaminó hacia la salida. Por el retrovisor, entre las capas de nieve que se arremolinaban tras ella, aún pudo divisar el pesquero que había visto amarrado por la mañana sin saber nada de él. Si en aquel barco alguien había firmado un pacto, desde luego no tenía nada que ver con Belcebú.

Una idea iba tomando forma en su mente en relación con la advertencia que le había hecho Straw. Por primera vez aquella mañana sonrió al preguntarse qué haría el tal Tim si se presentara ante él en compañía de un hombre fuerte y con una pistola de verdad. Se detuvo ante la señal de STOP y giró a la izquierda. Aceleró con cuidado y poco a poco el puerto de Newark fue desvaneciéndose detrás de ella. Ahora sólo quedaba convencer a Arthur Crawford de que la acompañara. Conocía su respuesta de antemano, pero también la que daría cuando insinuara que pensaba ir, de todos modos, y dejar caer, estratégicamente colocadas, las palabras de Straw acerca de Tim Wadlow.

CAPÍTULO 8

Apartamento de Arthur Crawford

Se había sentado en el sillón orejero que tenía junto a la ventana del saloncito. A su lado, en un velador, reposaba un vaso con un Martini tinto importado de Italia y acompañado de una raja de limón. Era un lujo al que sólo se entregaba los domingos de las mañanas que no estaba de guardia y aquélla, pese a la visita al señor Rinehardt, era una de ellas.

Fuera seguía nevando. Crawford cogió el vaso y dio un sorbo. El viaje en coche hasta Queens lo había dejado tan helado como estaba el propio automóvil. Sólo ahora, después de un largo rato en su apartamento, empezaba a entrar en calor. Las zapatillas de felpa le abrigaban los pies y una manta de viaje que le había regalado su tía Louise, las piernas. Sonrió al imaginar lo que pensaría Jones si lo viera de tal guisa. Dejó el vaso en el velador y cogió el cuaderno abierto que tenía sobre las rodillas. Acababa de estrenarlo, pero ya había escrito varias páginas. Hojeó algunas y descubrió en ellas su letra, apresurada, como si al escribir lo hubiera hecho con urgencia por temor a olvidarse de algo. Aunque escrita del mismo modo que las demás, la palabra «boa» parecía destacar entre todas ellas. Los trazos de cada letra se desenroscaban y luego se unían entre sí hasta ocupar toda la página. Cerró los ojos un instante mientras sentía cómo se le acaloraba el rostro. Tenía que darle la razón a Jones: sin ningún caso real del que ocuparse, la inglesita, la que según él «dice que hay un crimen donde no parece haberlo, pero al final tiene razón» había vuelto a enredarle en sus asuntos. Abrió los ojos y pasó las páginas escritas. En ellas estaban recopilados todos los datos que conocía hasta ese momento sobre la desaparición de un hombre llamado..., miró por la ventana y observó los espesos copos de nieve que caían, Snow.

Los toques en la puerta sonaron demasiado alegres para que fueran de la señora Mith, la vecina de enfrente. Crawford miró hacia el diminuto recibidor sin decidirse a abrir. No esperaba a nadie, no tenía ganas de ver a nadie y lo más enojoso era no imaginar quién podía ser. Dejó el cuaderno en el velador, junto al vaso de Martini, y caminó desganado hacia la puerta. La mirilla le mostró su sonrisa encantadora. Al otro lado le aguardaba la única persona en

la que habría preferido no pensar.

—Vamos, señor Crawford, abra. Sé que está ahí.

Anne Starling entró en el apartamento con paso firme, rápido y seguro, como si no fuera la primera vez que lo hacía, pero a Crawford no le pasó desapercibido que lo miraba todo a su alrededor, a medida que avanzaba hacia el saloncito. Se detuvo a unos pasos del sillón orejero y fijó la vista en el vaso de Martini.

—¿Disfrutando de su día libre?

—Hasta que ha llegado usted.

Ella devolvió una sonrisa a su impertinencia. Los dos eran conscientes de que las batallas dialécticas que entablaban no eran más que un placer disimulado bajo sarcasmos del todo inofensivos.

—Tome —Anne le tendió el abrigo, el sombrero y los guantes, y se sentó en una butaca, frente al orejero—. ¿Me invita a uno de éstos?

Crawford dejó las pertenencias de ella en el recibidor y volvió con un vaso de su preciado Martini italiano.

—Justo lo que necesitaba —dijo Anne.

—Estaba pensando lo mismo.

Ella volvió a sonreír.

—Supongo que no hablamos del mismo asunto, señor Crawford. Yo lo hacía del Martini.

—Yo hablaba de usted.

—Lo imaginaba.

El policía se sentó en el sillón que había ocupado hasta hacía unos minutos y la observó en silencio.

—¿Me la presta? —Anne estiró el brazo y cogió la manta de viaje—. Estoy helada. ¿No tendrá unas de éstas para mí? —Señaló las zapatillas de felpa y Crawford volvió a sentir que el rubor le subía por las mejillas.

—No, no las tengo y aunque las tuviera, le estarían grandes.

—No lo crea. Calzo un 40. Tengo un pie muy largo aunque en realidad es por culpa de los dedos.

Él entornó los ojos.

—James dice que tengo un 20 de pie y un 20 de dedos.

—Dígame, señora Starling, ¿qué noticias nuevas tiene sobre Snow?

—¿Por qué cree que he venido a hablar de él?

—¿Qué otra razón podría tener? —Los dos se miraron a los ojos en silencio durante unos segundos. Crawford acabó por apartarlos y refugiar la mirada en el vaso de Martini—. ¿Y cómo demonios ha sabido dónde vivo?

—¿De verdad necesita que conteste a esa pregunta?

Volvieron a quedarse en silencio. Ella echó un vistazo alrededor sin ningún tipo de pudor.

—Tiene un apartamento muy mono.

—¿Mono?

Anne asintió.

—Y coqueto, sí. ¿Es siempre así de ordenado o tiene a alguien que lo arregla para usted?

—¿Se refiere a una asistente? No, no la tengo.

Las miradas volvieron a fundirse. Crawford sabía que, a pesar del desparpajo que ella solía mostrar, no atravesaría la línea de la discreción que suponía preguntar si había una mujer en su vida y él iba a resarcirse del asunto de Snow dejándola con la duda.

—¿Me sirve otro? —Anne le tendió el vaso vacío.

—Si promete irse después de acabarlo.

—Oh, vamos, no sea tan desagradable. Esta mañana he descubierto algo muy interesante mientras usted estaba aquí, calentito.

—¿No pretenderá que me sienta culpable?

—Al menos debería escocerle el prurito profesional.

—Soy un policía muy responsable.

—Pues en este caso no lo está demostrando.

—Es que no hay caso, señora Starling.

—Cambiaré de opinión cuando le cuente lo que he descubierto.

Crawford cogió el vaso que ella aún sostenía y lo llevó a la cocina, junto con el suyo. Partió dos nuevas rajadas de limón, puso un par de cubitos de hielo en cada uno de ellos y sirvió una ración generosa de bebida. Cuando volvió al salón, Anne tenía abierto su cuaderno de notas y estaba leyéndolo.

—¿Qué hace?

Los mechones rojizos de Anne Starling flamearon a la luz de la ventana cuando se volvió a mirarle.

—¿El señor Snow fue expulsado de la asociación de maquetistas a la que pertenecía por intentar dar un cambiazo a una maqueta de dos siglos de antigüedad? ¿Cuándo pensaba contármelo?

Crawford dejó los vasos sobre el velador y le quitó el cuaderno.

—¿Nadie le ha explicado que es muy feo curiosear en las propiedades ajenas?

—No estaba curioseando en ninguna propiedad ajena. Es nuestro caso y, no —Extendió el brazo ante él con la palma de la mano hacia fuera—, no vuelva a decir que no hay caso. Si de verdad lo creyera, no estaría investigándolo a mis espaldas. Ahora siéntese y cuénteme quien es ese señor Rinehardt y por qué Anthony Snow quiso hacerse con la maqueta del..., ¿cómo era?

Crawford se llevó los dedos al puente de la nariz y lo frotó con estoicismo

—Nuestra Señora de las Nieves —dijo. Luego se sentó comenzó a hablar.

El encuentro

El alarido la dejó paralizada durante mucho tiempo. Se sentó junto a la puerta, con la barra de hierro entre las manos y se dejó llevar por el miedo. Sólo mucho después de que el sonido se hubiera apagado entre las placas de acero del barco y sofocado en su memoria, pudo ponerse en pie y comenzar su trabajo.

¡Lo había logrado! Al fin la puerta había cedido a sus esfuerzos y se abría ante ella, invitándola a seguir aquel corredor oscuro en busca de la libertad. Sarah tomó aire antes de dar un paso adelante. Al fondo, diminutos haces de luz se colaban entre las lamas rotas de una persiana. Le había llevado toda la noche, más tiempo del que ella habría deseado, y ahora tendría que intentar escapar a plena luz del día. Echó un vistazo atrás. Tal vez si volviera a su encierro e intentara encajar la puerta de manera que pareciese intacta podría aguardar hasta el atardecer. El hedor a cerrado unido al de sus propios desechos le abofeteó la cara. Sintió que las náuseas subían hasta su garganta sin que pudiera evitarlas. Se dobló por la cintura y vomitó. ¡No volvería allí! No pasaría ni un día más en aquel sitio. Tenía una oportunidad y no pensaba

desaprovecharla.

Caminó a lo largo del pasillo, subió varios tramos de escalera hasta que una puerta se interpuso entre ella y la libertad. «Por favor, que esté abierta, por favor, que esté abierta...» ¡Lo estaba! Agarró el pomo y los goznes giraron con facilidad. Lo difícil era orientarse. Miró hacia un lado y otro, sin decidirse por qué camino tomar. Entonces oyó un lamento y el temor volvió a tomar el control. Sobre ella se oían pisadas. Debía de encontrarse muy cerca de la cubierta. Respiró hondo varias veces hasta que se calmó y decidió alejarse de aquel gemido, fuera lo que fuese lo que lo producía. Tomó el camino de la derecha, pero sólo anduvo unos pasos. La queja volvió hasta ella y Sarah dio la vuelta y siguió el sonido hasta descubrir el lugar del que procedía. Abrió la puerta. Dentro había un hombre atado a una silla. Cuando dio un par de pasos, la luz del pasillo lo iluminó. Sarah abrió la boca y los ojos.

—¡Señor Snow! —exclamó.

¡No!

—¿Pero por qué no? —Anne se inclinó hacia delante y sus rodillas rozaron las de Crawford—. ¿No lo entiende? Es bastante posible que la solución a este misterio se halle en ese barco.

—No voy a acompañarla en un nuevo allanamiento de morada.

—Un pesquero no es una morada.

—Señora Starling...

Un remolino de nieve se agitó frente a la ventana del salón y golpeó los cristales. Los dos desviaron su atención un momento hacia allí, pero Crawford sabía que ella no iba a dar su brazo a torcer con facilidad y en cuanto el diminuto ciclón se deshizo, Anne volvió a la carga.

—Ahora sabemos que el señor Lacey y Anthony Snow se traían algo entre manos y que, fuera lo que fuese, el barco de ese tal Tim desempeñó un papel que puede ser significativo.

—No tengo orden judicial para entrar en ese pesquero ni motivos para solicitar una.

—No le estoy pidiendo que hagamos esto...

—¿Cómo? ¿Legalmente?

—Vamos, inspector, no sea tan estricto.

Crawford se echó hacia atrás e interpuso una mayor distancia entre ambos. No iba a claudicar, pero la cercanía de Anne Starling le hacía más vulnerable.

—No —insistió—. Si quiere que la ayude, seguiremos mi línea de investigación.

Ella frunció el ceño.

—¿Cuál, la de ese tal Rinehardt? Creo que se agota precisamente en él.

—Y yo creo que se abre a partir de él.

—Muy bien —Anne volvió a echarse hacia atrás y cruzó las piernas. Crawford hizo un esfuerzo por no mirar hacia abajo—. Iré yo sola.

—¡Ja! Imaginaba que ésa era su última bala. No me va a chantajear, señora Starling. Se lo digo muy en serio: no haga ninguna locura o me verá obligado a hablar con su marido.

—Al menos yo soy imaginativa y varío de munición, inspector. Usted siempre utiliza la misma: James Starling. ¿Cree que mi marido me da unos azotes cuando me porto mal? —Anne se levantó con una sonrisa de burla que a él le avergonzó.

—Le hablo en serio.

—Ya lo ha dicho.

—Pues insisto —Crawford se puso en pie y la cogió por el brazo—. Grábeselo en la mente: no va a regresar sola a Newark, ni va a entrevistarse con el patrón de ese barco. Vuelva a casa, póngase cómoda y disfrute de este domingo con su marido.

Anne cogió su abrigo, los guantes y el sombrero, y se detuvo ante la puerta. Antes de abrirla se volvió.

—Le espero esta noche a las diez junto a la oficina del práctico. No se retrase.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron, Crawford resopló.

—Es muy bella —La señora Myth asomó la cara al pasillo—. Me gusta, señor Crawford. No la deje ir.

El policía fijó la vista en el rostro de su vecina, que le sonreía desde el apartamento de enfrente.

—Lo que más desearía en este mundo es que se fuera, señora Myth.

La anciana meneó la cabeza.

—No diga bobadas. ¿Por qué los hombres nunca admiten que les gusta una mujer? Tendría que haberse visto la cara que se le ha quedado cuando las puertas del ascensor se han cerrado.

—¿Y por qué las mujeres siempre están espiando a los hombres?

—En mi caso porque me aburro. Aguárdela esta noche en el lugar donde lo ha citado. No sea terco.

—¿Pero es que también se ha enterado de eso?

—No, sólo de que su cita es a las diez. Vaya abrigado. Va a hacer mucho frío.

Frustración

—Señor Snow, señor Snow —Sarah levantó con cuidado la cara del anciano y descubrió las magulladuras que la deformaban—. Por favor, despierte.

El hombre abrió los ojos todo lo que sus párpados hinchados le permitían y miró a la joven.

—¡Sarah!

—¡Señor Snow!, ¿qué hace aquí? ¿Dónde estamos?

Él meneó la cabeza de un lado a otro.

—Creo que en un barco.

—Sí, ¿pero dónde? ¿Y por qué?

—No se lo he dicho, Sarah.

—¿No ha dicho qué y a quién? —La joven se giró sobre sí misma, en busca de algo con lo que cortar las ataduras que mantenían a Snow amarrado a la silla.

—Podrás librarte de ese malnacido.

Ella se volvió hacia él.

—¿De Jack?

Snow asintió. Unas gotas de sangre resbalaron de la nariz y alcanzaron los labios tumefactos del hombre.

—Hace meses que estamos separados. No lo he visto desde...

—El entierro de tu padre, lo sé. Pero él no se ha olvidado de ti.

—¿Jack le ha hecho esto?

—No ha estado aquí. No tiene agallas para ello.

—¿Entonces cómo sabe que es él?

—¿Cómo sabe qué? —El camarote se oscureció. Tim Wadlow y dos de sus hombres se habían interpuesto entre ellos y la luz que penetraba desde el corredor—. Coged a la chica y sentadla frente al viejo. Vamos a ver si ahora encontramos un buen motivo para que hable.

Cuando Sarah dejó de sostenerle la cara, Snow la dejó caer sobre el pecho. Una lágrima se escurrió hasta sus labios y él la recogió ávidamente con la lengua. Sabía que aquel insignificante sabor a salado sería el último que percibiría en su vida. Un dolor intenso en el pecho había comenzado a extenderse por el brazo izquierdo, le costaba respirar. Estiró el cuello y levantó el rostro todo lo que sus músculos maltrechos daban de sí. Frente a él, Sarah le miraba despavorida.

—No te harán nada.

Ella asintió en silencio, pero Snow vio que no le creía. La oscuridad iba cerniéndose sobre él. Sabía que no le quedaba mucho. Se inclinó, retorcido por el dolor del pecho, y se acercó a ella tanto como pudo.

—Una vela —susurró.

—No tengo —dijo Wadlow—, pero si le vale una linterna... —El haz de luz intensa deslumbró a Snow que cerró los ojos e inspiró por última vez.

CAPÍTULO 9

Puerto de Newark, Nueva Jersey

Hacía varias horas que había oscurecido y una constante cortina de nieve barría el puerto de Newark. Las aguas estaban inquietas y se arremolinaban en torno a los barcos amarrados a los muelles, que parecían espectros salidos del más allá. El Killer Whale continuaba en el mismo lugar donde Anne lo había visto aquella misma mañana. Desde fuera, parecía que el Holandés errante hubiera emergido del fondo de los mares para pasar la noche a resguardo. Dentro, sin embargo, una voz gritaba en la sala de mandos.

—Dijiste que apretara —Tim agarró el micrófono de la radio como si quisiera estrujarlo entre los dedos—. ¿No tanto? —Alejó el micrófono de los labios durante un instante y después golpeó el panel de mandos con el puño. Estaba cabreándose mucho y, al otro lado de la línea, John le gritaba como si fuera una madre histérica. Apretó los dientes en un intento de contener la furia—. ¿Por qué no viniste tú a hacer el trabajo sucio? —preguntó.

Una ráfaga de viento hizo temblar los cristales de la cabina. El patrón del pesquero echó un vistazo a través de ellos. Allí fuera no se veía nada, excepto el leve resplandor de la farola más próxima. Hacía una noche infernal. El día había transcurrido de igual forma y a él empezaba a encolerizarle aquel maldito asunto en el que nada estaba saliendo como habían previsto.

—¡Cállate y escucha! —la voz del marino sobresalió entre el rugido del viento que bramaba fuera—. Todo está arreglado. Lo que queda de Snow no es un problema y la chica está en lugar seguro. Ahora dime dónde tengo que buscar esa información y acabemos con esto de una maldita vez.

John tardó en contestar y Tim supo que el lechuguino no tenía ni idea de qué hacer. Snow era su única carta. Un susurro le llegó desde Block Island.

—¿La chica? —preguntó. Tim levantó una ceja. No es que tuviera problema para ocuparse de una mujer, pero John había insistido en que no la tocaran y él había obedecido mientras todavía contaban Snow—. ¿Quieres que lo intente con ella?

Desde las profundidades de la noche, mezclada con el ulular atroz de la tormenta, le llegó una ahogada afirmación.

Tim apagó la radio, se puso el chaquetón marinerero y se subió el cuello. Antes de abandonar la sala de mando, se caló la gorra hasta las orejas. Cerró con llave la cabina y echó a andar por la cubierta, hacia la escalera. De todas formas, con o sin la aprobación de John, la joven iba a ocupar el lugar de Snow, aunque prefería contar con su beneplácito. Eso le haría sentir más culpable cuando supiera lo que le iba a ocurrir a ella.

Se agarró a la baranda y bajó los escalones con cuidado de no resbalar. La luz de la farola más próxima al Killer Whale apenas los alumbraba y la nieve le azotaba en la cara, obligándole a cerrar los ojos. Endiablada noche...

Jugando a detectives... una vez más

La agarraron por el antebrazo y tiraron de ella hacia atrás.

—¿Dónde cree que va?

Anne Starling reconoció la voz de Crawford.

—Le dije que fuera puntual.

—Lo he sido de sobra —contestó él, atrayéndola hacia sí, al resguardo de las cajas de madera tras las que llevaba oculto más de media hora. Allí las ráfagas de nieve no eran tan intensas. Los dos se miraron durante un instante

—. ¿Y usted no recuerda lo que yo le dije?

—Perfectamente.

—Aun así ha venido.

—¿Acaso lo dudaba? —Volvieron a mirarse en silencio—. No, claro que no. Por eso está aquí.

Crawford sintió que ella empezaba a conocerlo demasiado bien.

—¿Dónde iba? —preguntó de nuevo, señalando con el mentón el lugar en el que la había atrapado.

—Al barco, naturalmente.

—Está ahí dentro —dijo él—. Solo.

—Una ocasión única para que lo abordemos y charlemos un rato, ¿no cree?

Crawford miraba por encima de las cajas.

—No, no lo creo —contestó—. Mire.

Una figura embozada bajaba la escala del Killer Whale.

—¿Es Tim?

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

Crawford la miró.

—Sé hacer mi trabajo, señora Starling.

—Pues vamos. —Dio un paso, abandonando la protección de las cajas.

—¿Adónde pretende ir?

—A hablar con él.

—Le aseguro que no está de humor para tener una conversación agradable bajo esta nevisca.

—¿Qué ha pasado?

—No he podido oír la conversación, pero los gritos han sido suficientemente elocuentes.

—¿Ha subido al barco? ¿Sin mí?

—Usted todavía no había llegado.

Tim Wadlow se alejó por el muelle.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—Ahora esperaremos unos segundos y echaremos un vistazo.

—¿Está proponiendo un allanamiento de morada, señor Crawford?

Él se encogió de hombros.

—¿Qué remedio! —dijo.

El Killer Whale era un pesquero viejo que había navegado por el Atlántico norte durante más de cuarenta años. Se balanceaba sobre las aguas movidas que acometían las piedras del muelle y sus intersticios crujían, llenándolo con lamentos. Anne se frotó los brazos con las manos. Bajo las capas de ropa que llevaba puesta, sentía la carne de gallina y no por el frío que hacía.

—«Llamadme Ismael». —Su voz sonó cantarina entre aquel concierto de gemidos metálicos.

—Deje la literatura para otro momento y preste atención adonde pisa.

Crawford alumbraba el camino con una linterna, seguido de cerca por ella. No parecía haber nadie. Después de recorrer la mitad del barco, no habían encontrado nada que les llevará un paso más allá del punto en el que se encontraban antes de subir a él.

—Deberíamos haber hablado con Tim.

—Habrá tiempo para ello, si es necesario.

El Killer Whale chirrió de un modo fantasmal y Anne se agarró del brazo de Crawford.

—¿Tiene miedo?

—Naturalmente. La pistola la lleva usted.

Él sonrió a la oscuridad.

—No se preocupe, señora Starling. Si tengo que utilizar mi arma, será para salvarla a usted.

—Muy caballeroso por su parte.

—Ya sabe... «Proteger y servir».

El sonido de una puerta al cerrarse de golpe interrumpió su conversación. Crawford se pegó a la pared, delante de Anne, y sacó su arma.

—¿Qué es eso?

—No se separe de mí.

Anne asintió en silencio y asomó la cara por detrás de Crawford.

—¡Quédese ahí detrás, señora Starling!

El policía avanzó con cautela. El balanceo del barco provocaba que una puerta batiese sobre sus goznes al albur del movimiento de las olas.

—Es sólo una puerta mal cerrada. —Crawford iluminó la estancia. Había dos sillas, una de ellas sobre el suelo, y una mesa. Anne volvió a mirar por encima del hombro—. Aquí no hay nada —dijo. Ella lo sujetó por el brazo.

—Sí que lo hay. Mire.

Crawford siguió la dirección del dedo índice de Anne. En el suelo, junto a la silla que aún estaba en pie, había unas ligaduras. El policía entró en el camarote. A la luz de la linterna, un charco de color rojo emergió de la oscuridad.

—¡Eso es sangre! —Anne adelantó un paso, pero Crawford la detuvo.

—No se mueva. —Crawford se agachó y observó los charcos amarrados que rodeaban la silla que estaba en el suelo—. Es reciente —dijo. Iluminó con la linterna la estancia. Las salpicaduras llegaban hasta las paredes. Los dos siguieron el haz de luz con la mirada

—Anthony Snow ha estado aquí —dijo Anne.

—No podemos estar seguros.

—¡Claro que podemos! Snow ha desaparecido y sabemos que existe una relación que lo une con ese Ahab de pacotilla. Tiene que ser suya.

Los dos callaron y los gemidos del barco llenaron el silencio que se hizo entre ellos.

—Vámonos. —Crawford la tomó por el brazo y volvió a situarla tras él.

—¿Adónde?

—Usted a su casa.

—¿Y usted?

—A la mía.

—¿Es que no piensa denunciarlo?

—¿Denunciar qué, señora Starling? ¿Que he encontrado lo que parece sangre en un barco por el que me paseaba durante la noche sin haber sido invitado a hacerlo?

—Es una prueba.

—No lo sabemos y, de cualquier forma, estamos atados de pies y manos.

Crawford buscó la salida con rapidez. Fuera la tormenta seguía azotando el puerto. Cuando pisaron el muelle, la farola se apagó.

—¿Qué ha ocurrido?

El policía miró a lo largo del muelle. No había una sola luz.

—Un apagón —contestó. La cogió de la mano y la condujo hasta donde habían dejado los coches—. Yo iré primero. Sígame y no haga ninguna locura. —Le quitó las llaves de la mano y abrió la puerta para que ella entrara. Después se dirigió a su coche y arrancó. El parabrisas parecía cubierto por un dosel de nieve que se balanceaba irritado por la fuerza del viento. Despacio, moviéndose como si fueran dos fantasmas, los automóviles abandonaron el puerto. Las suyas eran las únicas luces encendidas en muchos kilómetros a la redonda.

CAPÍTULO 10

Rozelle's Shop

Dejó aparcado el coche de James delante de la tienda. El suyo no había arrancado aquella mañana. No le había avisado, pero esperaba que no lo necesitara. La campanilla tintineó cuando Anne empujó la puerta. Muy típico, pensó, como si estuviéramos al principio de un capítulo en una novela policíaca. Algunos copos de nieve se colaron con ella desde la calle, cuyo sonido se apagó en cuanto se apoyó contra el cristal de la puerta y la cerró.

Se encontraba en una habitación no muy grande. Al frente estaba el mostrador y alrededor de él, repartidas sin un orden aparente, había vitrinas que mostraban maquetas de barcos de todas las épocas. Así que está es la tienda del señor Rozelle, se dijo. Después de leer el cuaderno que Crawford había dedicado en especial al caso Snow, también ella pensó que investigar el mundo del maquetismo sería una buena idea. Y había decidido empezar por la tienda de Alden Rozelle, un hombre que pertenecía a la asociación de la que eran miembros Snow y el tal Rinehardt.

Aún estaba echando un vistazo cuando un hombre salió de la trastienda. Llevaba encajada en la cabeza una lupa de relojero y manguitos en los brazos, como los de un antiguo empleado de banco.

—Buenos días —dijo—. ¿En qué puedo servirla?

Anne cruzó las manos por delante, como una colegiala que se apresta a la revisión de la profesora, y eligió para el momento el tipo de sonrisa cautivadora que utilizaba cada vez que quería conquistar la voluntad de alguien.

—Un café estaría bien —contestó—. Hace un frío horrible esta mañana.

En la trastienda, el hombre llevó una bandeja con las tazas de café y la colocó sobre una mesa camilla con faldetas que había en un rincón. El centro lo ocupaba un inmenso tablero de madera, sostenido por dos caballetes, en el que reposaba la maqueta de un barco de vapor.

—¿Marca dos? —preguntó Anne, señalándola.

El hombre sonrió mientras servía el café.

—Sí, es un modelo parecido al que pilotó Mark Twain. Espero que sea de su gusto.

—¿La maqueta o el café?

—El café, por supuesto.

—Me llamo Anne Starling, señor Rozelle.

—Mucho gusto. —El hombre se sentó al otro lado de la camilla y tomó su taza, cuyo contenido comenzó a remover con una cucharilla—. Si me dice qué desea, estaré encantado en complacerla, porque doy por supuesto que no ha venido a comprar una maqueta de barco.

—No me importaría, son preciosas, pero lo cierto es que lo que me trae a su tienda es otro asunto.

—Usted dirá. —Alden Rozelle dio un sorbo a la taza.

—Iré directa al grano. Tengo clase dentro de una hora y dispongo de poco tiempo. ¿Conoce a Anthony Snow?

—Claro. Vendo y reparo maquetas de barcos.

—Y él es un gran maquetista.

—Probablemente el mejor de hoy en día.

—¿Mejor que usted? —Anne señaló el barco de vapor.

—Si fuera tan bueno como Snow, no me dedicaría a reparar los horrores que cometen los maquetistas aficionados. Sí, es mejor que yo y mejor que cualquiera. Sus maquetas son obras de arte.

—¿Tiene enemigos?

—¿Yo?

—Él.

—¿Snow?

—Sí.

El hombre se rascó la barbilla y parpadeó un par de veces antes de contestar.

—El mundo del maquetismo, como cualquier pequeño universo, está lleno de envidias y rencores.

—¿Eso es una respuesta afirmativa?

—Señora Starling, ¿ha venido a interrogarme acerca de mi mala relación con Snow?

Anne levantó una ceja.

—¿Forma usted parte de ese pequeño universo del maquetismo lleno de envidias y rencores?

Alden Rozelle dejó la taza sobre el platillo y sacó un purito del bolsillo superior del chaleco.

—¿Le importa? —preguntó.

—Está usted en su casa, señor Rozelle.

—¿Por qué le interesa mi enemistad con Snow?

—Ha sido usted quien la ha mencionado, no yo.

—Pero ésa es la razón por la que ha venido, ¿no?

Anne se llevó la taza a los labios y bebió. ¿Qué debía responderle? Si le era franca, no, ésa no era la razón que la había llevado hasta allí, aunque se alegraba de conocer el detalle.

—¿Por qué se enemistaron? —preguntó.

—Snow vetó mi entrada en el Pentanao.

—¿Perdón?

—El grupo de los cinco mejores maquetistas navales de Nueva York.

—¿Por qué?

—Consideraba que no era suficientemente bueno para estar en él.

—¿Y a usted eso le molestó?

Rozelle emitió una ronca carcajada.

—¿Molestarme? Fue mucho más que una simple molestia, señora Starling. Pertener al Pentanao abre muchas puertas; no hacerlo cierra casi todas las importantes.

Anne estudió la habitación e imaginó que aquél era el lugar en el que Rozelle se había visto obligado a permanecer por el veto de Snow. Un hombre obligado a refugiarse en un zulo y a reparar las maquetas de otros en lugar de crear las suyas propias. Debía de doler mucho. Desde luego, se trataba de algo más que una simple molestia.

—¿Fue el único que se negó a que entrara en el Pentanao?

—No —Rozelle estiró el brazo hacia la mesa camilla y se sirvió una cucharadita más de azúcar—, también se opuso Roberts. Rinehardt y Home votaron a favor.

—¿Rinehardt?

—¿Lo conoce?

—Sólo de oídas. Roberts, Rinehardt, Home y Snow, ¿dónde está el quinto?

—¿Marshall? En un ataúd con forma de bote y fabricado con juncos de papiro. Su puesto era el que estaba en juego.

—Claro, qué torpe. Descanse en paz. Sin embargo —Anne levantó la mano, con cuatro dedos extendidos—, el recuento de votos quedó igualado: dos a favor y dos en contra.

—Por eso Snow utilizó su derecho a veto. Sólo él y Rinehardt lo tienen.

—¿Porque son los simpáticos?

—Porque son los más fuertes. Ya sabe, como los cinco grandes en la ONU...

—¿Y al final quién salió?

—Gryffindor. Un tío bueno, pero no mucho mejor que yo.

—Imagino que el señor Gryffindor, como el señor Roberts, es amigo de Snow.

—Imagina bien.

Anne asintió. Rozelle tenía razón. En el maquetismo, como en la ONU, el mundo se establecía en torno a poderes. Y en aquella ocasión Snow parecía haberse hecho con el mando. Echó un vistazo alrededor. En las estanterías que recorrían las paredes había numerosos barcos aparcados, supuso que esperando una reparación.

—¿Eso es un galeón? —preguntó.

—Sí, el Nazaret.

—Y supongo que ésa es la cruz de Colón.

—¿La cruz de Colón? —Rozelle la miró escandalizado.

—La de las carabelas.

—No, ésas eran cruces templarias. La del Nazaret es una cruz de Santiago. No era muy habitual que los galeones las llevaran. Sólo lo hacían si su capitán pertenecía a la Orden.

Anne asintió y esbozó una leve sonrisa. Encontraría la forma de martirizar a Crawford por su error.

—¿Quiere otro café? —le ofreció el maquetista.

Anne miró la hora. Se hacía tarde.

—No, gracias. ¿Entonces usted y Snow perdieron la amistad?

—Dicho con franqueza, señora Starling: le odio con toda mi alma.

—Ha sido muy amable, señor Rozelle. —Anne se levantó.

—¿Por mi sinceridad?

—Y por el café.

Después de que Anne cerrara la puerta de la tienda y se volviera por última vez para saludarlo, Alden Rozelle se dirigió a la trastienda, descolgó el teléfono y marcó.

—¿Philip? —dijo—. Ha estado aquí una mujer extraña. Una tal señora Starling. No, no quería comprar un barco para su marido. Ha preguntado por Snow. ¿Por qué ha venido a mi tienda? ¿La has enviado tú?

Alden Rozelle escuchó en silencio mientras, escondido tras la cortina que separaba la trastienda de la tienda, veía cómo Anne entraba en un coche, arrancaba y desaparecía de su vista.

—Porque te ha mencionado —dijo cuando el otro acabó— y lleva un coche con matrícula diplomática.

Apartamento de los Cook

La señora Cook abrió la botella y el tufo agrio hizo que retirara la nariz. También la leche se había echado a perder. Enroscó el tapón y colocó la botella junto al cubo de la basura en el que se iban acumulando los restos de comida estropeada. Farfulló una protesta y se volvió hacia la nevera, muerta desde el apagón del domingo por la noche, en busca de todo aquello que aún se pudiera salvar. Sacó un par de cebollas y les dio la vuelta, mirándolas por encima de las gafas. Un círculo de color oscuro y blando le anunció lo que sospechaba. Las colocó sobre la tabla de cortar y las saneó, mientras refunfuñaba por lo bajo. Para ser franca, llevaban allí demasiado tiempo. Bill siempre la reñía por comprar más comida de la que necesitaban, y tenía razón, pero era una cuestión de comodidad. Ya que bajaba a hacer la compra, aprovechaba para llenar la nevera, sobre todo cuando anunciaban una nevada intensa como la que había caído sobre Nueva York durante los últimos días. A nadie con dos dedos de frente le apetecía salir a hacer la compra y resbalar en una placa de hielo.

Se volvió hacia el cubo de la basura y echó en la bolsa los restos de

cebolla estropeada. La cerró y colocó una bolsa nueva. Estaba segura de que cuando Bill la bajara aquella noche se echaría las manos a la cabeza, pero le gustaría saber cómo se las arreglaría su marido si ella se rompiera una pierna. Pasarían un mes desayunando, comiendo y cenando huevos fritos, porque era lo único que sabía cocinar. De acuerdo, lo admitía, tal vez acumular un exceso de comida no fuera buena idea y quizá ella no era un ama de casa ejemplar en ese aspecto, pero, a pesar de ello, lo tenía muy claro: en las próximas elecciones municipales su voto iría a las urnas del partido Republicano. ¡Dos días había durado el dichoso apagón!

Abrió la ventana y rebuscó entre los paquetes que sacó del congelador y que había acomodado en el poyete, en busca de unas lonchas de tocino. El frío y la nieve lo habían conservado. Se volvió hacia la encimera y comenzó a trocearlas. Una gota de agua le cayó en el cristal de las gafas. La señora Cook se las quitó y lo secó con el paño de la cocina. Luego levantó la cabeza. ¡Lo que faltaba! Una descomunal gotera se había formado en el techo de la cocina. Dejó el cuchillo sobre la tabla, se enjuagó las manos en el fregadero y se las secó en el delantal, mientras caminaba hacia la puerta del apartamento.

Subió al piso de arriba por la escalera y se plantó ante la puerta de su vecino.

—Señor Snow, abra, por favor, me ha hecho una gotera en la cocina.

12th Precinct

—Inspector, hay una mujer que quiere verle.

Crawford se impulsó con los pies y giró la silla hacia el agente que estaba de pie, ante él.

—Llévela a la sala de interrogatorios.

El policía subió una ceja, pero no dijo nada.

La observó durante unos minutos a través del espejo traslúcido. Se había sentado en la silla que correspondía al acusado, frente a él. Elegante, bella. Como siempre. Se colocó un mechón de su cabello rojizo tras la oreja. Levantó la mirada y la fijó en el espejo tras el que él se encontraba. Ella no podía verle, pero Crawford intuyó que aun así le observaba. Estaba seguro de

que Anne Starling sabía que él estaba al otro lado. La vio sonreír. Meneó la cabeza y salió de la sala contigua a la de interrogatorios. No había logrado asustarla.

—¿Señora Starling? —Cerró la puerta tras él y se sentó en la silla que quedaba libre, al otro lado de la mesa.

—¿Cuándo pensaba contármelo?

—Di por supuesto que se enteraría. ¿Ha sido la señora Lacey?

—¿Quién si no? Me telefoneó esta mañana a la universidad. Ni siquiera he podido dar clase.

—Y yo no he podido trabajar en toda la mañana. ¿Sabe en el lío en el que estoy metido?

—¿Por qué? Usted no ha matado a Snow —se inclinó sobre la mesa y bajó la voz—, ¿no?

Crawford cerró los ojos un instante.

—Vayamos a tomar un café fuera — dijo.

Cuando el camarero se alejó, después de servirles, Anne se sirvió una cucharada de azúcar y removió el café.

—Así que lo encontraron en su propia heladera.

Crawford asintió.

—La señora Cook, la vecina del piso de abajo, descubrió una mancha de humedad en el techo de su cocina y subió a avisarle. Pero nadie contestó, de modo que llamó al administrador del edificio, que tiene una llave de cada apartamento. Cuando entraron, encontraron la cocina de Snow inundada de agua. El apagón había hecho que la heladera se descongelara.

—Y dentro estaba Snow. —Anne seguía removiendo su café, sin quitar la vista de encima a Crawford, que comenzaba a sentirse incómodo—. ¿Y ahora qué va a pasar?

—No lo sé, pero yo tengo un problemón tremendo. ¿Y sabe por qué?

—Déjeme imaginar: por mi culpa.

—Exacto.

—Dígame cuál es ese problemón y le ayudaré a resolverlo.

Crawford dejó escapar el aire de los pulmones poco a poco. Aquella mujer lo volvía loco. La miró. ¿Qué es lo que estaba diciendo? No, loco no.

No en el sentido en el que se utilizaba esa frase habitualmente. En otro sentido. En el sentido...

—Vuelva a la Tierra, inspector —Ella lo sacó de sus reflexiones demenciales—, y cuénteme cuál es el siguiente paso que vamos a dar.

—¿El siguiente paso? Le diré cuál debería ser mi siguiente paso: hablar con mi capitán y contarle que hace dos noches allané un barco donde creo que se torturó al hombre cuyo cadáver han encontrado en una heladera. Así que cuénteme usted cómo lo hago.

Anne bajó la vista y la posó en la taza de café. Dio un sorbito.

—Podría conseguir que Gregory Hetfields hablara con su capitán —dijo.

—¿Quién?

—Sir Hetfields, el cónsul británico.

Crawford parpadeó varias veces. Definitivamente aquella mujer lo volvía loco sencillamente porque estaba loca.

—No él personalmente, claro. Si lo hiciera, James se enteraría. Tendría que pedírselo a Lucy.

—No me diga: la mujer de sir Hetfields.

Ella asintió.

—¿Pero se da cuenta de lo que está diciendo, señora Starling?

—Las esposas de los diplomáticos saben ser muy delicadas.

—No lo dirá por usted.

—Está enfadado.

—Claro que lo estoy. No, olvídalo —Crawford se echó hacia delante y las caras de ambos se encontraron a sólo unos centímetros—. ¿Me ha entendido? No meta baza en este asunto. Ya me las arreglaré.

—Vale, si quiere ir de Gary Cooper le dejaré solo ante el peligro con su capitán, ¿pero qué es lo que vamos a hacer nosotros? ¡Y no me salga con la misma sinfonía! Estoy segura de que la señora Lacey tiene algo que ver en todo esto y también lo estoy de que usted lo está.

—Deje de hacer trabalenguas.

—¿Pero lo estamos?

—¿Qué?

—Seguros.

—Sí —Crawford lo admitió a la primera. Claro que lo estaba. Aquella

anciana y su dichosa boa desempeñaban un papel en todo el asunto que no era capaz de atisbar.

—¿Entonces...? —Anne interrumpió sus pensamientos una vez más.

—La señora Lacey, supongo.

Anne asintió.

—Justo lo que yo pensaba. Y tengo una idea... —dijo.

—¿No me diga? —Crawford aspiró hondo y cerró los ojos.

CAPÍTULO 11

Apartamento de la señora Lacey

Lloviznaba cuando salió de la peluquería. La nieve sucia formaba pequeños montones en las aceras y cubría los alcorques de los plátanos desnudos. Crawford corrió hacia ella desde el chaflán en el que se había refugiado para esperarla. La tomó por el brazo y, en silencio, recorrieron los metros que les separaban del edificio donde vivía Ángela Lacey. A Anne su idea le había parecido genial y el hecho de que el inspector estuviera en ese preciso momento a su lado daba a entender que a él, también, aunque por supuesto había refunfuñado cuando la expuso en la cafetería a la que habían bajado para tomar café, un par de horas antes. Lo miró. La lluvia le había empapado el sombrero mientras la aguardaba en una esquina próxima a la peluquería a la que había llevado a la señora Lacey.

—¿Por qué su compañero le ha preguntado si ya tenía un asesinato? — Anne introdujo la llave de la señora Lacey en la cerradura de su apartamento y la giró.

—¿Jones?

Anne asintió.

—No sé —contestó Crawford.

El apartamento de Ángela Lacey estaba sumido en la penumbra a pesar de que todas las cortinas estaban descorridas. Fuera, la luz del atardecer comenzaba a cubrir el cielo de un color gris marengo que entristecía a la ciudad.

—Ha dicho no sé qué de la inglesita y algo sobre su detective favorita. — Anne Starling se volvió hacia él antes de cerrar la puerta—. ¿Se refería a mí?

—No creo.

—¿Entonces a quién?

Crawford le quitó la llave de la mano, impaciente.

—¿Cómo la ha conseguido?

—Robándosela, ¿cómo si no?

—Así que también es carterista.

—No crea, me ha costado bastante conseguirlo sin que se diera cuenta.

Pero no ha contestado a mi pregunta.

—Ni pienso. No tenemos tiempo para esas cosas. ¿Qué excusa le ha puesto?

—Que tenía que llamar a James, así que, sí, tiene razón: no tenemos tiempo. Llevamos cuatro años casados, de modo que no se tragará que haya estado hablando más de unos minutos con él.

—Me asombra su romanticismo. —Crawford se dio la vuelta y echó un vistazo al salón. Era pequeño y estaba atiborrado de muebles pasados de moda. Sobre la repisa de una chimenea ornamental había varias fotografías. Crawford se acercó a verlas.

—El amor es pasajero, *mon ami*. —Anne se había colocado a su lado y también miraba las fotografías.

—¿De veras lo cree?

—Y no soy la única. —Cogió uno de los marcos en el que aparecía una joven vestida de novia que sostenía un llamativo ramo de flores y lucía una sonrisa radiante, pero de cuyo brazo no había nadie—. Falta el novio.

Crawford asintió:

—John Tamber. Casado con Sarah Lacey en la primavera de 1977. Divorciados en el invierno de 1978.

—¿Ha estado husmeando en la vida de los Lacey, inspector?

—He investigado.

—Cierto. Los policías investigan; yo sólo meto la nariz.

—Acaba de definirlo a la perfección.

—¿Ah, sí? —Anne lo miró desde el centro del salón—. ¿Sabe usted lo que es el Pentanao?

Crawford levantó una ceja.

—No tiene ni idea, pero yo puedo explicárselo gracias a mi nariz: es el grupo de los cinco mejores maquettistas navales de Nueva York. ¿Y adivine quién pertenece a él?

—Supongo que Snow.

—En efecto. Y su amigo Rinehardt, Roberts, Home y Gryffindor. Para que se haga una idea: Rinehardt y Home son como la Unión Soviética y China, mientras que Snow, Roberts y Gryffindor representa al eje occidental: Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos.

—¿De qué está hablando, señora Starling y de qué conoce a esas personas?

—Me lo ha contado Alden Rozelle.

—¿El hombre que sorprendió a Snow dando el cambiazo?

—El mismo, un maquetista de cierto prestigio que presentó su candidatura al Pentanao tras la muerte de uno de sus miembros, un tal Mashall.

—¿Y?

—Snow vetó su entrada en el grupo, así que eligieron a Gryffindor. Creo que deberíamos ir a hablar con él. Y tal vez también deberíamos hablar con ese tal Tamber. —Anne echó un nuevo vistazo al marco de la joven Sarah, vestida de novia y sola—. ¿Lo ve? El amor es pasajero, aunque en su caso —dijo señalando la fotografía con el dedo— fugaz como un suspiro. Demasiado joven para casarse. He ahí el error.

—No. El error fue John Tamber: jugador, mujeriego y un buen puñado de vicios más. ¿La señora Lacey le había hablado de su hija?

Anne negó con la cabeza.

—Venga —Crawford le quitó el marco de las manos y volvió a colocarlo sobre la repisa—, tenemos poco tiempo.

Se dirigió hacia la parte trasera del apartamento. Anne lo siguió. Al final del pasillo, había una pequeña habitación prácticamente ocupada por un escritorio de madera maciza.

—Supongo que éste es el despacho del difunto señor Lacey. —Crawford se adentró y se acercó a una pequeña vitrina en la que se encontraba la maqueta de un galeón español.

—Y yo supongo que éste es un bonito regalo realizado por el señor Snow. El Príncipe de Viana —leyó en la proa del barco.

Observó la maqueta del galeón. Era una preciosidad. El velamen, como en las que Snow tenía en su casa, aparecía hinchado, como si estuviera siendo inflado por el soplo de la brisa. La cruz de Santiago reverberaba sobre el fondo tostado de las lonas. Su precisión era tal, que a Anne, al igual que le había ocurrido con las otras maquetas de Snow, le llamó la atención el distinto tono que lucían. No sabía nada de navegación, pero sin duda Snow había sabido darle al paño la distinta textura y color que debía de tener el aparejo de un barco según su uso.

—Aquí sólo hay cajas —Crawford estaba rebuscando en una de ellas— con viejas facturas.

—Y con cartas de amor —Anne tenía en la mano un paquete de sobres de color ahuesado por el tiempo—. Mi querida Ángela...

—¿Qué hace? —Crawford le arrebató el pliego de papel en el que Austin Lacey declaraba sus sentimientos a su esposa—. No sea descarada. Es una carta de amor.

—Sólo intentaba ver si por casualidad descubriría algo.

—Y además no le avergüenza mentir. —El policía volvió a meter el pliego de papel en el sobre y cerró las cajas—. Aquí no hay nada que descubrir si no venimos con tiempo. —Miró el reloj—. Según su teoría, hace ya algunos minutos que la señora Lacey habrá empezado a sospechar que la conversación telefónica con su marido no era más que una estratagema.

Anne se encogió de hombros.

—Le diré que nos hemos peleado. Eso sí lleva más tiempo.

Crawford puso los ojos en blanco, más por eludir la sonrisa encantadora que ella había esbozado que por que le escandalizara lo que estaba oyendo.

—No la creo —dijo mientras se dirigía de vuelta al salón, seguido por ella—. No es tan frívola como pretende aparentar. —Giró el pomo de la puerta y le cedió el paso.

—De acuerdo, admitiré que a veces juego a sacarle de quicio si usted admite que Jones estaba hablando de mí.

—No sé de qué hablaba mi compañero.

—Oh, vamos, es usted tozudo como un perro que olisquea el rastro de una perra en celo.

—¡Qué bonita comparación! Sutil y delicada, como corresponde a la mujer de un diplomático.

—Veo que toma nota de todo lo que digo.

Crawford se volvió hacia ella cuando alcanzaron la puerta del ascensor.

—No es difícil recordarlo, señora Starling. Sus intervenciones suelen ser apoteósicas.

—¿Cómo la de querer ayudarle con su capitán? Es usted un ingrato.

—Y usted una falsa frívola.

—Ya lo ha dicho. No se repita.

Cuando alcanzaron el chaflán en el que Crawford había estado esperándola, se detuvieron.

—Podemos apuntar un nuevo allanamiento en nuestra lista —dijo.

—Está usted aprendiendo muy rápido, inspector.

—Ya. Lo peor es que esta intromisión en la intimidad de otra persona no ha servido para nada.

—Claro que ha servido. Ahora sabemos que la señora Lacey tiene una hija, que odia a su yerno, que el señor Lacey era lo suficientemente amigo de Anthony Snow como para que éste le regalara una de sus maquetas y que el pescado que ha preparado Ángela para la cena de esta noche está un poco pasado.

Crawford levantó una ceja.

—Es usted un pozo sin fondo de sorpresas, señora Starling.

—Lo sé. Eso fue lo que enamoró a mi marido.

—Me pregunto qué opinaría él de su juicio sobre el amor.

Ella soltó una carcajada. El viento húmedo del atardecer había ondulado su cabello y a Crawford le pareció aún más bella que habitualmente.

—No se preocuparía demasiado —dijo.

—¿No?

Ella negó con la cabeza.

—Lo tomaría como otra de mis pretendidas frivolidades, señor Crawford. Amo a mi marido, aunque a veces Shiva se interponga entre nosotros.

«¿Quién?», se preguntó mientras veía cómo se alejaba de vuelta a la peluquería donde la señora Lacey aguardaba con el cabello aprisionado en una redcilla. Encogió los hombros. «Déjalo», se dijo. Bajo la llovizna que comenzaba a arreciar, se detuvo un instante y volvió la vista atrás. Anne Starling le saludó con un leve gesto desde el umbral.

—«Déjelo» —leyó en sus labios.

Luego entró en el local y desapareció tras la puerta.

Apartamento Arthur Crawford

Crawford echó un nuevo leño a la estufa de hierro y se sentó en su sillón

de orejas con el cuaderno especial para el caso Snow en las rodillas y un bolígrafo en la mano. Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. ¿Qué tenía de Snow? Tenía que un aficionado al maquetismo naval había desaparecido de su piso y que, por ese motivo, su vecina había acudido a Anne Starling con una historia rocambolesca en lugar de denunciar la desaparición a la policía. Tenía que los dos hombres, Snow y Lacey, se habían hecho amigos y habían intentado alquilar un barco a un tipo poco recomendable. Tenía un cadáver con evidentes signos de tortura y el lugar en el que había sido martirizado. Tenía un sospechoso al que no podía denunciar y, además, tenía un problema enorme que se llamaba Thomas Toole, su capitán.

Se levantó y fue a la cocina en busca de una cerveza. Dos problemas. En realidad tenía dos problemas. El segundo se llamaba Anne Starling, En la soledad de su apartamento no le incomodaba admitir que se trataba de un problema delicioso, pero no por ello menos complicado.

Abrió el cuaderno y volvió a coger el bolígrafo. ¿Qué más tenía...?

Apartamento de los Starling

De modo que la señora Lacey tenía una hija...

Cuando James la abrazó por la cintura desde atrás y la besó el cuello, Anne supo que se le había pasado el enfado. Mientras se desmaquillaba, había estado dándole vueltas al caso Snow, pero James la había arrancado de él sin aviso y de una manera a la que no podía resistirse. Incluyó la cabeza y dejó que él la besara. El tirante del camión se deslizó por el hombro y Anne cerró los ojos.

Ahora los dos estaban en la cama, sin pijama, y la respiración de James era pausada. Se había dormido. La suya aún se mostraba agitada. Tenía que reconocerle a su marido que los días de abstinencia le habían sentado bien. Seguía abrazándola por la cintura, como si temiera que durante el sueño ella fuera a evaporarse. No lo haría. Tal y como le había confesado a Crawford aquella misma tarde, amaba a su marido. Cerró los ojos y los apretó fuerte. No quería pensar en ello. No deseaba tener a los dos hombres juntos en la cabeza

y mucho menos en un momento como aquél.

El motor de un coche ronroneó en la calle y la luz de los faros iluminó levemente el dormitorio. Anne se esforzó por retomar los pensamientos que la ocupaban antes de que James diera el paso que levantaba el castigo. Se concentró. Estaba repasando la información que Crawford y ella habían logrado reunir. ¿Y qué tenían?

Tenían que existía una hija que la señora Lacey no había mencionado, aunque quizá no fuera relevante. Tenían que Snow, un virtuoso del maquetismo y con una reputación que conservar, no había dudado en intentar dar el cambiazco de una maqueta del siglo XVII por una copia exacta y destruir su carrera con ello. Tenían que Snow consideraba la amistad de Lacey lo suficientemente estrecha como para regalarle una de sus obras de arte. Tenían que al señor Lacey le habían asesinado rajándole el cuello después de apalearlo. ¿Apaleado? ¿Qué atracador pierde un tiempo precioso dando golpes a su víctima? «Ninguno», se respondió. Se mordió el labio y entrecerró los ojos. La claridad tenue de las farolas disminuyó y la habitación perdió sus formas en la oscuridad. Y entonces se hizo la luz.

Se escabulló de entre los brazos de James, se echó la bata sobre los hombros desnudos y salió de la habitación andando de puntillas. Arrancó una hoja del cuaderno donde anotaba la lista de la compra y se sentó junto a la ventana. El señor Lacey guardaba una información que, tras su muerte, sólo Snow conocía. A la luz que penetraba desde la calle, hizo una anotación que subrayó dos veces. Asintió satisfecha: «¡Tenían un secreto que desvelar!».

Se echó hacia atrás y apoyó la espalda en el respaldo de la silla. Dejó que la mirada vagara a través de los cristales empañados. Había otro punto del que debía ocuparse: también tenía un capitán de comisaría al que visitar. Sonrió y dibujó una línea curvada hacia arriba en el vaho de la ventana. A Crawford no le iba a gustar.

Un sótano, en alguna parte de Nueva York

—¿Quién es usted? —Sarah Lacey miró al hombre que acababa de entrar en la nueva celda que ocupaba.

—¿Serviría de algo que supieras mi nombre?

—Al menos podría llamarle por él.

El hombre asintió.

—Biff, Biff Hunt —dijo.

Sara se removió en el camastro sobre el que la habían tumbado y al que estaba amarrada.

—¿Y qué hago aquí, supuesto señor Hunt?

—Aguardar.

—¿A qué?

—A que tu madre haga el trabajo que Anthony Snow se negó a realizar para nosotros.

Sarah se estremeció al oír el nombre del señor Snow. No lograba recordar lo que había ocurrido después de que aquellos hombres entraran en el camarote en el que ella y el vecino de su madre se encontraban. Iban a golpearlo y después... Cerró los ojos. Después se había desmayado.

—¿Está muerto? —susurró.

Hunt se encogió de hombros.

—Yo no quería que las cosas acabaran así, pero tu amigo se mostró demasiado tozudo.

—¿Qué van a hacer conmigo?

El hombre sonrió.

—No te preocupes. De momento conservarás todos los dedos y, si tu madre es lista, también la vida.

—Es un consuelo.

—Lo sé —Hunt se volvió hacia la escalera de madera tosca que comunicaba con el piso principal y comenzó a subir. A mitad de camino, sacó la pipa del bolsillo superior de la chaqueta y apuntó con ella a la joven—, por eso te lo he dicho.

Sonrió y desapareció por la puerta, que cerró desde fuera. Sarah ahogó un gemido. «Si su madre era lista. ¿Lista para qué?».

CAPÍTULO 12

12th Precinct

No las había visto entrar.

—¡Crawford!

Y, desde luego, cuando el capitán Toole gritó su nombre, asomó medio cuerpo por la puerta de su despacho y lo miró con cara de malos amigos, tampoco imaginaba que estaban allí.

—Creo que tiene algo que contarme... —dijo cuando cerró la puerta después de que entrara.

Entonces las vio. Sentadas ante el escritorio de Thomas Toole, Anne Starling y una mujer que ya rozaba la sesentena le miraron con una sonrisa vivaracha que le hizo temblar más que el grito exasperado de su capitán. Crawford tragó saliva y cerró los ojos durante unas milésimas de segundo. Las suficientes para entender la situación.

—¿Debo presentarle a estas señoras o ya las conoce? —preguntó Toole.

—Yo a él sólo de oídas —La mujer mayor le tendió la mano desde la butaca que ocupaba—, pero me encanta todo lo que me han contado. Soy Lucy Hetfields.

La esposa del cónsul británico, por supuesto. Crawford se inclinó y acercó los labios a la mano sin llegar a besarla mientras se tragaba el borboteo que le llegó hasta la garganta y sentía cómo la piel se la cara iba acalorándose. Anne Starling no podía quedarse quietecita. Evitó desviar la mirada hacia ella. El capitán Toole suponía de por sí un reto suficiente como para, además, encontrarse frente a frente con aquellos atolondrados y, sin embargo, ansiados ojos verdes.

—La esposa de sir Hetfields —dijo Toole— ha tenido la amabilidad de informarme acerca del caso que usted y la señora Starling están investigando.

Crawford contuvo la respiración. Las miradas de Thomas Toole y las dos mujeres estaban fijas en él, como las de la señorita Priest y el señor Wellington cuando a los ocho años su profesora de tercero le llevó al despacho del director porque le había tirado de las coletas a Laurie Deardon. Nadie contó entonces que la niña le había robado sus galletas, como tampoco

nadie contaría ahora que Anne Starling le había arrastrado justo hasta aquel punto.

—Prometió que no le regañaría, capitán —Lucy Hetfields se volvió hacia Thomas Toole y le dedicó una sonrisa contemporizadora.

—Y no lo haré, de momento.

—Nosotras nos vamos —dijo la mujer del cónsul—. Seguramente habrá asuntos oficiales que deban tratar. ¡Asuntos oficiales! —repitió—. Odio cuando Hetfi los blande como la espada de un cruzado.

«¿Hetfi? ¿La mujer de un sir y cónsul llamaba así a su marido?». Crawford prefirió plantearse esa pregunta estúpida a pensar en los "asuntos oficiales" de los que Toole le hablaría en cuanto las dos mujeres salieran del despacho.

—Gracias por su colaboración. —El capitán se levantó y las acompañó hasta la puerta—. La información que han aportado me ha sido de gran ayuda.

—Entonces nos vamos contentas. Ha sido un placer, capitán.

—El placer ha sido mío.

Crawford estaba seguro de ello. Iba a mirarlo de reojo cuando el perfume a lavanda que siempre acompaña a Anne Starling le llegó como un aviso de su cercanía.

—Abra la boca y respire, inspector —susurró al pasar junto a él—. Está a punto de quedarse cianótico.

Después la puerta del despacho se cerró.

Block Island

2 millas al Oeste, mar adentro

—Si Odell tiene que volver a curar unas heridas como éstas, lo tiraré por la borda.

John miró al capitán del barco y al enfermero del Freedom con desdén cuando salieron del camarote que ocupaba desde que embarcó. Junto a él, tumbada en la cama, la puta había resultado no ser tan dura como pensaba, gemía. El tal Odell le había cubierto el cuerpo con cremas diferentes, según la parte estuviera quemada, golpeada o rajada.

—¡Cállate! —le gritó entre dientes—. La pasta que te doy bien merece

cada minuto de esta noche.

Era consciente de que se le había ido la mano, pero no iba admitirlo en voz alta.

—Cuando volvamos a Nueva York, mi chulo te matará.

—¡Que se ponga a la cola!

Arrojó el vaso de whisky sobre la sábana que la cubría y salió de la habitación. Había sido una noche salvaje y estaba exhausto. La imagen de Sarah en manos de Tim no le había abandonado un solo instante. Mientras maltrataba a aquella prostituta, se había preguntado si Sarah estaría pasando por algo similar. Echó un vistazo por la borda y atisbó el perfil de Block Island, difuminado por la neblina húmeda que levantaba el mar. No había sido su intención que aquello le ocurriera, pero Snow no había dado otra opción. Lo peor de todo es que no sabía dónde se encontraba. Tim le había dicho que en un lugar seguro, ¿pero dónde?

Se agarró a la baranda de metal y tiró de ella, como si quisiera arrancarla. Con Snow muerto y Sarah fuera de su alcance, la única posibilidad que le quedaba era Ángela Lacey.

—¡John! —Hans le llamó desde la cabina de mando—. El capitán quiere que subas.

Dentro hacía calor. El capitán no le miró.

—Hemos intentado establecer contacto por radio con el Killer Whale —le informó.

—¿Y?

—No te va a gustar.

—¿Qué coño ha pasado?

Killer Whale

Puerto de Newark, Nueva Jersey

Habían recorrido el barco de arriba abajo. Estaba vacío, salvo por los agentes de policía que seguían registrándolo.

—Tengo hambre —Jones echó un vistazo a su reloj de pulsera—. Es la hora de comer, ¿nos escapamos un rato?

Crawford miró alrededor. La bodega estaba tan sucia y revuelta que les llevaría días registrarla a fondo. Lo único de lo que estaban seguros es de que allí abajo alguien había estado viviendo en unas condiciones atroces.

—¿De verdad te apetece comer? ¿No tienes el estómago revuelto?

—No —Jones se encogió de hombros—, no tengo ninguna amiga elegante que me haya contagiado sus modales exquisitos.

—Ya vale.

— Ni tengo tiempo para tomar el té en la embajada y cuidar del jardín. Aunque cambiaría una buena cerveza por ese brebaje británico a cambio de pasar un rato en su compañía.

—¡He dicho que ya vale!

—¿Pero me la presentarás o tienes algo con ella?

—No puedo contestarte a esa pregunta.

—¿Por qué no?

—Bebes cerveza. No puedo compartir contigo el secreto de los sándwiches de pepinillo y los pastelitos de crema.

—Puedo refinar me.

—Con ella, no.

Los dos compañeros echaron a andar hacia la puerta forzada que encontraron al llegar a la bodega.

—¿Cómo se ha sabido de este barco? —Jones pasó primero.

—El capitán me dijo que por un soplo.

—¿De quién?

Crawford negó con la cabeza. No quería seguir por ese camino: el que había encontrado Thomas Toole para sacarle las castañas del fuego.

—¡Inspector! —un agente lo llamó desde la cubierta cuando él y Jones iban a bajar—. Quieren verle en la cabina de mandos.

Los dos policías dieron la vuelta y subieron por la escalera metálica.

—¿Qué ocurre, Neil?

—Acabamos de recibir una comunicación por radio —dijo el agente de la científica que se había hecho cargo de la cabina.

—¿Y?

—Han cortado en cuanto hemos contestado.

Ayuntamiento de Nueva York

Después de tomar un bocado con Jones, Crawford volvió a la comisaría. Había pasado la tarde entre papeles, en busca de alguna chispa que encendiera su ingenio, pero no hubo suerte, así que al final decidió encaminar la investigación hacia Sarah Lacey. Sólo su placa le había abierto las puertas de aquella oficina del ayuntamiento a esas horas.

—Ya sé que estoy pidiéndole una información para la que no he traído una petición oficial, pero, como le he dicho al llegar, se trata de un caso urgente y serio.

Crawford metió la cabeza por la ventanilla al otro lado de la cual se encontraba el funcionario y le desanimó comprobar que sus palabras no parecían haber hecho efecto.

—Mire —añadió—, se trata de un secuestro. ¿Cómo se sentiría si fuera su hija?

El hombre frunció el ceño, pero mantuvo la mirada fija en la del policía.

—Inspector —dijo—, entiendo el problema, pero hay unas reglas...

—¡Su hija! —le interrumpió Crawford—. Retenida en algún lugar, probablemente inhóspito y a saber en qué condiciones, aunque no hace falta mucha imaginación para ponerle un poco de color: quizá tumbada en el suelo, desnuda, violada por su captor y sin nada con que abrigarse...

—¿Cómo ha dicho que se llamaba? —El funcionario se dio la vuelta y posó la mano sobre uno de los archivadores que cubrían la pared.

—Sarah Lacey.

El hombre buscó entre los expedientes durante algunos minutos. Al fin sacó una carpeta.

—Venga conmigo —dijo—. Si vamos a cometer un delito, mejor busquemos un lugar más reservado.

Se encerraron en un despacho próximo. Crawford abrió la carpeta que contenía el expediente de Sarah Lacey.

—Así que trabaja como voluntaria para Servicios Sociales —dijo— y parece que es muy buena.

El funcionario ojeó unas fichas que había llevado con él.

—Sin embargo, lleva varios días sin realizar las visitas que tiene encomendadas. Un par de ancianos han llamado para preguntar por ella.

Crawford dejó el expediente sobre la mesa del despacho y se sentó junto al funcionario.

—A ver —Extendió la mano y le quitó las fichas. En efecto, hacía más de una semana que Sarah Lacey no visitaba a las personas que tutelaba—. ¿Y esto no les ha llamado la atención?

—A mí no —dijo el funcionario—. Hasta hace unos minutos no conocía la existencia de esta mujer.

—Ya. ¿Y a su superior?

El hombre cogió el expediente de encima del escritorio donde lo había dejado Crawford y buscó, siguiendo las líneas del texto con el dedo índice.

—La señora Wright. Pero no la encontrará en Nueva York. Su madre ha caído enferma y está pasando unos días con ella en Harford.

—Quizá por eso nadie se ha percatado de la desaparición.

—Tal vez.

Crawford volvió a ojear el expediente de la joven.

—Casada con John Tamber el veintiséis de marzo del año pasado. Divorciada el tres de febrero de este mismo año. Vaya, no llegaron a cumplir un aniversario.

Durante algunos minutos, Arthur Crawford estudió el expediente y tomó algunas notas en su cuaderno. Luego se lo devolvió al funcionario.

—¿Ve? —dijo, extendiéndole el documento—. Nadie se ha enterado y usted ha hecho una buena obra.

El hombre tomó el archivo y lo guardó en la carpeta.

—Espero que sirva de algo —dijo.

—Seguro que sí. ¿Puedo utilizar el teléfono? —Crawford señaló un aparato que había sobre el escritorio—. Es una llamada oficial.

El funcionario asintió en silencio antes de abandonar el despacho y cerrar la puerta tras él.

Crawford marcó el teléfono de la comisaría y encendió un cigarrillo. El humo se le metió en los ojos.

—¡Maldita sea!

—¿Crawford? ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Es sólo un poco de humo en los ojos. Escucha, Jones, necesito que investigues a un hombre.

—¿Quién?

—John Tamber.

—Anotado. Echaré un ojo antes de irme a casa.

—Lláname con lo que encuentres.

—De acuerdo y, oye, me han dicho que tu inglesita ha estado telefoneándote todo el día.

—¿La señora Starling?

—¿Es que tienes más de una inglesita?

—No la llames así.

—¿Ese mosqueo significa algo?

—¿Qué algo?

—Ya sabes..., algo.

—No metas las narices donde no te importa, Jones. Ponte con Tamber.

—¿Pero si llama quieres que le diga algo?

Crawford permaneció callado unos segundos. Los ojos seguían llorándole y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—No. No le digas nada.

Cuando salió de las oficinas del ayuntamiento estaba atardeciendo. Miró el reloj. Quizá ella aún siguiera en la universidad. Subió al coche y arrancó. No perdía nada por comprobarlo.

Universidad de Columbia, Facultad de Astrofísica

Anne no había pasado por casa para comer. El silencio con el que Arthur Crawford estaba castigándola por su aparición estelar en la comisaría junto a Lucy, aquella misma mañana, había hecho mella en su ánimo y no quería que James lo notara. Sabía que también a él le había contrariado por anular la cita para el almuerzo. Dos hombres enfadados con ella en un mismo día. La tasa de conversión era más que aceptable, pero por aquel día ya estaba bien. Recordó la seca despedida de James. No podía reprochársela. A veces su trabajo le ocupaba tanto tiempo que apenas sí se veían durante días, así que momentos

breves, robados como los segundos que los enamorados arrancan al reloj al reguardo de un portal, valían su peso en oro. En su lugar, había tomado un piscolabis rápido en la cafetería de la facultad con Melisa, a pesar de lo cual llegó tarde a clase. Su visita a la Biblioteca Pública de Nueva York era la gran culpable del retraso. Había pasado allí demasiado tiempo, pero el resultado lo merecía.

Volvió a pensar en James. Evitar que sospechara su nuevo tonteo con un crimen no fue la única razón por la que anuló el almuerzo con él. Necesitaba tiempo para investigar. Después de su conversación con Alden Rozelle, una fatigosa sensación a la que no había sabido definir, pero que la había conducido hasta las puertas de la biblioteca, la había venido atosigando. Se sorprendió al comprobar que la bibliotecaria a la que pidió ayuda le había proporcionado más material sobre los galeones españoles del siglo XVII del que podría leer en toda su vida. Aun así, creía haber encontrado la clave del caso Snow. Sonrió al pensar en ello. Estaba segura de lo que diría Crawford cuando se lo contara. Si es que volvía a dirigirle la palabra alguna vez.

Cuando entró en el aula, sus alumnos ya estaban allí, esperándola. Llevaba todo el día viviendo a cámara lenta.

—Buenas tardes, señora Starling. ¿Ha tenido problemas con el tráfico?

—Algo así. —Se dirigió a la mesa del profesor, encendió el proyector y una fotografía apareció en la pantalla—. ¿Qué ven aquí? —preguntó.

—Una mujer mirándose en un espejo que sujeta un angelito —contestó el joven Carl Berman.

—Por favor, señor Berman, es la "Venus del espejo", de Velázquez. Un pintor español del siglo XVII. —Anne recorrió el aula con la mirada. Los alumnos estaban sentados en sus asientos, callados, observándola expectantes—. ¿Qué pasaría si apuntáramos un telescopio a un planeta que se encuentra a años luz de nosotros y que diera a un espejo que apuntara perfectamente a la Tierra? —preguntó.

—Que veríamos nuestro pasado —afirmó la joven tímida que siempre se refugiaba en una de las esquinas del aula.

—En efecto —Anne se giró hacia la fotografía—, así que bien podríamos titular este cuadro como "Mujer observando su pasado", ¿no les parece? —Se volvió hacia la clase—. Cada vez que nos miramos en un espejo, estamos

viendo nuestro yo pasado. Un yo que ocurrió hace 7 nanosegundos. Quiero que especulen sobre las posibilidades de este hecho en la astrofísica. Reúnanse en grupos de cuatro y elaboren una teoría.

Se dio la vuelta, apagó el proyector y se sentó tras la mesa del profesor mientras los alumnos obedecían las instrucciones. Sería divertido comprobar las especulaciones a las que podrían llegar unos jóvenes con una imaginación potente y unos sólidos conocimientos físicos y matemáticos, pero, sobre todo, no tenía ganas de dar clase. Se sentía abatida. Había perdido la cuenta de las veces que había telefonado a Arthur Crawford sin que ninguna de ellas recibiera respuesta.

Cruzó las manos en el regazo y miró por los ventanales. La nieve les había dado un respiro, aunque el día era gris y feo. Se preguntó si Crawford estaba tan enfadado con ella como para no cogerle el teléfono. Sabía que le había advertido que no metiera las narices en el asunto del capitán, pero no había podido evitarlo. Si querían avanzar en el caso de Snow, la policía tenía que saber lo que había ocurrido en el Killer Whale. Concentró su pensamiento en el inspector, intentando trazar un mapa completo de él con las piezas del puzzle que había ido desvelando en sus conversaciones. ¿La visita al capitán Toole, en compañía de Lucy, había colmado el límite de su paciencia? Confiaba en que no. La idea de que detrás del asunto Snow se escondía un enigma que todavía no había logrado descifrar incentivaba su interés por el caso, pero, sobre todo, deseaba no perder a Arthur Crawford.

—Le encantará lo que estamos ideando, señora Starling —la voz del joven Carl sobresalió de entre los murmullos de los grupos.

—Estoy segura de ello, señor Berman.

Un par de hombres enfundados en gruesos abrigos caminaban por una de las veredas que recorrían el campus a la luz de las farolas que ya habían sido encendidas. El viento le arrancó el sombrero a uno de ellos y Anne esbozó un atisbo de sonrisa. Seguiría llamando a Crawford. Lo haría hasta que él respondiera y, mientras tanto, continuaría la investigación por su cuenta. Miró el reloj que ticteaba en la pared. Quedaba poco para que sonara el timbre. En cuanto acabara las clases, le haría una visita a la señora Lacey, pero antes se pasaría por la Asociación de maquetistas navales a la que había pertenecido Snow.

New Haven, Connecticut

En cuanto el Freedom tocó puerto y atracó en New Haven, John Tamber alquiló un coche. Evitó entrar en la ciudad. Imaginó que el centro estaría colapsado a esas horas y no tenía tiempo que perder. Alcanzó un ramal de la interestatal 95 y condujo por ella sin detenerse, directo a Nueva York.

Un par de horas después, dejó el automóvil en la oficina de alquiler, en Flushing, cerca de Chinatown. Tanteó el bolsillo de la chaqueta y notó el objeto pequeño y plano que había metido dentro antes de abandonar el barco. Afortunadamente aún conservaba una copia. Entró en un café cercano a la discoteca Studio51 y pidió algo de comer. Se sentía hambriento y además quería hacer tiempo. El suficiente para que oscureciera.

Cuando la tarde comenzó a ponerse, abandonó el café y cogió el metro. Prácticamente había anochecido cuando llegó. La calle estaba desierta y nadie le vio subir los escalones e introducirse en el portal. Cuando salió del ascensor, parpadeó varias veces para acostumbrar la vista a la oscuridad del rellano. No encendió la luz. No la necesitaba y se sentía más seguro entre las sombras. Al llegar a la puerta que buscaba, se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó la llave. A oscuras la introdujo en la cerradura y la giró. El pestillo obedeció y John Tamber entró en el apartamento de los Lacey. Durante unas décimas de segundo, la luz de lamparita de mesa que lucía en el salón lo deslumbro. Ángela levantó la cabeza.

—¡Tú! —dijo.

Jack sonrió.

—¿Cómo es que no has cambiado la cerradura, Ángela? —Chasqueó la lengua y movió la cabeza en sentido negativo, mientras cerraba la puerta detrás de él—. Eres una mujer muy poco previsora.

CAPÍTULO 13

Asociación de maquetistas navales de Nueva York

Anne se planteó la posibilidad de aplazar la entrevista que deseaba tener con el señor Gryffindor e ir directamente a casa de la señora Lacey. Cuando la telefoneó desde la facultad para advertirle de que pasaría a verla, la respuesta nerviosa y breve de la anciana le había dado a entender que no le apetecía esa visita, pero Anne quería hablar con ella y Ángela Lacey no cerraría sus puertas hasta el día siguiente, como estaba a punto de hacer la asociación de maquetistas navales de Nueva York.

Hacía tiempo que ya había anochecido y el frío nocturno, mucho más intenso y afilado que el del día, comenzaba a dejarse notar en la calle. Cuando entró en el edificio, una mujer de mediana edad la saludó desde la recepción.

—Buenas tardes —dijo—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Buenas tardes, quisiera hablar con el señor Gryffindor. ¿Es posible que se encuentre aquí?

—Tiene suerte —la mujer asintió con la cabeza—, todavía no se ha marchado. Le avisaré. Si es tan amable de tomar asiento.

—No se preocupe. No estoy cansada.

Anne curioseó a través de las puertas laterales de la recepción, que se abrían a unas grandes salas en las que se exponían maquetas navales. Parecía un museo, incluso en el silencio que las recorría.

—Supongo que esto suele estar más concurrido —dijo.

—En especial los fines de semana —contestó la recepcionista—. Sobre todo cuando realizamos exposiciones temáticas.

Un guarda jurado apareció a través de una de las puertas.

—Me voy mi cuchitril, Maggy —dijo—. Avísame antes de irte para que cierre.

—Siempre lo hago, Lou.

—Lo sé. Y yo siempre te lo recuerdo para que no te olvides. —El guarda sonrió y le guiñó un ojo.

—Se toma muy en serio su trabajo —susurró la recepcionista cuando el hombre se alejó.

—Es natural —dijo Anne—. Esto debe de estar lleno de obras de arte.
La mujer hizo un gesto de anuencia.

—Sí —admitió—, y Lou no hace más que protestar por la seguridad. Dice que un guardia no es suficiente, pero es una batalla que tiene perdida desde el principio. La asociación no cuenta con dinero para mantener más que a uno por turno, así que siempre que se plantea el asunto el resultado de la votación es no.

—¿Hola? —Un hombre alto, de pelo rizado y abundante bigote apareció por la misma puerta por la que había salido el guardia. Anne se dio la vuelta al oír su saludo.

—¿Señor Gryffindor?

—Sí, soy yo.

Ella adelantó unos pasos y le tendió la mano.

—Me llamo Anne Starling, ¿podría hablar con usted un minuto?

Andrew Gryffindor se sentó junto a ella en una pequeña sala de visitas. Miró el reloj y suspiró.

—Mi mujer volverá a regañarme —dijo— y no se lo reprocho. Siempre que vengo aquí me olvido del mundo.

—No le entretendré mucho.

—No se preocupe. Los niños ya estarán bañados y a punto de cenar. Para cuando llegue, ella ya lo habrá hecho todo. Otra vez. ¿Le interesa el maquetismo naval?

—Para serle franca, no había reparado en él hasta hace unos días. Poco antes de la muerte del señor Snow.

Gryffindor dejó salir el aire lentamente.

—Pobre Anthony. No ha trascendido gran cosa del asesinato. Lo que dicen los periódicos y poco más. ¿Es usted de la policía?

—Digamos que colaboro con ellos.

—¿Por eso ha venido? ¿Por Anthony?

—Por él y por el Pentanao.

—Ah, entiendo —dijo—. Supongo que un desencuentro como ése no podía pasar desapercibido para la policía. No fue un plato de buen gusto, señora Starling. Alden Rozelle es un buen maquetista y creo que habría podido pertenecer al grupo si Anthony no le hubiera vetado.

—¿El señor Snow no le consideraba lo suficientemente bueno...?

—¿Está tanteando el terreno?

—Sí, pero sé que tiene prisa por llegar a casa antes de que sus hijos se vayan a la cama, así que seré clara. El señor Rozelle insinuó que usted consiguió el puesto en el Pentanao por ser amigo de Anthony Snow.

—También soy un buen maquetista —dijo Gryffindor—, aunque tiene razón. Él no obtuvo el puesto porque había sido propuesto por Phil.

—¿Quién?

—Phillip Rinehardt. Alden era su apuesta para hacerse con el control del Pentanao y por eso Anthony lo vetó.

—Ya veo: Rinehardt, Home y Rozelle habrían copado la mayoría frente a Snow y Roberts.

—Está usted muy enterada de lo que sucede aquí —dijo Gryffindor.

—No lo crea, sólo tengo buena memoria para los nombres. Pero si usted fue una apuesta de Snow, ¿por qué Rinehardt no lo vetó?

—Anthony me propuso como solución de compromiso. Era muy amigo suyo, pero siempre he mantenido una relación cordial con Phil. Si éste me hubiera vetado, habríamos entrado en una batalla interminable de votaciones y eso no era bueno para la Asociación.

—Entiendo —dijo Anne—, digamos que usted es el primo francés.

—¿Cómo?

Ella meneó la cabeza.

—¿Y la cosa funcionó? —preguntó.

—Más o menos, sí. Hasta el desafortunado incidente del Nuestra Señora de las Nieves.

Anne ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—La maqueta que Snow intercambió por una copia falsa.

—Vaya, veo que tampoco aquí he podido sorprenderla.

—Puede que, si me lo cuenta, dé con algún detalle que me pille desprevenida.

Gryffindor sonrió con cansancio. Volvió a mirar el reloj y meneó la cabeza de un lado a otro.

—¡Qué demonios! —dijo—. De todas formas Liz ya estará enfadada conmigo. Poco después de que se votara a favor de mi candidatura para el

puesto vacante en el Pentanao, Alden acusó a Anthony de haber intercambiado la maqueta del Nuestra Señora de las Nieves por una falsa. En la investigación interna que se llevó a cabo, Alden declaró que había sorprendido a Anthony manipulando el Nuestra Señora.

—Pero, según tengo entendido, el señor Snow era el conservador del museo de la Asociación. ¿No entraba aquello dentro de sus competencias?

—Sí, pero no en mitad de la noche y sin que estuviera previsto ningún trabajo de conservación para la maqueta. Anthony negó la acusación, claro, pero no pudo impedir que se abriera una investigación. Con él fuera de juego, Phil se hizo cargo de ella. La copia era tan buena que ninguno de nosotros podía estar seguro a simple vista de que el cambio hubiera existido, así que Phil mandó analizar el velamen del Nuestra Señora. El dictamen fue concluyente: la lona de la maqueta que estaba en la asociación no tenía más de unos años de antigüedad. Anthony la había envejecido para que diera el pego, pero no pudo resistir los análisis.

—Así que Rozelle no mintió cuando dijo que había sorprendido a Snow manipulando la maqueta.

Gryffindor se quitó las gafas y se frotó los ojos. Seguía teniendo aspecto de cansado.

—No, parece que no lo hizo, aunque, desde que se conocieron los resultados no he podido dejar de preguntarme cómo es que Anthony fue tan chapucero. Si quería hacer pasar por buena una copia del Nuestra Señora, ¿por qué no utilizó material adecuado para ello? Quiero decir, tenía los contactos necesarios para hacerse con lonas del siglo XVII. Cometió un error gravísimo.

—Tal vez no pensó que fuera a ser descubierto —sugirió Anne.

—Quizá. Al fin y al cabo, él se ocupaba del mantenimiento de las maquetas. Nadie lo habría sabido nunca si no hubiera sido por Alden Rozelle.

—El hombre al que él había vetado la entrada en el Pentanao.

—¿Piensa que Rozelle trató de vengarse?

—Bueno —dijo Anne—, a cuenta de aquel suceso Snow fue expulsado.

—Pero sólo de la asociación. Del Pentanao, no —señaló Gryffindor—. Oí rumores de que Home estaba dispuesto a proponer su expulsión, pero supongo que Rinehardt lo convenció de que no siguiera adelante.

—¿Por qué?

—Supongo que porque el Pentanao habría dejado de ser lo que era con Anthony fuera. Independientemente de lo que hiciera en la asociación, era el mejor maquetista naval de la ciudad... —Gryffindor se detuvo un momento—, si me apura, diría que de todo el país.

Anne asintió en silencio. El mundo era un asco incluso en miniatura, pensó. Las ambiciones humanas y los rencores no dejaban de existir porque el universo en el que se habitaba fuera diminuto.

—¿Y por qué cree usted que Snow cambió el Nuestra Señora por una copia?

Gryffindor subió los hombros hasta rozar las orejas.

—No lo sé —dijo—. Después de aquello intenté hablar con él en varias ocasiones, pero nunca me lo dijo.

—¿Y ahora quién ocupa el puesto del señor Snow en el Pentanao?

—Nadie. Aún no hemos tenido tiempo para proponer un nuevo miembro ni para votarlo.

—¿Cree que el señor Rozelle tendrá una nueva posibilidad?

Gryffindor meneó la cabeza.

—¿Quién sabe? —dijo.

Anne se levantó y le tendió la mano.

—Muchas gracias, señor Gryffindor. No quisiera entretenerlo más y que su mujer le castigara por el retraso.

—No se preocupe. Seguro que ya ha urdido un plan para hacérmelo pagar.

El maquetista sonrió y abrió la puerta de la sala de visitas. En el hall de entrada, Maggy estaba poniéndose el abrigo junto a Lou, que sostenía un manojito de llaves que hacía tintinear.

—Oh, ya han acabado —dijo al verlos—. Iba a marcharme ya, señor Gryffindor.

—Nosotros también. Si aguarda un momento a que coja mis cosas, Lou.

—Vaya por ellas —El guardia asintió—. Tengo toda la noche por delante.

—¿Y bien? —Maggy cogió los guantes del mostrador de la recepción y golpeó una de sus manos con ellos—. ¿Ha sido una conversación constructiva?

—Mucho —contestó Anne, que la miró sonriente. Se preguntó si un marido la aguardaría en casa, también enfadado por el retraso, o solo la soledad de un

apartamento vacío. Estudió la mirada interrogativa con que la recepcionista la observaba y decidió que la segunda opción tenía más posibilidades que la primera. Aquella mujer estaba mortalmente aburrida y, sobre todo, se moría de curiosidad por saber qué la había llevado hasta allí aquella noche a mantener una entrevista privada con el señor Gryffindor. ¿Qué daño podía hacer saciarla?—. He venido por el asunto de Anthony Snow —dijo

—¡Pobre hombre! No sabe lo que me ha afectado su muerte. Bueno, y todo lo que pasó a cuenta del dichoso galeón español.

—A mí no me caía mal —dijo Lou—, pero él se lo buscó, ¿no crees Maggy?

—¿Qué? —La mujer se dio la vuelta y se encaró con el guarda—. ¿Qué se buscó? Fue un asunto bochornoso. Era un hombre malhumorado y engreído, todos lo sabemos, pero jamás habría hecho algo como eso.

—Yo también le apreciaba, Maggy, pero los análisis del velamen fueron concluyentes —dijo Gryffindor, que acaba de entrar por una de las puertas laterales.

—Sigo sin creérmelo —insistió ella—. No puedo imaginar al señor Snow intercambiando maquetas en mitad de la noche. Además, ¿qué necesidad tenía de hacerlo? Era el conservador del museo. Podía haber inventado mil excusas para llevarse el Nuestra señora al taller y dar el cambiazo allí, sin exponerse a que Alden lo descubriera. Por otra parte, qué hacía él aquí. Yo ya me había ido y Lou había cerrado la puerta. Si quieren saber mi opinión: todo fue una celada. Alden no asumió nunca que el señor Snow vetará su entrada en el Pentanao. Una simple y abyecta encerrona, eso es lo que fue. —La recepcionista bajó la voz—. Para mí que el propio Rozelle dio el cambiazo y luego culpó al pobre señor Snow.

Anne pestañeó varias veces.

—¿Lo cree posible?

—¿Por qué no?

—Pero Rozelle no tiene acceso a las maquetas —dijo Gryffindor—. No podría haber dado el cambiazo al Nuestra Señora.

—No soy detective, pero estoy segura de que de alguna forma lo hizo —insistió Maggy.

—¿Y usted? —Anne se volvió hacia Lou—, ¿estaba aquí aquella noche?

—Sí.

—¿Y no notó nada?

—No. Ni siquiera supe que el señor Snow y el señor Rozelle estaban aún dentro. Debió de ocurrir durante una de mis rondas, seguramente cuando me encontraba al otro lado del edificio. No los vi y el señor Rozelle no me esperó en la sala de guardia para denunciar el hecho. Lo hizo a la mañana siguiente, en compañía del señor Rinehardt.

—La voz de su amo —dijo la recepcionista.

—Vamos, Maggy, a todos nos sorprendió y nos disgustó, pero el asunto fue aclarado y Snow era culpable —dijo Gryffindor.

—¿Y cómo salieron? —preguntó Anne.

—¿A qué se refiere? —Gryffindor la miró interrogativamente.

—Si Lou es quien cierra cuando Maggy se va, ¿cómo salieron el señor Rozelle y el señor Snow del museo aquella noche?

—El señor Snow tenía un juego de llaves —dijo el guarda.

—¿Y se fueron juntos, tan amigos?

—Alden contó que Anthony le había amenazado con acabar con su carrera de maquetista —aclaró Gryffindor—. No creo que se fueran tan amigos.

—Antes me ha dicho que había algo que no entendía —dijo Anne. Gryffindor levantó una ceja—. Dijo que Snow era demasiado meticuloso para cometer un error como el de las velas y que tenía acceso a lonas del siglo XVII con las que habría podido vestir la copia del galeón.

—Sí —admitió el maquetista.

—¿Y Alden Rozelle?

Gryffindor calló durante unos segundos.

—Bueno —dijo—, Alden tiene una tienda bien surtida. Supongo que no le resultaría imposible acceder a ese tipo de material. Aunque, para serle franco, ninguno de nosotros, ni siquiera Phil, posee los recursos con que Anthony contaba.

Anne movió la cabeza de arriba abajo pensativamente. Aquella información sumaba varios puntos a la conjetura que su mente había ido fabricando desde que, horas antes, abandonara la biblioteca.

—¿Ven? —Maggy extendió las manos ante ellos—, otra prueba de que el señor Snow no pudo dar ese cambiazó. Insisto: estoy segura de que fue el

propio Alden. Piénselo señor Gryffindor. No es una idea tan descabellada y, si tengo razón, podríamos lavar la memoria del pobre señor Snow. Y ahora, si me disculpan, debo marcharme o perderé el último autobús.

La mujer echó a andar hacia la puerta y Lou la siguió, con el manojito de llaves en la mano. Gryffindor volvió a echar un vistazo a su reloj.

—¡Demonios!, hablando de irse, hoy voy a tener que idear algo espectacular para hacerme perdonar. —Se apartó a un lado y cedió el paso a Anne.

—¿Me permite una sugerencia? —dijo ella una vez en la calle.

—Lo que sea con tal de que Liz no me mande al sofá. —El hombre la miró sonrojado al reparar en las circunstancias a que aludía aquel comentario—. No sabe lo endemoniados que son esos muelles.

Anne sonrió.

—SV-6 —susurró.

—¿Qué? —preguntó Gryffindor.

—La SV-6. ¿No ha oído hablar de ella?

Gryffindor negó con la cabeza.

—Es una aspiradora maravillosa.

—¡Pues claro! —dijo—. ¡Es perfecto! Gracias, señora Starling.

—De nada. Sin embargo...

—¿Sí?

—Antes de comprarla asegúrese de que Liz no prefiera un abrigo de Saks Fifth Avenue.

Un sótano, en alguna parte de Nueva York

Sentado en uno de los escalones que bajaban al sótano, Biff Hunter comía directamente de una lata de judías. Sarah había rechazado la oferta que aquel hombre le había hecho para compartirlas. Sin embargo, sí había aceptado el vaso de agua que él le ofreció. Observó a su captor, vestido con unos pantalones de franela y una rebeca gruesa de lana. Masticaba lentamente, como si ante él se extendiera la eternidad y no tuviera otra cosa que hacer que deglutir el contenido de aquella lata. Detrás de él, en la parte superior de la

escalera, la puerta que daba paso al sótano estaba abierta. Sarah notó que los ojos se le humedecían cuando la miró. La libertad estaba tan cerca y, al mismo tiempo, tan lejos. Tiró de los brazos hacia delante, pero la cuerda con que tenía amarradas las muñecas los detuvo.

—¿Cuánto tiempo va a tenerme aquí?

Hunter se encogió de hombros y terminó de masticar antes de hablar.

—Ya sabes de qué depende.

—No, no lo sé. No sé por qué me han secuestrado, por qué han asesinado al señor Snow y tampoco entiendo qué tiene que ver mi madre en todo esto.

Desde el piso superior les llegó el sonido de unos golpes en la puerta de entrada. Hunter volvió el cuello con la misma parsimonia con que había estado comiendo las judías. Dejó la lata en el escalón y se incorporó. Sarah observó cómo sus piernas desaparecían, a medida que subía. Lo último que vio fue las suelas de las zapatillas de felpa que aquel hombre llevaba puestas.

Tim entró en la casa sin saludar y se dirigió al saloncito. Avivó el fuego del hogar y tendió las manos hacia él.

—Ya no nieva —dijo—, pero sigue haciendo un frío del demonio. ¿Cómo está la chica?

—Haciendo esfuerzos por controlar su miedo. ¿Qué sabes del Freedom?

—No te lo vas a creer.

Hunt se sentó en el sofá y cruzó las manos sobre el regazo.

—Seguro que sí —dijo—. Cuéntame.

—La policía está registrando el Killer Whale.

El anciano entrecerró los ojos, como si le costará creer la información que Tim acababa de proporcionarle.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó.

—Hans me llamó.

—¿Hans te ha llamado por teléfono?

Tim asintió.

—Desde New Haven. Esta mañana el Freedom contactó por radio con el Killer Whale. Alguien contestó, pero no era yo.

—Y Tamber ordenó volver a tierra —adivinó el anciano.

—Sí —corroboró Tim—. Me he pasado por Newark. El muelle estaba

lleno de polis que entraban y salían de mi barco como si fuera su comisaría. Supongo que no habrán pasado por alto los restos de la carnicería que le hicimos a Snow.

Biff Hunt reflexionó sobre ese «hicimos». Recordó las tardes de catequesis de su infancia. «Pensamiento, obra y omisión». El primer tipo de pecado correspondía a Tamber; el segundo, a Tim. Sacó la pipa y la encendió aspirando profundamente. El de omisión debía de ser suyo.

—He oído en la radio que su cadáver ha sido encontrado —dijo.

—Sí, yo también. No pensé que fueran dar con él tan rápido, pero ese dichoso apagón nos ha jodido.

Hunt levantó una mano con lentitud, como si quisiera atravesar la eternidad en la que vivía y llegar hasta Tim para llamar su atención.

—Es algo que no debe preocuparnos. No pueden asociar a Snow con el Killer Whale.

—Lo único bueno del día —contestó Tim.

—¿Hay alguna otra mala noticia?

—Nada más desembarcar, Tamber alquiló un coche. Supuse su lugar de destino, así que me aposté cerca y no me equivoqué. Ha ido directo a la casa de los Lacey. Ahora vengo de allí.

—No saber dónde está Sarah le ha puesto nervioso. Habrá que hacer algo con el muchacho. Si tú te has enterado de que está aquí, también lo hará Vitorio Marzini y no podemos arriesgarnos a que se vaya de la lengua con él.

—Métodos para lograrlo, tiene.

—Entonces ocúpate de que no suceda.

Tim asintió. Se frotó las manos una última vez frente al fuego y luego se marchó tal y como había venido. Con el gesto hosco y sin despedirse.

Universidad de Columbia. Facultad de Astrofísica

—Ya se ha marchado. —El hombre que le recibió en el despacho del departamento estaba metiendo unos fajos de exámenes en su cartera de cuero y contestó sin mirarle—. La vi salir volando del aula cuando acabó su clase —añadió.

—¿Y no sabe dónde ha ido?

El hombre lo miró perplejo.

—Anne Starling es mi compañera, no mi hija, aunque por edad podría serlo. No, no tengo ni idea. Supongo que habrá vuelto a casa. La noche no ofrece muchas más opciones.

Crawford asintió. Le dio las gracias y salió del despacho. Volvió al coche y se sentó dentro. Tenía razón, la noche no invitaba a nada más que a encerrarse en casa. Y ésa era, probablemente, la intención que tendría Anne Starling: pasar una encantadora velada con su marido. Arrancó el motor, que protestó por el frío, y abandonó el campus universitario. Volvería a su apartamento y se haría acompañar de un vaso de Martini italiano, aunque no fuera domingo.

Apartamento de la señora Lacey

Anne pensó que cualquiera de las estrategias que había urdido para acometer el secreto que guardaba Ángela Lacey podría llevarla por caminos sinuosos que alargarian un proceso que ya estaba durando demasiado. Esperó sentada en el sofá hasta que la señora Lacey volvió de la cocina con una taza de chocolate caliente.

—Gracias —dijo, pero no bebió. La sostuvo entre las manos, reconfortándose con el calor que desprendía la porcelana. Cuando la anciana se sentó, la miró directamente a los ojos—. Iré al grano, señora Lacey. Creo que ya hemos jugado bastante. ¿Qué está ocurriendo?

Ángela Lacey levantó las cejas. Anne se había percatado de su nerviosismo y también de que no era ella quien lo había causado. Acentuado, tal vez, pero su visita no era el origen de la inquietud que leyó en sus ojos cuando abrió la puerta. Ahora la taza de chocolate que también se había preparado para ella tintineaba en el platito, sin que la anciana fuera capaz de controlar el temblor de sus manos.

—Ya se lo conté —contestó—. Mi vecino...

—Su vecino ha aparecido muerto en su propia heladera después de haber sido secuestrado y sufrido una tortura indescriptible. ¿No cree que va siendo

hora de que me cuente la verdad?

—No puedo hacerlo —dijo.

Anne se sorprendió por la respuesta. Rápida, directa. No la esperaba.

—¿Por qué?

—Porque no sé qué está pasando. Sólo sé que Tony desapareció.

—¡Oh! —Las esperanzas que había concebido se vinieron abajo. Anne dejó la taza sobre la mesa y se tapó los ojos con las manos. Ángela Lacey seguía siendo un hueso duro de roer. Cuando las retiró, la anciana seguía sosteniendo su taza de chocolate, imperturbable—. De verdad, señora Lacey, permítame el comentario: es usted insufrible. Acabo de decírselo: ¡ya está bien de juegos! Anthony Snow ha muerto, ¿qué más tiene que pasar para que me cuente lo que está ocurriendo?

La mujer desvió la mirada hacia la ventana. Diminutos copos de nieve caían con la suavidad de una pluma en un silencio que el tráfico había dejado de romper hacía tiempo. En el edificio de enfrente, las ventanas se abrían hacia la oscuridad de la noche con sus luces hogareñas. Los neoyorkinos habían vuelto a casa y se refugiaban de la nueva nevada al amor de la familia. Anne observó a Ángela Lacey. Por primera vez la veía desvalida y sola. Echó un vistazo a la repisa de la falsa chimenea. La foto de la joven vestida de novia seguía allí.

—No me había contado que tiene una hija.

La taza de chocolate tembló en el plato que Ángela Lacey sostenía. La anciana se volvió hacia ella y le clavó la mirada. En los ojos, asomaba una lágrima.

—Ella no tiene nada que ver con esto —dijo.

—No lo he sugerido. Es sólo que me he visto la fotografía —Anne señaló con el mentón hacia la chimenea— y me ha llamado la atención.

—Déjela en paz.

—Señora Lacey, por favor...

—No —La anciana extendió el brazo e interrumpió a Anne con un movimiento de la mano—. Por favor, acabe su chocolate y márchese. Me siento muy cansada y necesito...

Anne aguardó a que la mujer acabara la frase, pero no lo hizo.

—Necesita desahogarse y traspasar a alguien más fuerte el peso de una

responsabilidad que no le corresponde soportar. Por favor, señora Lacey, déjeme que la ayude.

Ángela Lacey se puso en pie.

—Le agradezco su interés, señora Starling, pero, créame: necesito que se vaya.

El viento se había levantado y Tamber comenzaba a quedarse frío. Llevaba demasiado tiempo esperando. Cuando aquella mujer elegante entró en el portal, supo que se trataba de ella. Ángela le había contado que se llamaba Anne Starling y que trabajaba mano a mano con un policía. Quizá eso explicara el que la pasma hubiera descubierto el Killer Whale y lo que había quedado de Snow en él. Pateó un par de veces con fuerza para hacer entrar en calor los pies y se cruzó los brazos sobre el pecho, sujetándose el cuello del abrigo con una mano.

Miró hacia las ventanas del apartamento de sus suegros. La luz del salón había palpitado varias veces por el movimiento de las dos mujeres. Ahora estaba quieta. Sin sombras que la nublaran. La visita había terminado. Se ocultó a la sombra de un chaflán. Anne Starling bajó las escaleras de entrada con cuidado, como si temiera resbalar. Tamber afinó la vista. Parecía ensimismada. Echó a andar por la acera con paso lento y el cuello inclinado hacia adelante. Se preguntó qué le habría contado Ángela. Tendría que volver después para averiguarlo.

Aceleró el paso. La nieve comenzaba a cuajar y amortiguaba el sonido de sus pisadas. Además, la mujer no parecía darse cuenta de que la seguía. Se acercó todo lo que le pareció posible sin llegar a alertarla. Conocía aquella calle como la palma de su mano y sabía que estaban aproximándose a un callejón oscuro, sin salida y al que sólo daba la puerta trasera de un bar que el dueño había cerrado por falta de clientela. Un agujero perfecto del que no podría escapar.

Cuando la sombra del callejón oscureció la figura de la mujer, Tamber se abalanzó sobre ella.

Anne miró al hombre que la había agarrado por la cintura y había tirado de ella hasta introducirla en aquel callejón solitario. La sujetaba con su propio

cuerpo, apretándola contra la pared, y le tapaba la boca con una mano. Un gato maulló.

—Si no te mueves, no te pasará nada.

La voz del hombre susurró en su oído y el calor de su aliento le recorrió la oreja. Anne controló el primer atisbo de pánico. ¿Iba a violarla?

—Vas a contarme todo lo que sabes sobre Anthony Snow.

Anne abrió los ojos. ¿Así que se trataba de eso? El hombre movió la mano que tenía libre y extrajo algo del bolsillo. ¿Qué estaba haciendo? La punta afilada de una navaja bajo la mandíbula le dio la respuesta.

—No me gustaría rajarte el cuello, guapa, pero si no empiezas a hablar, no me quedará otro remedio. Voy a quitarte la mano de la boca. Si gritas, se acabó.

El empujón fue tan fuerte, que Anne tuvo que apoyarse en un cubo de basura para no caer. El hombre que la amenazaba estaba en el sueño y delante de él había otro. Más alto y fuerte, como un jugador de rugby. La miraba.

—Váyase —dijo. Y luego se volvió hacia el misterioso atacante que la había interrogado sobre Anthony Snow.

Obedeció. Salió de las sombras del callejón y echó a correr por la acera sin volver la vista atrás.

CAPÍTULO 14

Casa del señor Rinehardt

James debía de ser medio tonto o ella una consumada actriz. Cuando llegó a casa, él sólo le preguntó dónde había estado. Melisa había servido de excusa, aunque no entendía cómo los ojos de un diplomático, entrenados para ver lo que se esconde bajo la más absurda sonrisa, no se percataron del estado físico y emocional con el que había llegado a casa. Se dio una ducha rápida y se acostó, pero no había dormido mucho. Se sentía exhausta y asustada.

Cuando James se metió en la cama, ella todavía estaba despierta. Cerró los ojos e hizo un esfuerzo por aparentar que su respiración era pausada, la propia de alguien que duerme, pero su cerebro bullía. ¿Quién era el tipo que la había atacado? Había logrado verle el rostro lo suficiente para saber que no se trataba de Tim. ¿Y quién era el otro, el jugador de rugby que la había salvado?

Al día siguiente, sentada en el coche bajo un frío intenso a la puerta del 12th Precinct, seguía sin respuestas. Llevaba allí parada más de media hora y empezaba a quedarse helada, pese a que de vez en cuando encendía el motor y ponía la calefacción. No se había dirigido directamente a la comisaría desde casa. Primero había vuelto a la asociación de maquettistas y había hablado con Peggy. La mujer no mostró ningún reparo cuando le pidió que le enseñara el informe sobre la falsificación del Nuestra Señora. En efecto, los análisis del aparejo de la maqueta mostraban que el trinquete había sido fabricado a partir de una lona que no tendría más de cincuenta años de antigüedad. Luego, el segundo análisis realizado a la maqueta para corroborar que Snow había devuelto la auténtica, señalaba que lo era sin ningún lugar a dudas: la madera del casco tenía la antigüedad que se le suponía y, además, procedía del de tipo de madera nativa europea que los españoles utilizaban para construir sus barcos. Anne seguía preguntándose por qué un perfeccionista como Anthony Snow había cometido el error de utilizar una lona de fabricación reciente para elaborar el trinquete del Nuestra Señora.

Un agente asomó la cara por la puerta de la comisaría y miró a un lado y otro de la calle. Luego volvió dentro. La mañana no estaba para hacer alardes de valentía. Se frotó el puente de la nariz con los dedos, intentando aliviar el

dolor de cabeza que llevaba horas martirizándola, y expulsó el aire de los pulmones poco a poco. Después de desayunar y de que James se marchara, había intentado ponerse en contacto con Arthur Crawford de nuevo, pero una vez más él no contestó a sus llamadas.

—Así que a grandes males, grandes remedios —dijo en voz alta mientras volvía la mirada hacia la puerta de la comisaría—. Alguna vez tendrás que salir de ahí, Arthur, y yo estaré aquí esperándote.

Como si hubiera expresado un deseo, le vio salir y dirigirse con paso rápido hacia su coche. Anne se puso en alerta. Arrancó y se preparó para seguirlo. Le gustara o no, el inspector iba a tener que escuchar sus excusas, que luego las aceptara ya no dependía de ella y eso, tenía que admitirlo, era algo que la inquietaba.

Lo siguió a una distancia prudente, aunque sin la certeza de que él no la hubiera descubierto. Hubo de apretar el acelerador y hacer cambios bruscos de carril para no perderlo, unas técnicas que seguramente prohibían los manuales de persecución. Se preguntó si existiría algo así. Probablemente sí. Tendría que preguntarle a su padre y pedirle que le pasara la copia del que utilizara Scotland Yard. Aunque fuera británico, no debía de existir tanta diferencia entre perseguir por la izquierda o hacerlo por la derecha.

Adelantó a una anciana que conducía con lentitud por el carril central de Belt Pkwy y volvió a colocarse a una distancia prudente del coche de Crawford. Además de las excusas, ¿qué iba a decirle? ¿Tenía derecho a pedirle explicaciones? ¿Lo tenía para exigirle que le contara lo que hubiera averiguado? ¿Y para enfadarse? Aceleró cuando él salió de Belt Pkwy y se adentró en las calles de Springfield Gardens. Dos días atrás, no habría sentido ningún reparo en ponerle contra las cuerdas, pero ahora... El coche de Crawford tomó Willow Street y se detuvo ante el número 7. Ahora no sabía qué hacer. Aparcó tras él justo cuando se bajaba. Él se dio la vuelta y la miró.

—¿Por qué me está siguiendo, señora Starling?

Definitivamente tendría que pedirle a su padre uno de esos manuales.

—Porque no me coge el teléfono. Una actitud muy desagradable por su parte. —Ahí estaba la Anne de siempre, bajo el atuendo mordaz y frívolo que solía vestir.

—Me dijeron que había telefonado, pero no he tenido tiempo de

responder a sus llamadas.

—¿Ocupado?

—Mucho.

—Tendrá que ponerme al día. —Se había acercado a él, hasta colocarse a unos centímetros del abrigo de piel de camello que llevaba puesto. Sabía de sobra que su proximidad le ponía nervioso y la mejor estrategia para ganar una batalla consistía en golpear primero. Atrás habían quedado sus dudas de hacía un momento. Le miró a los ojos y no descubrió en ellos resto alguno de enfado —. ¿Qué hacemos aquí? —preguntó.

—Yo investigo un asesinato; usted, curioseosa.

Anne no percibió el tonillo burlón habitual en sus respuestas. Quizá se había equivocado al leer en sus ojos el texto que deseaba encontrar y no el que realmente estaba escrito.

—¿Me echa de su lado?

—¿Echarla? Nunca la acepté.

—¿Ah, no?

Crawford la miró.

—¿Qué le hace creer que sí lo hice?

—¿Que, aunque no lo reconozca, ha investigado un caso que comenzó con un secuestro por parte de una boa? ¿Que ha superado su temor a los allanamientos de morada? ¿Que comparte conmigo sus descubrimientos, incluso cuando se hace el ofendido porque husmeo en su cuaderno secreto?

—Todo eso se llama educación y delicadeza.

—Entiendo. —Las miradas de ambos se desafiaron. Anne se preguntó si aquel reto era como los de siempre: la suya, una provocación; la de él, una bravata. Bajo los primeros copos de nieve que caían aquel día, se decidió a salir de dudas—: ¿Es así de educado con otras mujeres?

El reto se prolongó unos segundos antes de empezar a diluirse entre un montón de palabras silenciadas y engullidas con dificultad.

—¡Buenos días!

Los dos se volvieron hacia la voz que había saludado. Un anciano, vestido con pantalón de franela y un batín de lana les saludaba con la mano desde la puerta del número 7.

—Buenos días, señor Rinehardt —dijo Crawford—, sé que no le he

llamado para concertar una cita, pero necesito hacerle una pregunta. ¿Podría recibirme, recibirnos?

Anne sonrió. Estaba de vuelta.

El anciano les sirvió una taza de café que llevó junto a un platito de pastas hasta el salón. Sentados en el sofá de dos plazas, tan juntos que tocarse era inevitable, le esperaban Anne y Crawford.

—¿Y bien? —Rinehardt dio un sorbo a su taza y luego limpió la carbonilla que había quedado en la pipa, antes de encenderla de nuevo y aprovechar el tabaco que había debajo.

Crawford pasó las manos por las perneras del pantalón. El sofá era tan bajo, que las rodillas se elevaban por encima de la cadera como el cambio de rasante en una montaña rusa. ¿Había ido a casa de aquel anciano para qué? No tenía ningún plan previsto, sólo un montón de caminos abiertos. Anne Starling cruzó las piernas. Sus rodillas también destacaban como una atracción de feria que se eleva hacia el cielo. Ahora, además, se exponían como una tentación.

—¿Fue usted quién ordenó el análisis del Nuestra Señora? —preguntó ella.

Crawford giró la cara y la miró. Aquél no era uno de los caminos abiertos que se abrían ante él, pero le había sacado del apuro.

—Sí —contestó Rinehardt.

—¿Y por qué hizo analizar el aparejo? ¿No habría sido más sencillo utilizar una esquirla de madera?

—¿Arrancada del Nuestra Señora? De ningún modo. Eso habría sido como una profanación.

—¿Y extraer una hebra del velamen de la maqueta no?

—También, pero menos dolorosa. ¿Es usted policía?

—Sí.

—No.

Las respuestas de Anne y de Crawford se mezclaron.

—¿Sí o no?

—No, no lo es —dijo Crawford—. Se trata de A...

—Aileen Greene, consultora para el cuerpo de policía. Mucho gusto. — Anne le tendió la mano.

Rinehardt la tomó y devolvió su atención a Crawford.

—He leído en el periódico que Snow ha sido asesinado.

—Sí.

—¿Su muerte tiene algo que ver con aquel infausto suceso?

—Sólo intentamos ahondar en la vida del señor Snow —dijo Anne—. De momento, mal que nos pese, no tenemos una teoría fundada.

Crawford la miró con el ceño fruncido, pero no dijo nada. Anne se llevó la mano a la nariz y la frotó con el dedo índice.

—¿Le molesta el humo, señorita Greene? —preguntó el anciano—. Discúlpeme, he sido un grosero por no pedirle permiso para fumar.

—No es el humo de la pipa, señor Rinehardt. Adoro su olor. Me recuerda a mi infancia. Mi padre siempre ha fumado en pipa y la casa donde vivíamos estaba impregnada por su aroma. Es una fragancia deliciosa que me lleva de vuelta a tiempos muy placenteros. Sin contar con que el fumador de pipa resulta siempre un hombre mucho más interesante que el que consume cigarrillos.

—Enternecedor —dijo Rinehardt—, aunque, si me lo permite, con ciertos tintes freudianos.

Anne sonrió.

—No queremos molestarle más —Crawford se puso en pie y ella lo imitó.

—Su visita nunca es una molestia, inspector, y en esta ocasión —Rinehardt miró a Anne— mucho menos.

Crawford sostuvo la puerta del automóvil cuando Anne la abrió.

—¿Aileen Greene?

—¿No le gusta?

—No. Prefiero Anne, pero sobre todo quiero que me explique por qué no ha querido dar su nombre auténtico.

Anne apoyó la mano en el marco de la portezuela, muy cerca de la de él. Sopesó la posibilidad de contarle el ataque que había sufrido la noche anterior, al abandonar el apartamento de la señora Lacey, pero decidió que no lo haría. No quería que él le prohibiese continuar en el caso y esta vez, además, se asegurase de que obedecía.

—No me ha gustado.

—¿Quién? ¿Rinehardt?

—Sí.

—Creí que le caería bien. Fuma en pipa, como su padre, y le despierta recuerdos de la niñez. Un perfecto ejemplo de anciano entrañable.

—Que sin embargo fuma puritos. No es un ejemplo tan entrañable.

—¿Puritos?

—¿No ha notado el olor?

Crawford negó en silencio.

—Son incompatibles.

—¿La pipa y los puritos?

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

—El sabor y el aroma del tabaco de una pipa es irreconciliable con el mal gusto.

—¿Habla de distinción?

—En cierto modo. Hablo de estética, de sensibilidad y de simple placer.

—Si me permite la indiscreción, usted fuma cigarrillos.

Ella lo miró con vehemencia.

—Si cree que fumar en pipa me haría más atractiva, dígalo sin ambages.

—¿Abandonaría los cigarrillos en favor de la estética, la sensibilidad y el puro placer? —Crawford se echó a reír.

—Es posible. ¿Está enfadado conmigo?

Arthur bajó la vista hacia ella. La carcajada se había esfumado como por ensalmo.

—No —contestó.

—Aun así, deje que me disculpe. —Anne movió la mano hacia la de él y la rozó con los dedos. Durante unos instantes, ambos observaron el discreto contacto que tenía lugar sobre el marco de la portezuela. —Siento haberme tomado la licencia de visitar a su capitán en compañía de Lucy.

—Una licencia que le pedí expresamente que no se tomara y una petición que usted, una vez más, desestimó por su cuenta.

—¿Es que no acepta mis disculpas?

—¿Podría no hacerlo?

Anne bajó los ojos azorada. Lo peor de ese atuendo mordaz y frívolo con

el que cubría sus debilidades es que se lo ponía ante un hombre bueno.

—Al menos permítame la pataleta de reñirla y usted acéptela humildemente —dijo él—. ¿Esa expresión cabizbaja significa que la acepta?

—Le oyó preguntar.

—¿Le vale así?

—Si es sincera, sí.

—Lo soy. —Le miró y él asintió en silencio—. ¿Ahora me contará el motivo de su visita a Rinehardt?

—Ya está de vuelta la señora Starling de siempre. Podría haber seguido siendo humilde unos segundos más. Me habría facilitado muchísimo aceptar como auténtica esa sinceridad que dice que siente.

—Si lo desea, podremos repetir esta escena más adelante, inspector.

Crawford sonrió y ella experimentó la sensación de que todo volvía a la normalidad.

—Vaya ensayando —dijo—, porque tendrá que representarla unas cuantas veces para lograr que me olvide de esa imagen.

—¿Qué imagen?

—La de usted y la señora Hetfields en el despacho de mi capitán.

—¿Sabe que eso no representará ningún problema para mí, verdad?

—Lo sé de sobra, pero aun así.

Se echaron a reír. Sólo después se percataron de que sus dedos todavía seguían en contacto. Los separaron.

—Todavía no ha contestado a mi pregunta —dijo.

—¿Qué pregunta?

—La de por qué ha venido a visitar a Rinehardt. Ahí dentro me dio la impresión de que no tenía una razón clara.

Crawford no contestó.

—¿La tenía?

El policía negó con la cabeza.

—No. Cada hora que pasa recabamos más datos, pero sigo sin saber qué hacer con ellos.

—Puede que yo tenga una idea —contestó ella y Crawford levantó una ceja—. ¿Podemos ir al apartamento del señor Snow?

—¿Para qué?

—Hay algo que me gustaría comprobar.

—Primero tendría que pasar por la comisaría a buscar las llaves. Esta vez no será necesario subir por la escalera de incendios.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? —Crawford levantó una ceja—. ¿No prefiere que forcemos la cerradura?

—¡Claro que no! No soy un criminal sin remedio. Concedo que en ocasiones podemos acatar la ley y, cuando se da esta circunstancia, me acomodo a ella sin problemas.

Crawford se giró hacia su coche, meneando la cabeza.

—Sígueme —dijo él— y procure no perderme.

—Tranquilo. Esta vez no tendré que esconderme.

Cuando arrancó el motor, Anne le imitó. Iba a meter primera, pero se detuvo. Crawford había bajado del coche y volvía hacia ella.

—¿Qué pasa? —preguntó con la ventanilla bajada.

—Tendremos que aplazar lo de Snow. John Tamber ha sido asesinado.

—¿Quién?

—El exmarido de Sarah Lacey.

Glen Island

Crawford condujo con rapidez entre el tráfico congestionado de la mañana. Anne había dejado su coche aparcado frente a la casa del señor Rinehardt y ahora ocupaba el asiento del copiloto.

—John Tamber, el marido castigado a no aparecer en la foto de bodas. ¿Cree que tiene algo que ver en todo esto?

Crawford dio un volantazo y adelantó a un camión de reparto.

—No lo sé, pero me parece una extraña coincidencia.

Abandonó Pelham Road y tomó el Glen Island Approach. Cruzaron la isla de Neptuno y poco después llegaban a Glen Island. Junto al club de remo de Pelham ya había varios coches patrulla y una cinta amarilla rodeaba la escena del crimen.

—Quédese aquí —dijo él cuando se bajó del coche.

—Ni en broma.

Anne se arrebujo en el abrigo y lo siguió. Nadie dijo nada cuando se coló tras Crawford, por debajo de la cinta policical de la que un agente tiró hacia arriba para facilitarles el paso.

La tierra húmeda había absorbido casi toda la sangre, aunque aún podían verse restos de nieve sucia manchada de rojo. Estaba tumbado de lado, pero era obvio que le habían rajado el cuello. Crawford rodeó el cadáver a unos pasos de distancia hasta colocarse frente al rostro. Anne le siguió.

—¡Dios mío!

Crawford se volvió hacia ella al oír la exclamación.

—¿Qué ocurre?

Anne se cogió del brazo de él y el policía la aferró con fuerza.

—¿Se encuentra bien? Le dije que se quedara en el coche.

—Estoy bien.

Crawford observó el rostro de la mujer, mientras ella permanecía quieta, sin apartar la vista del cadáver.

—No lo está. Venga conmigo.

Sin dejar que se soltara de su brazo, la llevó hasta el coche y la obligó a sentarse.

—Quédese aquí. Volveré enseguida.

Por una vez, ella no protestó ni hizo ningún comentario sarcástico. Asintió con la cabeza y abandonó la mirada a un vagabundeo que Crawford no se esforzó en seguir. Media hora después, los dos se encontraban frente a frente de nuevo, sentados a la mesa de una cafetería. Ella con la vista fija en su taza; él, en aquellos párpados que no hacían ningún esfuerzo por levantarse y dejar que los ojos verdes le desafiaran con una sonrisa burlona o con un comentario mordaz.

—¿Y bien? —preguntó. Anne removía la cucharilla. Crawford empezaba a saber leer en aquella mujer—. ¿Qué sabe usted que yo ignoro?

—Conozco a ese hombre —dijo sin despegar la vista del líquido oscuro que giraba como un torbellino dentro de la taza.

—¿A John Tamber?

Ella asintió en silencio.

—¿De qué? —Crawford alargó la mano y la cogió por la muñeca. Ella

detuvo el desenfrenado remover y alzó lo ojos. Se miraron un instante.

—Es el hombre que me atacó anoche —contestó.

Crawford aflojó la presión y los dedos quedaron apoyados sobre el brazo de ella, como sin vida. Sus miradas no huyeron la una de la otra, pero reflejaban un mundo muy distinto. En el de ella asomaba un temor aplazado que comenzaba a encontrar la quietud ansiada; en el de él, la sorpresa dio paso al espanto y luego, al enfado.

—¿Anoche un hombre la atacó y no me lo había contado? Señora Starling, por favor, dígame que no es verdad.

—Entonces le mentaría.

—¿Dónde la asaltó? ¿Qué le hizo? ¿Por qué no me llamó?

Anne levantó una mano y le obligó a callar.

—No sabía cómo hacerlo.

—¿Cómo hacer qué?

—Cómo contárselo.

Crawford cerró los ojos un momento.

—No vuelva a hacerlo. —La miró y los dedos se cerraron en torno a su muñeca de nuevo—. ¿Me ha entendido? No vuelva a hacerlo. Nunca.

El tintineo de los platos y los vasos que un camarero recogía de las mesas llenó el espacio y el silencio que se hizo entre los dos. Crawford extendió los dedos y le agarró la mano. Anne no la retiró.

—¿Qué pasó?

—Supongo que debía de estar esperándome a la salida del apartamento de la señora Lacey. No me di cuenta de que me seguía hasta que lo tuve encima, en ese callejón próximo al portal. ¿Sabe cuál es? —Crawford asintió—. Me empujó hasta que nos envolvió la oscuridad.

—¿Y?

—Me preguntó qué sabía de Anthony Snow.

Crawford se echó hacia atrás, pero no le soltó la mano. Volvió a cerrar los ojos durante unos segundos. Cuando los abrió, ella le estaba mirando con una intensidad desconocida para él hasta entonces. Se inclinó de nuevo hacia delante, tanto que la mesa desapareció entre ambos

—¿Le hizo daño? —susurró.

—No. —Anne negó con ímpetu, moviendo la cabeza de un lado a otro—.

No le dio tiempo.

Crawford levantó una ceja.

—Un hombre apareció y me salvó.

—¿Qué hombre?

—No lo sé. Nunca lo había visto.

—¿Podría describirle?

Anne asintió.

—Acábese el café —Crawford retiró la mano y la cerró con suavidad, como si quisiera conservar en su interior el contacto de la de ella—. Iremos a comisaría y hará un retrato robot.

CAPÍTULO 15

12th Precinct

—No —Anne negó con la cabeza—, la nariz era más fina.

El dibujante retocó la imagen que estaba componiendo de acuerdo con las instrucciones. Crawford miró por encima del hombro de ella.

—No parece Tim —dijo.

—Es que no era él.

—¿Está segura?

—Por completo. El hombre que me salvó tenía un aire eslavo, el pelo cortado a cepillo y era robusto como un jugador de rugby, ya se lo dije.

El dibujante les mostró el resultado y los dos lo miraron.

—No me suena de nada.

—No creería que iba a describir a uno de sus amigos, inspector.

—Muy graciosa. Quiero decir que no he visto a nadie parecido a él en ninguna de las fotografías que he encontrado en los expedientes del caso.

—Podríamos llevársela al práctico de Newark.

—¿Por si fuera marino?

—Sí. Está claro que Newark es un punto clave en el caso Snow.

—¡Crawford! —Jones lo llamó desde el otro lado de la sala de homicidios—. He encontrado algo. —Se acercó hasta ellos con unos documentos en la mano—. John Tamber alquiló un coche ayer por la tarde en New Haven que devolvió en las oficinas de Rent a car en Flushing.

—¿A qué hora devolvió el coche?

—A las seis y trece minutos.

—¿Y usted —Crawford se volvió hacia Anne— a qué hora salió de casa de la señora Lacey?

—Sobre las ocho y media.

—Tuvo tiempo de sobra para llegar hasta allí.

—E incluso para tomarse un café —dijo Jones.

—Quiero saber qué hacía Tamber en New Haven.

Jones asintió y volvió a su escritorio.

Crawford se sentó ante el suyo, con el retrato robot frente a él. Anne le

imitó, en una silla que un agente había colocado junto a la mesa del inspector.

—¿Quién es este hombre? ¿Qué hacía Tamber en New Haven? ¿Y qué tiene todo esto que ver con Anthony Snow?

—Un tesoro.

El policía la miró.

—¿Cómo?

—Un tesoro perdido en el fondo del océano a causa de un temporal hace tres siglos.

—¿De qué me está hablando, señora Starling?

—Lo empecé a entrever hace un par de noches —dijo ella.

—¿Y cómo se ha aguantado las ganas de contármelo hasta ahora? Es aún mejor que lo de la boa.

—No me ha dado oportunidad de hacerlo. Y no sea cáustico, señor Crawford —Anne le golpeó con los dedos en el antebrazo—, ¿no se acuerda de los elefantes lanudos?

Él se echó hacia atrás en su sillón, con el dibujo del hombre misterioso aún en las manos, y la observó paciente.

—Venga, cuénteme la historia.

—Hace dos noches hice un listado de las cosas que teníamos...

—Yo también y ni por asomo llegué a esa conclusión.

—Porque usted es un policía y yo un espíritu redimido.

—¿Redimido de qué?

—De la tiranía de juicio que les enseñan en la Academia. Aprendí de mi madre.

—Creí que el poli era su padre.

—Por eso aprendí de ella.

—Venga —Crawford agitó las manos y el papel con la imagen del desconocido Ángel de la Guarda que la había salvado la noche anterior aleteó entre los rostros de ambos—, no se vaya por las ramas y cuénteme la historia de una vez.

—¿Ve? Por mucho que se esfuerce en disimularlo, le apasionan mis razonamientos.

—Señora Starling...

—Ya voy, no se impaciente. Al darle vueltas al caso, me pregunté qué unía

a Anthony Snow con el señor Lacey. Snow era un virtuoso del maquetismo, capaz de vivir de su arte, al menos, hasta el infeliz suceso del Nuestra Señora de las Nieves. He investigado los precios por los que vendía sus maquetas y le aseguro que me habría encantado tener una amistad tan férrea con el señor Snow como la que le unía al señor Lacey.

—¿Para que le regalara un barco en miniatura?

—A James le encantaría.

—Vale —Crawford detuvo ese giro de la conversación con un movimiento de la mano—, ¿y qué más?

—Anthony Snow llevaba muy poco tiempo viviendo junto a los Lacey.

—Lo sé. Se mudó allí poco después de que le expulsaran de la asociación. El propio Rinehardt me lo dijo: se retiró de la vida pública y no volvió a asistir a ningún acto relacionado con el maquetismo. La expulsión debió de humillarle demasiado. Por otra parte, es probable que sus ingresos bajaran tanto que se vio obligado a mudarse y a abandonar la cómoda casa que tenía en Queens por el apartamento en un barrio mucho más modesto, el que podía permitirse un obrero de la prospección petrolífera...

Crawford abrió la boca y miró a Anne.

—Sí, yo también pensé en ello cuando llegué a esa conclusión —dijo ella—. ¿Ha investigado las cuentas de Snow?

El negó con la cabeza y se volvió hacia su compañero.

—Jones, pide un extracto de la cuenta bancaria de Snow. Quiero saber cuánto dinero tenía.

—Probablemente el suficiente para poder seguir viviendo en su cómoda casa de Queens —continuó Anne—. Que se mudara junto a los Lacey responde al hecho de que Austin Lacey trabajó en una plataforma petrolífera y podía ayudarle a conseguir la maquinaria necesaria para hacer prospecciones marítimas.

Crawford dejó el papel con la imagen del retrato robot sobre el escritorio y se acercó a ella, como si deseara que nadie más escuchara lo que iba a decir.

—¿Snow andaba a la caza de un tesoro?

—Ésa es mi teoría. Investigué en la Biblioteca Pública de Nueva York. —dijo ella—. El Nuestra Señora de las Nieves fue un galeón español que se hundió cerca de estas costas en el siglo XVII, pero...

—¿Qué?

—Se desconoce el lugar exacto en el que zozobró.

—¿Por eso Snow intercambió la maqueta? ¿Cree que en ella puede encontrarse escondido el lugar donde ocurrió el naufragio?

—¿Qué otra razón podría haber?

—Vale —Crawford sacó el cuaderno especial del caso Snow y un bolígrafo—, veamos: Snow descubre que en la maqueta del Nuestra Señora de las Nieves puede encontrarse la ubicación en la que el galeón naufragó hace tres siglos, así que roba la maqueta y en su lugar deja una copia realizada por él mismo.

—Es tan buena que nadie se habría dado cuenta de no ser porque Alden Rozelle le sorprendió in fraganti.

—Y eso le supone la expulsión de la asociación y, quizá —añadió Crawford—, el ostracismo.

—No creo —Anne negó con la cabeza—. ¿Detective Jones, ha conseguido los datos de la cuenta bancaria de Snow?

—Aún no, pero sí las propiedades que posee. Ni en cinco vidas ahorraría lo suficiente para poder permitírmelas.

Anne se volvió hacia Crawford.

—¿Lo ve? Snow se retiró del mundo del maquetismo porque perseguía un pez muy grande. Y también se mudó junto a los Lacey por eso.

—Bien —dijo Crawford—, sigamos: acude a Lacey para que le ayude a realizar una prospección marítima que corrobore que sus datos acerca del lugar del naufragio son ciertos. Pero necesitan un barco.

—De modo que acuden a Tim Wadlow para alquilar el Killer Whale y así es como entra éste en la historia.

—Parece lógico —admitió el policía—, ¿pero y Tamber? ¿Qué pinta en todo esto?

—Puede que yo tenga la respuesta —Jones estaba al teléfono. Acabó de garabatear una nota y colgó—. El Freedom amarró ayer en New Haven poco antes de que Tamber alquilara el coche —dijo.

—Lo cual demuestra que Wadlow y Tamber eran cómplices. La llamada radiofónica que recibimos en el Whale Killer mientras lo registrábamos procedía del Freedom. ¿Sigue en puerto? —preguntó Crawford.

Jones asintió.

—Podríamos entrar a echar un vistazo —sugirió Anne.

—¿Cómo, señora Starling? —Jones la atajó desde su escritorio—. No tenemos orden de registro así que no podemos entrar en el yate a menos que cometamos un allanamiento de morada.

—No, claro. Eso sería impensable, detective.

Crawford desvió la mirada y cerró los ojos un instante. No podía creer lo que estaba oyendo.

—Y, sin embargo —dijo—, necesitamos una excusa para entrar en ese yate. ¿Alguna sugerencia, Jones?

—Puede que la tengamos —el detective rebuscó entre los papeles que tenía acumulados encima de su mesa—. Esta mañana una prostituta ha puesto una denuncia en el puesto de policía de New Have. Según consta en ella: «El patrón del Freedom ha abusado del trato al que llegaron cuando se embarcó junto a él como acompañante y la ha maltratado de forma inhumana». El informe médico habla de quemaduras de cigarro, cortes con navaja, golpes...

—Suficiente —dijo Crawford—. Pide a la policía de New Have que entre en ese yate. ¿Nosotros dónde estábamos? —Se volvió hacia a Anne.

—En que Snow y Lacey habían acudido a Tim Wadlow para alquilar su barco y en que John Tamber y el marino eran cómplices.

—Este detalle es lo que no me cuadra en toda esta historia —se quejó Crawford.

—Quizá se conocían.

—¿Wadlow y Tamber?

Anne se encogió de hombros:

—¿Por qué no?

—Es posible, pero me resulta demasiado...

—¿Acomodado a la historia?

—Sí —admitió Crawford—. Esto no es una novela de detectives. Es la vida real y las coincidencias raramente se dan. Veamos..., Snow y Lacey encuentran el paradero de un tesoro procedente de un barco hundido, acuden a Wadlow para alquilar su barco y entonces ¿qué?

—Riñeron. Me lo contó el práctico de Newark. Tim Wadlow se puso hecho una furia con Snow y Lacey, que no volvieron a pisar el puerto.

—No es difícil conjeturar por qué —dijo Crawford—. Probablemente desconfiaron de él. Sin embargo, es bastante posible que para entonces Wadlow se hubiera olido el pastel, en cuyo caso no iba a dejar que esos dos se fueran tan fácilmente. ¿Qué hace?

—Se pone en contacto con el yerno de Austin Lacey —dijo ella.

—Y ya tenemos a John Tamber en la partida. Aunque este punto sigue sin cuadrarme.

—Lo resolveremos más tarde. Sigamos: secuestran a Snow, lo encierran en el Killer Whale y Tim lo tortura para obtener la información sobre el paradero del naufragio del Nuestra Señora, mientras, John Tamber la aguarda en un yate...

—Nuestro Freedom —la interrumpió Jones, que se había acercado hasta ellos—. Acaban de registrarlo. Va equipado con todo lo necesario para realizar una prospección marítima.

—Eso parece respaldar nuestras suposiciones. Sin embargo, seguimos varados: Snow está muerto, Tamber está muerto y Wadlow y Sarah Lacey, desaparecidos.

—¿Sarah Lacey está desaparecida? —Anne levantó las cejas y fijó la vista en los ojos de Crawford.

—¿No se lo había dicho?

—No.

—Lleva varios días sin ir al trabajo... ¡Espere! —Crawford palmeó la superficie de su escritorio—, Sarah es el nudo que une a Wadlow y Tamber.

—¿Cree que su exmarido la secuestró?

—O ayudó a hacerlo, quizá en previsión de que Snow no revelara la ubicación del galeón hundido.

—Entonces Sarah está en manos de un marino sin escrúpulos y torturador. Hay que encontrarla.

—Ya, pero cómo —Crawford había agarrado el borde del escritorio con tal fuerza que los nudillos se le habían vuelto blancos. Anne le pasó los dedos por la mano.

—Relájese —dijo—. Tiene que haber algún cabo del que podamos tirar.

—¿Quizá usted misma? —Crawford la miró a los ojos. Apartó la mano del escritorio al verlos y el contacto con la de ella desapareció—. ¿No se ha

preguntado por qué John Tamber sabía que usted tenía información sobre el caso? ¿Y por qué estaba aguardándola ayer a que saliera de la casa de la señora Lacy? ¿Cómo sabía que iba a ir a visitarla?

Anne sonrió.

—¿Porque se lo dijo ella? —Extendió la mano y la apoyó en el antebrazo de Crawford—. La telefoneé antes de salir de la universidad para decirle que iba a pasar a verla. Era la única, aparte de mí misma, que lo sabía.

Crawford se levantó.

—Ahí está nuestro cabo. Ha llegado la hora de que tengamos una conversación seria con Ángela Lacey. Sin boas ni tuberías de por medio. ¿Viene conmigo, señora Starling?

—¿Acaso lo dudaba, inspector?

Un sótano, en alguna parte de Nueva York

—¿Por qué lo llevaste a Glen Island? ¿No podías haberlo traído aquí? — El hombre golpeó la repisa de la chimenea y se giró hacia su invitado.

—Iba a interrogarlo, ¿cómo quieres que lo hiciera en tu casa? —A Tim le pareció que el anciano estaba demasiado nervioso para entender su decisión—. A esas horas de la noche en Glen Island no hay nadie.

—Pero acabaste matándolo.

—Se revolvió, me amenazó con una navaja. No tuve otra opción.

—Y no le arrancaste ni una pizca de información.

—Me juró que no sabía nada.

El anciano se colocó de espaldas a la chimenea. El color del fuego reverberaba por detrás y le daba un aspecto fantasmagórico. Se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz. Tim le oyó respirar pesadamente.

—Tú tienes que desaparecer —dijo.

—¿Y así podrás quedarte con todo? —Tim negó con la cabeza y se acercó al hombre, hasta situarse a sólo unos centímetros de él—. No. Ya he perdido mi barco y tengo a la pasma pisándome los talones. Acabaremos con esto y luego será cuando desaparezca.

El anciano levantó la cabeza y lo miró fijamente. Le rodeó y se dirigió al

sofá, en el que se sentó. Cruzó las piernas y volvió a mirarlo.

—Explícame tu plan —dijo.

—Vamos a coger a esa niña —Tim señaló hacia la puerta que conducía al sótano— y vamos a hacer que nos cuente dónde demonios está el puñetero tesoro. Si no habla, traeremos a su madre aquí y le haremos pasar un buen rato delante de ella.

—Un plan muy sutil.

Tim arrojó al hogar el purito que estaba fumando y se acercó al anciano:

—Es el único que nos queda.

El anciano expulsó el aire de los pulmones lentamente, volvió a frotarse el puente de la nariz y luego se puso las gafas.

—Ve a por la madre —dijo.

CAPÍTULO 16

Apartamento del señor Snow

—¿Señora Lacey? —Crawford golpeó la puerta del apartamento de los Lacey mientras la llamaba a gritos.

—No está sorda —dijo Anne— y hay un timbre. —Lo presionó y el dingdong sonó dentro, pero nadie contestó.

—No está —Crawford había pegado el oído a la puerta—. No se oye nada.

—Debería lavarse los oídos, inspector.

—¿Por qué?

—Yo sí oigo algo.

—¿Ahí? —Crawford señaló la puerta de los Lacey.

—No —Anne se giró y se acercó a la de Snow—, aquí —dijo—. Señora Lacey, abra, por favor, tenemos que hablar con usted.

La madera del suelo crujió en el apartamento de Anthony Snow.

—Vamos, Ángela —insistió Anne—, la estamos oyendo.

—¿Me permite? —Crawford la tomó por el brazo y la apartó de la puerta. Introdujo en la cerradura la llave del apartamento de Snow que tenía la policía y abrió. A unos pasos de la entrada, Ángela Lacey los miraba con los ojos muy abiertos. Tenía un libro en las manos que cayó al suelo justo antes de que las lágrimas comenzaran a rodarle por el rostro.

—Van a estropearlo todo. —La mujer se tapó la cara con las manos—. ¡Váyanse, por favor!

—Queremos ayudarla, Ángela —Anne la tomó por la cintura y la condujo hacia el salón—, pero tiene que contarnos qué está ocurriendo.

El saloncito de Anthony Snow estaba iluminado sólo por la lamparilla de lectura que había junto al sofá. La anciana se sentó junto a ella, obediente a la invitación de Anne, pero no habló.

—¿Qué hace aquí, señora Lacey? —preguntó Crawford— ¿Y qué busca en ese libro?

—Nada —contestó la anciana.

—No es cierto. Busca un tesoro para encontrar a su hija.

Ángela Lacey levantó la barbilla hacia el policía y la luz de la lámpara iluminó su estupor.

—¿Cómo...?

—¿...lo hemos sabido? —La interrumpió él—. Nos ha obligado a dar muchas vueltas, pero al fin hemos encontrado el camino. Ahora debería ser franca con nosotros. Empecemos por John Tamber y por qué le advirtió de la visita que le hizo ayer la señora Starling.

Ángela Lacey apartó la mirada de la del inspector y la bajó hasta posarla en los ojos de Anne, que se había sentado a su lado.

—No quería que le hicieran daño. Créame. Él dijo que...

—¿Que mataría a Sarah? —preguntó Crawford.

—¿Dónde está su hija, Ángela? —Anne cogió las manos de la señora Lacey, las apretó entre las suyas y un mar de lágrimas, por el que podrían haber navegado las réplicas de los galeones que llenaban el salón de Anthony Snow, anegó los ojos de la anciana.

—No lo sé —gimió—, pero si ellos se enteran de que estoy hablando con la policía, la matarán.

—No lo harán —Anne se volvió hacia Crawford—. Siéntese, inspector, y hágale compañía. Luego desapareció por el pasillo.

Cuando se quedaron solos, Crawford tomó asiento en una butaca, frente a la anciana. Temblaba y no estaba fingiendo.

—¿Qué quería su yerno de la señora Starling?

—Dijo que sabía dónde estaba el... tesoro. ¿Cómo lo han descubierto?

—Usted no sabía lo que hacía cuando acudió ella —Crawford señaló hacia el pasillo por el que se había marchado Anne y por el que retornaba en aquel momento.

—¿Hablan de mí a mis espaldas? —Le tendió a la señora Lacey un platito con una taza de té—. Tómesele. Le sentará bien.

—Gracias. —La anciana dio un pequeño sorbo y posó la vista en Anne—. Oí hablar tan bien de usted que no lo dude. La situación era desesperada. Necesitaba que encontrara a Anthony para que pudiera decirme dónde está se encuentra el galeón hundido.

—La boa y todo eso... —dijo Crawford.

—Pensé que era un buen modo de distraer la atención de la señora

Starling. —Ángela Lacey se sonrojó—. Supuse que me tomaría por una loca cotilla que perseguía a su apuesto vecino.

—Pues no lo consiguió. —Crawford le tendió su pañuelo para que se secara el rostro, aún húmedo por las lágrimas—. No sabe con quién fue a dar.

La anciana asintió.

—He tenido oportunidad de comprobarlo.

—Veo que en realidad les da igual que esté presente. Siguen hablando de mí como si no existiera. —Anne arrancó el pañuelo de las manos de Crawford y limpió la cara de la anciana—. Pero les recuerdo que deberíamos estar hablando de Sarah. ¿No tiene idea de dónde pueden haberla llevado?

Ángela Lacey negó con la cabeza.

—Jack me dijo que sus acreedores la habían secuestrado. Cuando mi marido aún vivía, le oí hablar de un tal Manzini.

Anne miró a Crawford.

—Es un mafioso —aclaró el policía—. Tiene negocios sucios por todo Nueva York, entre ellos varios casinos.

—Jack le debía mucho dinero —dijo la señora Lacey—. Desde que se casó con Sarah fue un problema. Sus deudas lo ahogaban y nos pedía dinero constantemente. Austin se hacía el duro, pero un día Jack nos dijo que no era por él, sino por Sarah. Manzini le había amenazado con hacerla daño si no pagaba las deudas. Austin pidió un préstamo que avaló con la casa, pero no fue suficiente. Jack siempre necesitaba más. Era como vivir en el ojo de un huracán que nunca pasa. Austin le dijo que no podía darle más dinero y que, si alguien hacía daño a nuestra hija, se ocuparía personalmente de que Manzini dejara de ser su principal problema. Yo sabía que Austin no hablaba en serio. Era un buen hombre. No tenía medios para hacer frente a Manzini. Ni siquiera a Jack. Le supliqué que pidiera otro préstamo, pero Austin aseguró que no se lo darían. Ni siquiera podíamos hacer frente al primero.

»Entonces apareció Anthony. Llegó a principios de año, cuando el problema de Jack estaba en pleno apogeo y Austin presionaba a Sarah para que se divorciara de él. Enseguida se hicieron amigos. Me sorprendió. Mi marido no estaba para relaciones sociales en aquel momento. Luego supe por qué a Anthony le había resultado tan sencillo hacerse con su amistad.

—Le había prometido la mitad de un tesoro fabuloso si le ayudaba a

encontrarlo —vaticinó Anne y la señora Lacey asintió.

—Sí —dijo—. Yo no lo sabía. Al principio Austin no me lo contó. Pero Jack siguió presionándonos y yo le supliqué a mi marido que pidiera un nuevo préstamo. Estaba tan fuera de mí, que Austin se ablandó y me aseguró que todo se iba a solucionar. Me contó lo del tesoro, pero me hizo prometer que no diría nada. Sin embargo...

La voz de Ángela Lacey se ahogó en un silencio que Anne y Crawford respetaron durante unos segundos. Cuando la anciana levantó la cabeza, los dos estaban mirándola, aguardando a que continuara.

—Falté a mi promesa —dijo—. Una tarde, Jack vino a casa. Estaba sola y me habló con tanta dureza que creí morir. Me dijo que a Manzini se le estaba acabando la paciencia y que, si no conseguía más dinero, Sarah pagaría por él. Flaqueé. La idea de ver a mi hija en manos de un mafioso sin escrúpulos fue mayor que la lealtad que debía a la promesa hecha a mi marido. Así que le conté lo del tesoro.

Crawford meneó la cabeza.

—Gran error —dijo. Las dos mujeres le miraron—. No creo que Manzini esté involucrado en este asunto. No hemos encontrado ningún rastro que nos conduzca hasta él. Probablemente John Tamber sólo lo utilizó como elemento de presión.

—Anne se volvió hacia la anciana y le apretó la mano, para darle fuerzas.

—¿Y qué hizo? —preguntó.

—Nada. Sonrió como una hiena y se fue. No volvió a molestarnos.

—¿No volvieron a saber de él?

—No directamente, pero desde entonces lo vi con frecuencia rondando la calle. Aguardaba a que mi marido saliera y lo seguía. ¡Pobre Austin! Quise contárselo tantas veces, advertirle de que Jack era su sombra, pero no me atreví. Una noche vino un agente de policía. Habían encontrado el cuerpo de Austin en un callejón. Muerto a palos. Maldije a Jack y me maldije a mí misma por haber sido tan débil.

—¿Tamber mató a su marido? —preguntó Crawford.

—¿Quién si no?

—¿Por qué no lo denunció?

—Me juró que no había sido él. No le creí, pero tenía una razón más

poderosa que cualquier otra para no denunciarlo.

—Sarah —dijo Anne.

Ángela Lacey asintió y sorbió aire por la nariz.

—Jack me dijo que ahora dependíamos enteramente de Anthony para localizar el tesoro y pagar las deudas a Manzini. Era la única forma de salvar a mi hija. Jack comenzó a seguir a Anthony, pero la persecución se volvió absurda. Tras la muerte de mi marido, Anthony se encerró en su casa. Apenas salía para abastecerse de comida. Compró esa heladera en la que le encontraron y la llenaba de víveres. Pasaba semanas enteras sin asomar la nariz a la calle.

»Un día me armé de valor y lo visité. Le conté que sabía lo del tesoro y que mi hija estaba en peligro. Le pedí que me ayudara. Era un buen hombre. Me dijo que buscaría la manera de encontrar el dichoso galeón, pero me hizo prometer que Jack no obtendría ni un centavo. Lo que me diera sería para proteger a Sarah y para saldar el préstamo que Austin había pedido y a causa del cual ya habíamos recibido un aviso de desahucio.

La anciana se detuvo y Anne le tendió la taza de té.

—¿Qué pasó entonces, señora Lacey? —preguntó Crawford.

—Que Anthony y mi hija desaparecieron. La misma noche en que lo descubrí, un hombre me telefoneó y me amenazó: si quería volver a Sarah con vida, debería encontrar el lugar en el que Anthony escondía las coordenadas en las que el Nuestra Señora de las Nieves había naufragado. Me advirtió que no llamara a la policía o Sarah...—La anciana volvió a echarse a llorar. Anne la abrazó y Crawford se levantó e hizo una llamada telefónica.

Fuera el viento se había calmado y la nevada caía suave sobre los adoquines de la calle. Un hombre apostado en la esquina más cercana vio cómo el policía que acompañaba a la mujer del diplomático apartaba los visillos de la ventana que correspondía al salón del apartamento de Snow y echaba un vistazo a la calle. El hombre dio un paso atrás y se escurrió entre las sombras. Poco después, un coche patrulla aparcó frente al portal del edificio.

Tim juró entre dientes. El inspector y la mujer habían llegado a casa de los Lacey unos segundos antes que él. Los suficientes para que los viera entrar y

no pudiera llevarse a la anciana. Cuando el coche de policía se apostó frente a la entrada del edificio, Tim supo que la partida estaba perdida. Se escabulló en la oscuridad de la noche y huyó. Sólo quedaba Sarah, que ahora se había convertido en un problema al que tendría que darle solución. Caminó deprisa, en dirección a una boca de metro. Se olvidaría del tesoro por el momento.

—¿Pueden encontrar a mi hija? —preguntó, después de que se hubo calmado.

Anne y Crawford se miraron en silencio.

—Vamos a intentarlo, señora Lacey —dijo él.

—No, vamos a conseguirlo —Anne se levantó y recogió la taza de té ya vacía. La llevó a la cocina, buscó unos guantes de goma y cogió el estropajo. En el fregadero había otra taza con los posos de un café pegados al fondo. Anne vertió agua sobre ella y unas hebras se desprendieron del fondo y flotaron. Anne se quedó quieta, con la taza en las manos, estudiándola como si se tratara de un biólogo que intenta descifrar ante el microscopio el secreto de una enfermedad mortal. Entonces reaccionó. Dejó la taza en el fregadero y se quitó los guantes.

—¡Y vamos a hacerlo ahora! —dijo al llegar al salón. Crawford y la señora Lacey la miraron sin pestañear, como si se tratara de una aparición cuya existencia les resultara imposible de creer—. Tenemos que irnos —hizo un gesto al policía—, hay que darse prisa.

—¿Cómo ha sabido que es él? —Crawford conducía deprisa. La nieve no estaba cuajando, pero el piso se encontraba demasiado húmedo para que aquella velocidad no resultara peligrosa. Anne se agarró a la manivela que había sobre la puerta del copiloto y evitó que su cuerpo se inclinara hacia la izquierda cuando el policía tomó una curva con demasiada rapidez.

—Cuando dije que había que darse prisa no quise dar a entender que tendríamos que jugarlos la vida.

—Si su suposición es cierta, Sarah está en peligro y ahora sabemos cómo encontrarla —respondió él.

—Aun así, si morimos en el viaje no podremos rescatarla.

Crawford no hizo caso y siguió acelerando.

—Venga —dijo—, cuéntemelo. ¿Cómo ha sabido que es él?

—Da por sentado que tengo razón.

—Cuando he llamado a comisaría para pedir que una patrulla protegiera el portal de la señora Lacey, Jones me ha dicho algo...

—¿Qué?

—Déjeme que la sorprenda.

—¿Le ha contado dónde vamos?

Crawford negó con la cabeza.

—Entonces todavía no habíamos decidido que íbamos a ir.

—¿Y la radio? —Anne acercó la mano al salpicadero y pasó los dedos por el aparato de radio.

—No va —Crawford torció el gesto—. Tendremos que apañarnos nosotros solos. Usted se quedará en el coche.

—¿A eso le llama «nosotros»?

—Me va a obedecer, ¿verdad?

—No, si las órdenes son esas.

—Señora Starling, no es momento para discusiones. Se quedará en el coche.

Ella no contestó y Crawford tuvo la sospecha de que aquel silencio no respondía precisamente a una anuencia. Si era necesario, la esposaría.

CAPÍTULO 17

Un sótano, en alguna parte de Nueva York

A Sarah se le escapó una lágrima solitaria que rodó mejilla abajo. Le dolía todo el cuerpo y se sentía exhausta, como si hubiera nadado durante horas contra una corriente implacable que la alejaba de tierra cada vez más. En aquella batalla perdida, ella era la nadadora; el hombre del barco que había matado a Snow, el mar. Había luchado con ahínco, pero él no le había dado ninguna opción. Sabía lo que quería y actuaba en consecuencia. El problema para ella era que lo que aquel zafio marino deseaba era su muerte.

—Ya está —dijo cuando acabó de atarle los pies. Antes le había amarrado las manos a la espalda y la había amordazado. Se volvió hacia el anciano—. Ahora necesito tu coche.

—¿Qué vas a hacer con ella?

Sarah volvió la vista hacia el hombre que acababa de hablar. Había observado todo el proceso apartado en un rincón del sótano, como si quisiera distanciarse de lo que estaba sucediendo.

—Voy a arrojarla al mar.

—¿Viva?

Tim se encogió de hombros.

—No durará mucho. Le lastraré los pies. No queremos que su cadáver llegue flotando a Coney Island, ¿verdad?

—¿Pero por qué viva? Es una barbaridad.

—¿Quieres que la matemos antes?

Sarah clavó los ojos desesperada en el hombre que se hacía llamar Biff Hunt.

—Porque si es eso en lo que estás pensando, toma —El marino le tendió una navaja al hombre de la pipa—. Rájale el cuello.

—¡Por Dios, Tim! ¿No hay otra manera más humana de hacerlo? Tengo un revólver. —El anciano tanteó en el bolsillo de la chaqueta y sacó el arma de fuego.

—Si quieres que todo el vecindario oiga el disparo...

Sarah sintió un vahído y el sótano pareció oscilar a su alrededor. La luz de

la bombilla que colgaba del techo desprendió unos destellos que la cegaron. El tipo que la había atado llevó la navaja hasta el cuello y Sarah sintió en la piel el contacto del acero. Contrariamente a lo que se narraba en las novelas, estaba caliente. El tajante filo se incrustó en la piel, a la altura de la oreja izquierda. Sarah cerró los ojos. Prefería aquella muerte a la angustia de sentir cómo se hundía en las frías aguas del Atlántico. En un acto reflejo abrió la boca para respirar. Parecía como si el aire no encontrara el camino hacia sus pulmones, como si ya estuviera allí, en el agua, cayendo sin remedio hacia el fondo del mar en un final que nadie podría cambiar. Entonces el timbre sonó. Sarah abrió los ojos y vio a los dos hombres inmóviles, como si el tiempo los hubiera detenido.

—¿Quién coño es ahora? —La presión de la navaja sobre el cuello de Sarah se aflojó cuando Tim habló.

—Supongo que Rozelle. Me telefoneó hace un rato. Dijo que tenía algo que contarme.

—Pues sube y deshazte de él. Aquí hay que acabar pronto.

—He descubierto lo que te traes entre manos, Phil. —Alden Rozelle entró en la casa sin esperar a que su propietario le invitara a hacerlo. Se quitó el abrigo y la bufanda, y los arrojó sobre el respaldo de un sillón, en el saloncito.

El anciano levantó una ceja.

—¿En serio? —dijo, y sacó el revólver del bolsillo—. Es una pena que seas tan listo, Alden.

—¿Qué haces, Phil? ¿Qué significa esto?

—Lo sabrás enseguida. Al sótano.

Willow Street, 7

—Le digo que se quede aquí —Crawford echó el freno de mano y miró a Anne.

—Ni en sueños. Estamos juntos en esto.

—No hasta este punto, señora Starling. Éste es el momento en el que acaba el juego y empieza lo serio.

—¿Y lo serio es cosa suya?

—En efecto.

—Pues tendrá que detenerme. —Anne abrió la puerta del coche y salió. Había dejado de nevar, pero el frío era intenso. Cerró tras ella y oyó un gemido en el interior del automóvil. Crawford había intentado sujetarla y la puerta le había golpeado en la mano.

—¡Maldita sea! Es usted terca como una mula.

—Conozco mis atractivos, pero es momento para hablar de ellos. ¿Vamos?
—Tendió la mano hacia la casa del señor Rinehardt y le invitó a acompañarla.

—Se quedará detrás de mí —Crawford se había colocado delante de la puerta, tapándola con su cuerpo cuando tocó el timbre— y no hará ni dirá nada que atraiga la atención hacia usted. ¿Entendido?

—Cómo le gusta hacerse ilusiones.

Él la miró de reojo justo antes de que el señor Rinehardt abriera la puerta. El anciano no ocultó su asombro.

—¡Inspector, señora Greene!

—¿Sorprendido? —Crawford colocó la mano en el marco y adelantó un paso.

—No podría negarlo. ¿Les apetece entrar?

—Muchas gracias. Aquí hace frío. —Anne se coló por debajo del brazo del policía y entró en la casa.

Las cortinas estaban echadas, los leños chisporroteaban en la chimenea y una lámpara de pie completaba la atmósfera hogareña con una luz cálida. Los tres ocuparon los mismos asientos en los que se habían sentado durante la visita anterior. El señor Rinehardt encendió la pipa y los observó en silencio. La mano le temblaba.

—No diré que no me satisface su presencia, pero es un poco tarde.

—Parece que nuestras visitas intempestivas se están convirtiendo en una molesta costumbre. Quizá deberíamos disculparnos. —Anne sonrió y Crawford la miró con severidad. Si pensaba que iba a obedecerle, estaba listo.

—Señor Rinehardt —dijo Crawford—, tenemos la sospecha de que está usted metido en un lío.

El anciano ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—Ah, ¿sí? ¿Qué clase de lío?

—Secuestro y asesinato.

Rinehardt no pestañeó.

—¿Se refiere a Snow? ¿Cree que lo secuestré y lo maté?

—Sí. Creo que hizo eso. También creo que de alguna forma participó en el asesinato de John Tamber y creo que sabe dónde se encuentra Sarah Lacey. De los primeros puntos nos ocuparemos después. Ahora quiero que me diga dónde está ella.

—¿Qué ristra de nombres!

—Si me ha escuchado con atención, habrá entendido que de momento sólo nos interesa el último. Díganos dónde está Sarah Lacey.

—Me gustaría poder hacerlo, inspector, pero no conozco a ninguna mujer con ese nombre.

—¡Oh, vamos, señor Rinehardt, claro que la conoce! —Anne se inclinó hacia adelante y apoyó los brazos sobre las rodillas. La cara del anciano se ensombreció cuando ella se interpuso entre él y la luz de la lámpara—. Sus padres viven justo en el apartamento frente al que ocupaba Anthony Snow. ¿Quiere que calcule las probabilidades matemáticas de que tal hecho responda al azar?

—No es necesario, señora Greene, pero incluso aunque el resultado fuera infinitesimal, no demostraría lo que afirma su compañero. No voy a negar que Anthony y yo nos llevábamos mal. La opinión general sostenía que él era mejor maquetista que yo. Tengo que asumirla, aunque no esté de acuerdo. Pero de ahí a pensar que yo lo maté, junto a ese tal John, al que no conozco de nada, y que de alguna forma sé dónde se encuentra una mujer llamada Sarah va todo un océano.

—Bonita alegoría.

Rinehardt sonrió:

—Estaba seguro de que la apreciaría, señora Greene.

—Y, sin embargo, no se sentiría tan complacido si se detuviera un instante a reflexionar. —Anne hizo una pequeña pausa, pero el anciano le sostuvo la mirada—. La riña entre mejor o peor maquetista es importante en el caso —dijo—, pero no fundamental. Estoy segura de que podía asumir que Anthony Snow fuera mejor. Lo que no estaba dispuesto a admitir de ningún modo era el

hecho de que él tuviera más poder que usted en la asociación. Snow gozaba de prestigio y, además, el Pentanao estaba a sus pies: el propio Snow, Roberts y Marshall, el miembro cuya muerte dejó su puesto libre, formaban una mayoría ante la que usted y Home tenían las manos atadas. Por ello intentó que Alden Rozelle, un buen maquetista que no gozaba de nivel suficiente para pertenecer al exclusivo grupo, pero que le era fiel, ocupara el puesto del fallecido Marshall. Sin embargo, Snow vetó su entrada y usted vio cómo sus posibilidades de hacerse con el control del Pentanao se esfumaban.

—Suposiciones muy interesantes, pero sin base alguna. Usted no pertenece al grupo, ni está dentro de la asociación, ¿cómo puede creer que sabe de lo que habla?

—Porque he investigado y porque tengo una mente que sabe pensar.

—Bien —Rinehardt pareció cómodo por primera vez. Descansó la espalda en el respaldo del sillón y adoptó una postura relajada. Se llevó la pipa a la boca, aspiró hondo y luego dejó salir el humo en pequeñas volutas que se elevaron hacia el techo del saloncito—, siga. Creo que me voy a divertir.

—Después del veto de Snow a Alden Rozelle, usted ideó un plan para quitárselo de encima. Con la colaboración de su acólito, inventó una historia: la de que la maqueta del Nuestra Señora de las Nieves había sido sustituida por una copia exacta.

—No fue una invención. Fue un hecho probado. Se realizó un examen que demostró que la maqueta exhibida en el museo de la asociación no era la original. Snow era el responsable de su custodia y, en cualquier caso, fue sorprendido por Alden dando el cambiazo.

—¿Está seguro de lo que dice?

—Por supuesto que lo estoy. Acabo de decírselo: los análisis realizados demostraron que la maqueta del Nuestra Señora que Snow dejó en la asociación no era la original.

—Señor Rinehardt, usted consiguió la expulsión de Snow con malas artes.

—Basándome en un hecho probado que acabo de explicarles: la maqueta del Nuestra Señora de las Nieves había sido sustituida por otra excelentemente construida, sin duda, pero una copia al fin que estoy seguro, por otra parte, de que salió de las propias manos de Snow.

—¿Toda la maqueta? —Crawford intervino por primera vez.

—¿A qué se refiere?

—Pregunto si la maqueta del Nuestra señora de las Nieves fue sustituida en su totalidad.

Rinehardt parpadeó varias veces antes de contestar.

—No entiendo lo que quiere decir.

—Yo creo que sí —dijo el policía—, pero si quiere que se lo aclare, puedo hacerlo con dos palabras: cruces y telas.

—¿Cruces y telas? ¿Qué sentido tiene eso? Su visita está empezando a importunarme —Rinehardt se puso en pie—. Si fueran tan amables de marcharse... No tengo ánimo para escuchar estupideces.

Anne y Crawford permanecieron sentados.

—Todo empezó la primera vez que visité la casa de Anthony Snow —dijo ella—. De entre todas las cosas que me llamaron la atención aquel día hubo una que lo explica todo. —Anne calló y observó a Rinehardt.

—Supongo que esa pausa dramática espera de mí una pregunta, ¿estoy en lo cierto?

—Lo está.

—Bien —dijo el anciano—, ¿qué es lo que le llamó la atención?

—Una vela. Luego he sabido que se llama trinquete. El del Nuestra Señora de las Nieves.

Rinehardt se llevó la pipa a la boca y chupó hasta que la piel de las mejillas ya no pudo encogerse más.

—Va a tener que admitirlo, señor Rinehardt: Anthony Snow era mejor maquetista que usted. Tanto es así que fue su maestría la que nos ha conducido hasta aquí. Cuando estaba observando aquellas obras de arte que tenía expuestas en su salón, lo primero que llamó mi atención fue que el velamen parecía verdaderamente hinchado por el viento. Era tan real... ¿Usted también consigue ese realismo?

—No estamos aquí para hablar de mis maquetas —dijo Rinehardt—, sino de mis crímenes y secuestros, según tengo entendido.

—Tiene razón. Pierdo el hilo. El segundo elemento llamativo fue el error que el inspector Crawford cometió al referirse a la cruz que adornaba el trinquete del Nuestra Señora como cruz de Colón. Pero, para ser franca, aquel

detalle no cobraría importancia hasta un poco después, cuando Alden Rozelle me explicó que no se trataba de una cruz templaria, sino de una cruz de Santiago. Un adorno muy poco usual en los galeones españoles. Al parecer, sólo podían lucirlo aquéllos cuyo capitán pertenecía a la orden, y no todos se decidían a hacerlo.

»La tercera particularidad la hallé en el color del trinquete. Era ligeramente más claro que el del resto del velamen.

—Y todo esto demuestra que he asesinado a dos hombres y secuestrado a una mujer... ¿cómo?

—En el hecho de que usted hizo analizar el velamen del Nuestra Señora para demostrar que Snow había cambiado la maqueta —contestó Crawford—. ¿Por qué analizar una vela en lugar de la madera? Cualquier profano en la materia pensaría que la muestra elegida para el análisis sería una esquirla del casco, probablemente de su interior, para no dañarlo, pero no una vela.

—Acaba de explicarlo muy bien, inspector: cualquier profano lo pensaría.

—Y, sin embargo, cuando realizaron un segundo análisis para comprobar que Snow había devuelto la maqueta original, el estudio se realizó sobre la madera, no sobre la lona del velamen.

—No puede refutar ese hecho —intervino Anne—. La recepcionista de la asociación, una mujer sumamente amable, me mostró el expediente.

—No tenía derecho a hacer eso.

—Lo sé, pero quedará entre nosotros. Usted no dirá nada, ¿verdad, inspector?

—Me llevaré el secreto a la tumba. Como tantos otros...

—¿Ve? Solucionado. Nadie se enterará.

—Señora Greene ... —El anciano se removió inquieto sobre la alfombra del salón.

—Tranquilo, señor Rinehardt, estamos llegando al final. Y le doy la razón: Anthony Snow construyó una réplica perfecta del Nuestra Señora de las Nieves y dio el cambiazo.

—Si de verdad cree eso, ¿por qué están aquí los dos, tratándome de secuestrador y asesino?

—Porque Anthony Snow sólo cambió una vela y usted lo sabía. Como yo, se dio cuenta de la diferente tonalidad de la lona. Sin embargo, a diferencia de

mí, a usted aquello le indicó que Snow estaba manipulando la maqueta de Nuestra Señora y quiso saber por qué.

—La respuesta la encontró en Tim Wadlow —dijo Crawford—, un cazador de tesoros con quién usted había trabajado en el pasado. No se molestó en negarlo. Antes de venir aquí, mi compañero me ha telefoneado: aunque lejanos en el tiempo, ha encontrado unos registros que les relacionan y que nos permiten seguir construyendo nuestra teoría.

—¿Ésa era la sorpresa? —preguntó Anne.

Crawford asintió.

—¿A que facilita mucho las cosas?

—Sí —admitió ella.

—Yo no veo en qué —dijo Rinehardt—. Usted mismo lo ha dicho: tiene una teoría. Un juez necesita pruebas. Pruebas irrefutables.

—También las tenemos. —Anne extendió las palmas de las manos hacia arriba, como si le exasperara que el anciano aún no se hubiera dado por vencido—. Verá, señor Rinehardt, como todo cuadra. Cuando el inspector Crawford le visitó por primera vez, usted le aseguró que no había visto al señor Snow desde que fue expulsado de la asociación, pero mintió. Estuvo en su casa la noche en que fue secuestrado.

—¿Acaso tiene un testigo?

Anne asintió:

—Los restos de hebra de tabaco de pipa que usted sacudió en una taza de café que había en el fregadero de la cocina del señor Snow. El lugar en el que estaba cenando cuando usted y probablemente Tim Wadlow o quizá John Tamber lo secuestraron.

— No soy el único hombre que fuma en pipa —dijo Rinehardt—. Su propio padre lo hace.

—Mi padre está en Inglaterra y no se trata con tipos como Wadlow.

—¿Y yo sí?

—El inspector acaba de decírselo: han buscado tesoros juntos. Pero, además, estoy segura de que ese olor al tabaco infame de un puro que se mezcla con el de su pipa procede de él.

—Wadlow acudió a usted —dijo Crawford— después de que Snow y el señor Lacey intentaran alquilar su barco. El marino intuyó lo que los dos

ancianos buscaban. Así que cuando le vino con el cuento, usted ató cabos. Ese trinquete que mostraba un color diferente y que lucía una cruz de Santiago que no le correspondía llevar...

—Porque el capitán del Nuestra Señora no perteneció a la Orden —aclaró Anne—. Lo he investigado. Supongo que se dio de cabezazos contra la pared cuando se percató de la conclusión a la que Snow había llegado: las coordenadas del lugar donde se produjo el naufragio del auténtico Nuestra Señora de las Nieves estaban ocultas bajo el bordado de una cruz que no debería encontrarse ahí. ¿No cree que los españoles del siglo XVII fueron muy ingeniosos al ocultarla de esa forma?

—Debió de sentirse muy frustrado —Crawford lo miraba sin pestañear—. Tener que codearse con gente como Wadlow en busca de tesoros que nunca aparecieron cuando había uno delante de sus narices.

—De modo que inventó la historia del cambiaso —dijo Anne— y para ello utilizó a Alden Rozelle, un hombre que se moría de ganas por entrar en el Pentanao. Tentar su ambición le resultó sencillo: si acusaba a Snow de haber robado la maqueta del Nuestra Señora de las Nieves, le conseguiría un puesto, el del propio Snow después de su expulsión, en el grupo de los cinco magníficos, y Rozelle obedeció.

—Sin embargo, había un problema: Snow no había intercambiado la maqueta al completo. Sólo se había quedado con el trinquete.

—De ahí que fuera la única parte que mandara analizar. Luego, el segundo análisis se aplicó a la madera del casco. Era la única manera de justificar que Snow había devuelto la maqueta original. Antes se ha jactado de la ignorancia del inspector por su inexperiencia en el mundo del maquetismo naval. No debería haberlo hecho, señor Rinehardt. Puede que no seamos expertos, pero tampoco somos tontos y, para serle franca, me ha molestado el deprecio con que ha tratado a mi compañero.

—¿Y cómo llama a las acusaciones que están vertiendo sobre mí, señora Greene? —preguntó el anciano.

—Se las ha ganado a pulso. Anthony Snow cometió un hecho delictivo, pero no torturó ni asesinó a nadie. Usted no ha tenido reparos en tratar con hombres de la calaña de Tim Wadlow.

—¿Qué tengo de malo?

Los tres se volvieron hacia el lugar del que procedía la voz. Tim Wadlow estaba de pie, bajo el dintel de la puerta que daba acceso al salón, y sostenía un arma de fuego. Crawford hizo el amago de levantarse, pero Wadlow le apuntó con la pistola.

—No haga tonterías —le advirtió—, ni siquiera por impresionar a la chica.

Rinehardt se acercó a él.

—Ya sabes que no quiero disparos —dijo.

—No los habrá si no me obligan. Primero nos ocuparemos del poli. Trae más cuerda, Phil.

—¿Qué van a hacerle? —Anne se puso en pie.

—Lo mismo que a usted, querida. Les ataremos, les lastraremos los pies y les arrojaremos al mar. Phil, trae la cuerda. Y, ahora, vuelva a sentarse.

Wadlow apoyó los antebrazos en el respaldo del sillón de orejas en el que había estado sentado Rinehardt. Se le veía relajado. A su espalda, los pasos del anciano se perdían camino del sótano.

—Se merecen algo peor que lo que tengo pensado para ustedes —dijo.

—¿Por alguna razón en especial?

—Usted por metomentodo. Si no hubiera hecho caso a la vieja, a estas horas probablemente el asunto estaría solucionado.

—¿Y qué hará? ¿Me atará con una cuerda que raspe?

—Eso no sería suficiente. No tendría tiempo para que le escueza. Estoy pensando que quizá esto —Wadlow sacó la navaja— haga un trabajo mucho más satisfactorio.

Crawford se puso en pie y el marino le apuntó a la cara.

—¿No me ha oído? Quédese sentadito.

Anne extendió el brazo y posó la mano en la rodilla del policía. Por primera vez desde que la conocía, sorprendió en ella un gesto de preocupación y le conmovió pensar que se debía a él.

—¿Con eso es con lo que mató a Tamber? —preguntó, sin atreverse a mover la pierna por temor a que ella retirara la mano.

—Y a Lacey, sí.

Crawford abrió la boca.

—¿Qué? —preguntó Wadlow.

—¿De modo que así es como entró Tamber en el juego! Desde que Ángela Lacey le contó lo del tesoro, se convirtió en la sombra de su suegro y fue testigo del asesinato. ¿Le hizo chantaje?

—Muy listo. Sí —Wadlow se encogió de hombros—, me vio darle una buena tunda y luego rajarle el cuello. Y al muy imbécil se le ocurrió amenazarme.

—Pero usted le siguió el juego —dijo Anne.

—Propuso la idea de secuestrar a Snow y a su propia mujer para averiguar dónde estaba hundido el maldito galeón. Podía resultar, de modo que decidí darle un papel en la función mientras fuera útil. Dejó de serlo ayer. ¡Phil! —Wadlow gritó sin quitar la vista de encima a Crawford—, ¿para cuándo esa cuerda?

Los tres oyeron los pasos del anciano, que se acercaban por el pasillo.

—Parece que para ya —dijo Wadlow—. Si es tan amable de levantarse despacio y con las manos en la cabeza, inspector, no tendré que dispararle.

Crawford obedeció. Parecía extrañamente tranquilo. Se volvió hacia Anne:

—Nos vendría muy bien ahora su Ángel de la Guarda, señora Starling —dijo.

—¿Y qué quiere que haga? ¿Elevo una plegaria e invoco su presencia?

El golpe derrumbó a Wadlow sobre la alfombra del salón como un boxeador que acaba de ser noqueado. Crawford se abalanzó sobre él y le arrancó la pistola. Lo puso boca abajo y le esposó.

—Confíéselo. —Se puso en pie y miró a Anne—. Ya había rezado, ¿verdad?

—Para ser franca, no, pero le prometo que lo haré esta noche antes de dormir.

—¿Y usted... —Crawford se dio la vuelta hacia el hombre que había aparecido por la puerta del salón y aún sostenía la llave inglesa con la que había golpeado a Wadlow— es...?

—Alden Razelle —contestó—. Encantado de volver a verla, señora Starling.

—Seguramente no tanto como yo a usted, señor Razelle.

La casa de Philip Rinehardt estaba llena de policías cuando Anne marcó el número de Melisa. Crawford se acercó cuando colgó.

—¿Ha llamado a su marido?

—¿A James? —Anne levantó una ceja—. Por supuesto que no. He llamado a una amiga.

—¿Su coartada para esta noche?

—Hemos cenado juntas y después hemos salido a tomar algo.

—¿Y su marido se lo tragará?

—Espero que sí.

Crawford pensó que el caso de James Starling era otra incógnita interesante. ¿De verdad se creía las cosas que su mujer le contaba? Intentó ponerse en su lugar e imaginar qué pensaría él si estuviera en su lugar.

—¿Qué? —Anne le agarró del brazo para reclamar su atención.

Crawford movió la cabeza de un lado a otro. No. Ponerse en el lugar de James Starling no era posible. La miró y observó sus ojos verdes. Hacerlo supondría recorrer pensamientos por los que no debía transitar.

—He hablado con su amigo Rozelle —dijo—. Acaba de contarme que, después de la conversación que tuvo con usted acerca de la confusión entre la cruz templaria y la de Santiago...

—¿La confusión?

Crawford sonrió.

—Vale —admitió—, mi confusión. Un hecho relevante, en cualquier caso, que le permitió hacer inferencias importantes.

—Tanto como que nos han llevado a solucionar el caso. Podrá agradecerme después, ahora siga con Rozelle.

—Llegó a la misma conclusión que usted: el Nuestra Señora no debía lucir la cruz de Santiago porque su capitán no pertenecía a la Orden y entonces entendió por qué Rinehardt le había propuesto que mintiera sobre Snow.

—O sea, no le sorprendió dando el cambiazo. Por eso no lo denunció a Lou inmediatamente.

—¿A quién?

—El guardia jurado de la asociación. Me contó que lo hizo al día siguiente.

—Rinehardt le prometió el puesto del propio Snow en el Pentanao si le

ayudaba a echarlo. Y él se prestó. Pero esta noche entendió el verdadero juego: Rinehardt perseguía un pez más jugoso que el de hacerse con la mayoría de votos en el grupo de los cinco. Ató cabos y llegó a la misma conclusión que usted:

—El tesoro.

—Vino a verlo para pedirle explicaciones, pero Rinehardt no pensaba dárselas. Lo encerró en el sótano y lo dejó en manos de Wadlow cuando nosotros llegamos. El marino lo ató, pero, cuando subió al salón, Sarah Lacey se las arregló para cortar las ataduras de Rozelle con un viejo serrucho. Luego él la liberó a ella. Estaban escondidos tras la puerta del sótano cuando Rinehardt bajó en busca de las cuerdas que le había pedido Wadlow.

—Y Dios envió a nuestro Ángel de la Guarda armado de una llave inglesa. Me gusta el final de la historia. ¿Le importaría llevarme a casa?

Bajo el blanco manto de la nieve

—¿Dónde cree que Snow ocultó la información sobre el lugar en el que naufragó el Nuestra Señora de las Nieves?

Anne se encogió de hombros.

—No lo sé, pero si se me ocurre alguna idea se la haré saber. Aunque, conociéndole, tampoco me tomará en serio.

—De acuerdo —admitió Crawford. Llevaban varios minutos sentados en su coche, frente al portal de la casa de Anne. La nieve volvía a caer con suavidad e iba posándose sobre el parabrisas, cubriéndolo de blanco—, tenía razón con todo eso de la anciana y la boa.

—¿Y?

—Y hemos resuelto un nuevo crimen.

Anne asintió con una sonrisa escondida, en la oscuridad del vehículo.

—Admito sus excusas, pero es insuficiente —dijo.

—¿Se daría por satisfecha si lo comunico por radio a los coches patrulla de toda Nueva York?

—Tiene la radio estropeada y, además —Anne negó con la cabeza—, seguiría sin ser suficiente.

—¿Entonces?

—Prometa que la próxima vez me escuchará encantado y se interesará por mi crimen desde el principio.

—¿Su crimen? ¿Es que piensa seguir coleccionándolos?

—¿Lo promete?

Crawford miró al frente. El parabrisas estaba prácticamente cubierto por la nieve y las ventanillas empañadas por el vaho tamizaban la luz de las farolas. Fuera, la calle desierta los envolvía con su silencio. Nunca se había encontrado en una situación tan íntima con ella.

—¿Cree que habrá una próxima vez? —preguntó.

—Estoy segura de ello. —Anne abrió la puerta del coche y Crawford echó una fugaz mirada a su rodilla cuando ella sacó la pierna—. Llámeme cuando se haya convencido de que no tiene otra opción.

—¿De aceptar la promesa que me pide?

La sonrisa de Anne Starling iluminó un instante el vacío que había ocupado su lugar en el automóvil.

—Tómelo como inevitable —dijo.

Ahí acababa la historia. Ella volvía a marcharse y él... Cerró la mano con fuerza en torno al volante. Y él tendría que aguardar a que el azar tuviera la cortesía de unirlos de nuevo. Entre sus pensamientos fue ligeramente consciente de cómo la mano de Anne Starling se posaba sobre la puerta del coche. Un segundo más y el sonido de ésta al cerrarse pondría el fin definitivo a la aventura. Crawford cerró los ojos, pero el golpe no se produjo. Los abrió. El rostro de Anne Starling lo observaba divertido.

—También puede llamarme si encuentra otra razón.

Y entonces, sí, la puerta se cerró.

Aguardó en el coche hasta que ella entró en el portal. Cuando desapareció en el ascensor, tanteó en el bolsillo de la chaqueta y extrajo una hoja de papel que desplegó sobre el volante. La observó durante unos segundos. «¿Quién eres?», preguntó como si el retrato robot de un hombre de aspecto eslavo fuera a responderle.

CAPÍTULO 18

Danny's Coffeeshop

Allí había empezado todo dos semanas atrás, en aquella mesa, cuando la señora Lacey le habló de su vecino secuestrado por una boa. Ahora estaba sola, frente a la misma superficie de formica sobre la que dos objetos aguardaban su atención: un vaso de Martini italiano y un sobre acolchado sin abrir que había encontrado en su casillero del correo esa misma mañana, en la facultad.

Enseguida identificó la letra picuda que trazaba su nombre sobre el papel azul celeste. Era la misma que recorría las líneas de un cuaderno dedicado exclusivamente al caso Snow y que ella había leído sin permiso. Pasó la mano por el cristal de la ventana próxima y limpió el vaho. Estaba atardeciendo y el sobre continuaba cerrado. Había preferido esperar durante todo el día hasta aquel preciso instante en que por fin se encontraba a solas.

Deslizó el dedo por donde imaginó que la mano de Arthur Crawford debía de haber pasado al escribir su nombre. De alguna manera, él había estado allí. Despegó la solapa del sobre y extrajo una hoja cuidadosamente doblada. Una vaharada de especiado olor a tabaco de pipa le llegó a la nariz cuando alisó el pliego de papel sobre la superficie de la mesa.

Querida señora Starling:

He elegido este modo de ponerme en comunicación con usted para evitar que su marido conozca las andanzas de su entrometida mujer. Sospecho que la aprobará.

Tenía usted razón. Encontramos las coordenadas del hundimiento del Nuestra Señora de las Nieves bajo la cruz de Santiago bordada en la vela del Príncipe de Viana, la maqueta que Snow regaló al señor Lacey.

Desgraciadamente, su mujer y su hija no podrán quedarse con el tesoro. La ley así lo establece y, por mucho que usted lo desee y se esfuerce porque haga la vista gorda, en esta ocasión me temo que será ineludible que aceptemos el hecho. Sin embargo, como descubridoras del galeón, la señora Lacey y su hija se verán recompensadas de algún modo. El Estado prevé una

pequeña partida de compensación que, según he estimado, será suficiente para pagar el préstamo que Austin Lacey se vio obligado a solicitar y para evitar el desahucio.

Me han informado de que las primeras indagaciones sobre el paradero del tesoro ya han comenzado y, aunque el grueso del trabajo habrá de esperar debido al mal tiempo, durante los trabajos de prospección se han sacado del fondo del mar algunos objetos.

Si tiene la amabilidad de detener la lectura durante un instante y abrir el paquete que acompaña a esta carta, comprobará que sus métodos continúan ultrajando mi expediente y que, de una forma absolutamente ilegal que no estoy dispuesto a confesar, me he hecho con uno de ellos.

Anne dejó el pliego de papel junto al vaso de Martini y tomó el pequeño paquete que iba dentro del sobre. Los dedos le temblaron cuando empezó a desenvolverlo. Se ruborizó al pensar en ese bobo nerviosismo que se había adueñado de ella, como si fuera una adolescente a la que besan por primera vez. Para su impaciencia, la cinta de celo se le pegó a las yemas. Cada vez que la desprendía de un dedo, se prendía de otro. «¡Demonios, qué situación tan ridícula!». Miró de reojo la carta, como si Arthur Crawford estuviera espiándola desde el papel. Se giró para tapanla con el cuerpo y se llevó el pequeño envoltorio a la boca. Agarró el celo con los dientes y tiró de él. El objeto que contenía salió despedido y cayó en la mesa, junto a la carta, como si buscara la cercanía de aquél que lo enviaba.

Anne lo miró. Parecían un montón de eslabones apilados unos sobre otros. La pila se desmoronó al tocarla con el dedo. «¡Una esclava!». Los eslabones de bronce se enlazaban unos a otros hasta coincidir en una placa que unía ambas partes y en la que había algo grabado. La levantó hasta la altura de los ojos y la giró para que la luz la iluminara. «Lo prometo», leyó.

Años después aún seguiría preguntándose si la sonrisa que esbozó en aquel momento habría sido la más estúpida de toda su vida. Era incapaz de reconstruirla por completo. Su memoria sólo alcanzaba a evocar una rebelde flacidez en los labios a la que no supo dominar y por la que se escabulló un suspiro que se le clavó directamente en el pecho.

Cerró el puño en torno a la joya y cogió la carta que había dejado sin

terminar.

*Confío en que le guste.
Arthur Crawford.*

PD: He empezado a fumar en pipa.

Sobre la autora

Ana Bolox es licenciada en filología inglesa. Ejerce como profesora de idiomas, español e inglés, y ha trabajado como traductora de textos científicos. Es escritora de novela policíaca y editora de su propio blog, [*Detrás de un escrito*](#), donde imparte y ofrece tanto talleres de novela policíaca como servicio de mentoring para escritores.

En 2015 publicó en ebook su primer libro de ficción, una serie policíaca que lleva el título genérico de [*Carter & West*](#), que se desarrolla en la Inglaterra de la posguerra y que fue publicado en papel, un año después, por Medianoche Editorial, y cuyo segundo número verá la luz en breve.

Publica también libros de ayuda al escritor, como [*Los cuatro pilares de la ficción*](#) o [*Cómo construir tu novela en 10 preguntas*](#).

Forma parte del equipo de redacción de las revistas *Sólo novela negra* y *MoonMagazine*, en la que, además de su tarea como redactora, se hace cargo de una sección fija, dentro del Club Literario, titulada "Construye tu novela con Ana Bolox". Participa, además, y colabora activamente en blogs relacionados con el mundo de la escritura.

Otros libros de Ana Bolox:

Ficción: "[*Carter & West*](#)".

No ficción: "[*Los 4 pilares de la ficción*](#)", "[*Cómo construir tu novela en 10 preguntas*](#)".